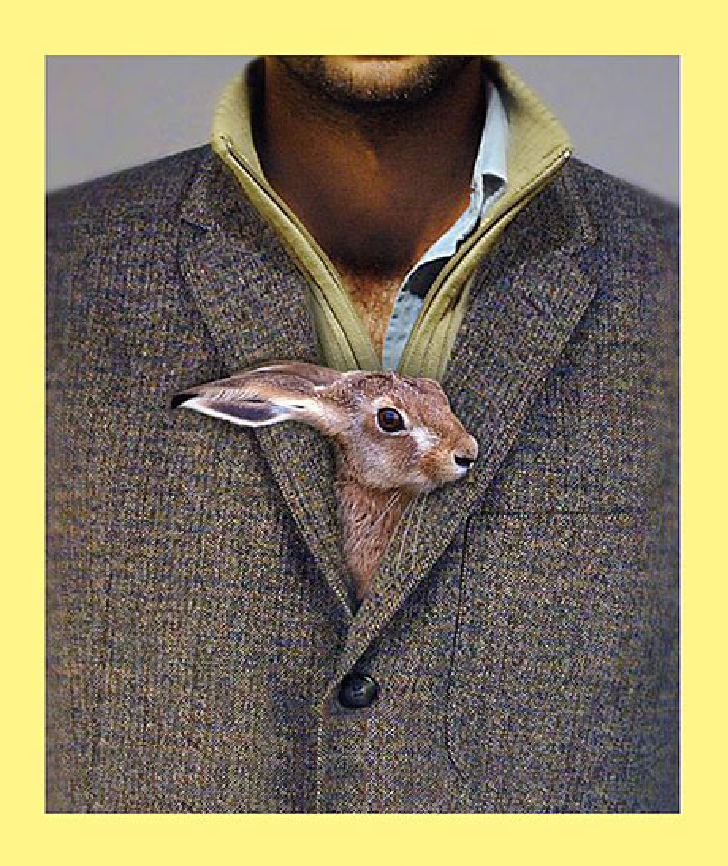
ARTO PAASILINNA

El año de la liebre



Vatanen, un periodista en viaje de trabajo, está harto de su mujer, su modo de vida y sus compromisos. Una tarde de junio, al volver del campo con un amigo, atropellan a una liebre. El periodista logra atrapar al animal herido y entablillarlo. Esto cambiará su vida, pues acompañado de la liebre, Vatanen se adentra en el bosque iniciando con ello un largo trayecto que va desde el estrés, al tedio y la desesperanza al encuentro con la naturaleza, con la gente y consigo mismo.

Esta novela, de culto en los países nórdicos, nos relata las extravagantes aventuras de Vatanen, con su liebre fetiche. Con un sentido verdaderamente genial de lo cómico de las situaciones, Paasilinna inventa un género: la novela de humor ecológico.



Arto Paasilinna

El año de la liebre

ePub r1.0
xelenio 22.06.13

Título original: *Jäniksen vuosi*
Arto Paasilinna, 1975
Traducción: Juan Carlos Suñén & Ursula Ojanen

Editor digital: xelenio
ePub base r1.0



1

LA LIEBRE

Los dos hombres que viajaban en el coche parecían angustiados. El sol poniente les hería los ojos a través del parabrisas polvoriento. Era pleno verano, época de San Juan, y el paisaje estival finlandés se deslizaba ante la mirada fatigada de los hombres, paralelo al apartado camino de arena, sin que ninguno de los dos prestase atención a la hermosura de la tarde.

Se trataba de un periodista y de un fotógrafo en viaje de trabajo: dos seres infelices y cínicos. Estaban cerca de la edad madura y las esperanzas que en su juventud habían puesto en el futuro no se habían cumplido satisfactoriamente, ni mucho menos. Ambos eran maridos engañados y desengañados; su vida diaria se construía en torno a sendas úlceras por venir, y a un sin número de otras pequeñas preocupaciones de todo tipo.

Acababan de discutir sobre si debían volver a Helsinki o si era mejor pasar la noche en Heinola. Así que ahora ya no se dirigían la palabra.

Atravesaban malhumorados la belleza de la tarde veraniega, cerrados en sí mismos, tan testarudos que ni siquiera podían darse cuenta de lo desagradable y pesado que resultaba viajar así.

Sobre una pequeña colina, a contraluz, un lebrato ensayaba sus primeros saltos. Embriagado por la estación Se detuvo en medio del camino, en pie sobre sus cuartos traseros. El sol rojizo lo enmarcaba como en una postal.

El fotógrafo, que conducía, llegó a ver al animalito en el camino, pero su cerebro entumecido no pudo reaccionar lo suficientemente deprisa como para hacerse a un lado. El zapato polvoriento pisó el freno con fuerza, pero demasiado tarde, y el aterrado animal saltó

por los aires delante del coche. Se oyó un golpe suave cuando chocó contra un ángulo del parabrisas, antes de salir proyectado hacia el bosque.

— ¡Eh! Nos hemos cargado una liebre —dijo el periodista.

— ¡Bicho del carajo! Por poco nos rompe el cristal. El fotógrafo detuvo el coche y retrocedió hasta el lugar del accidente. El periodista se bajó.

—¿La ves? —preguntó con desgana el fotógrafo. Había bajado la ventanilla, pero sin parar el motor.

—¿Eh? —gritó el periodista desde el bosque. El fotógrafo encendió un cigarrillo y lo fue fumando despacio, con los ojos cerrados. No volvió a la realidad hasta que sintió que se quemaba las uñas.

— ¡Vuelve ya! No voy a perder el tiempo con ninguna maldita liebre.

El periodista caminaba oscuro por el bosque claro; alcanzó el borde de un pequeño campo de cultivo, saltó una zanja y contempló el césped verde. Entre el heno distinguió al lebrato.

Su pata trasera izquierda Se había roto y colgaba tristemente por debajo del muslo. El animal se sentía tan mal que ni siquiera trató de huir cuando vio aproximarse al hombre.

El periodista cogió entre sus brazos a la atemorizada criatura. Cortó la punta de una rama y entablilló como pudo la pata del animal, atándola con jirones de su pañuelo. La liebre escondía la cabeza entre sus patitas delanteras y el corazón le latía tan fuerte que le hacía temblar las orejas. A lo lejos, en la carretera, se escuchó el ruido nervioso de un motor, luego dos violentos bocinazos y un grito:

—¡Que vuelvas ya, joder! ¡Nunca llegaremos a tiempo a Helsinki si no dejas de retozar por el bosque, hostias! ¡Si no vienes en seguida, te las arreglarás para hacerlo solo! ¿Estamos?

El periodista no respondió. Sostenía al animalito entre sus brazos. Aparentemente no tenía más lesión que la de la pata y, poco a poco, se iba calmando.

El fotógrafo salió del coche y echó una ojeada al bosque con mirada colérica: ni rastro de su colega. Blasfemó, encendió otro cigarrillo y comenzó a pasear por la carretera arriba y abajo.

Ninguna reacción en el bosque. Pisó la colilla en el suelo y gritó:

—¡Pues ahí te quedas, imbécil! ¡Y adiós, coño!

Siguió escuchando aún un rato más, pero al ver que no recibía respuesta alguna entró indignado en el coche, pisó el acelerador, metió bruscamente la marcha y se fue. La grava crujía bajo las ruedas, y al cabo de un instante el coche había desaparecido.

El periodista estaba sentado al borde de la zanja con la liebre en su regazo; parecía una anciana que se hubiese ensimismado haciendo ganchillo. Se dejó de oír el ruido del coche del fotógrafo. Se puso el sol.

El periodista depositó la liebre sobre el césped. Por un momento temió que se escapara, pero el animalito se quedó agazapado entre el heno. Cuando el hombre volvió a cogerlo ya no tenía nada de miedo.

—Pues aquí estamos —dijo el hombre a la liebre.

Ésta era la situación: el hombre estaba sentado, solo, en el bosque, en chaqueta, bajo una noche de verano. O sea: había sido abandonado a su suerte.

¿Y qué es lo que puede hacerse en una situación así? El hombre pensó que tal vez habría tenido que contestar a las llamadas del fotógrafo. Y que ahora, a lo mejor, tendría que volver caminando a la carretera, esperar al coche siguiente y hacer autostop; llegar por sus propios medios a Heinola o a Helsinki.

La idea le pareció sumamente desagradable.

Sacó su cartera y comprobó que tenía unos cuantos billetes de cien marcos, su carné de periodista, la tarjeta de la Seguridad Social, una fotografía de su mujer, calderilla, un par de condones, el manojo de llaves y una vieja pegatina del Primero de Mayo. Además llevaba bolígrafos, un bloc y un anillo. En el bloc su jefe había hecho imprimir: Kaarlo Vatanen, periodista. Según su tarjeta de la Seguridad Social, Kaarlo Vatanen había nacido en 1942.

Se puso de pie y contempló el último resplandor del sol poniente detrás de la línea del bosque e hizo un gesto como asintiendo a la liebre. Luego miró hacia la carretera, pero no hizo la más mínima intención de dirigirse allí. Cogió a la liebre que estaba en el suelo, la metió con cuidado en el bolsillo de su chaqueta y, dejando atrás la pradera, se encaminó hacia el bosque, que se oscurecía por

momentos.

El fotógrafo, furioso, condujo hasta Heinola. Allí echó gasolina y decidió hospedarse en el hotel que el periodista le había recomendado.

Pidió una habitación doble, se quitó la ropa polvorienta y se metió en la ducha. Luego se dirigió al restaurante del hotel. Pensaba que el periodista no tardaría en llegar. Entonces podrían hablar y zanjar el asunto. El fotógrafo tomó algunas cervezas y después de cenar siguió con bebidas más fuertes.

Pero el periodista seguía sin aparecer.

A altas horas de la noche el fotógrafo continuaba en el bar del hotel. Miraba fijamente la negra superficie del mostrador y rumiaba compungido su situación. A lo largo de la noche había repasado lo ocurrido. Se había dado cuenta de que, dejando a su compañero en el bosque, en un tramo prácticamente deshabitado, había cometido un error. ¿Y si el periodista se había roto una pierna, y si se había extraviado, y si se había ahogado en un pantano? Porque de no haber sido por algo así ya habría llegado a Heinola, aunque fuese andando.

Comprendió que debía llamar a Helsinki, a la mujer del periodista.

La mujer respondió medio dormida que Vatanen no había aparecido por allí, y al advertir que el que llamaba estaba borracho, colgó. Cuando el fotógrafo intentó llamar de nuevo ella no contestó. Seguramente había desenchufado el teléfono.

Un poco antes del alba el fotógrafo llamó a un taxi: había decidido volver al lugar del crimen para ver si, después de todo, el periodista seguía allí. El taxista le preguntó a su embriagado cliente que a dónde lo llevaba.

— Siga este camino, a ningún sitio en particular. Ya le diré cuándo debe pararse.

El taxista lo miró por encima del hombro. Se alejaban de la ciudad por la carretera que cruzaba el bosque, de noche y, según las órdenes, sin dirigirse a ningún sitio en particular. Sacó discretamente una pistola de la guantera y la colocó sobre el asiento, entre sus piernas, sin dejar de vigilar a su viajero. Entonces, al llegar a lo alto de una pequeña colina, el cliente dijo:

—Alto aquí.

El conductor empuño rápidamente el arma, pero el borracho salió tranquilamente del coche y se puso a gritar hacia el bosque:

— ¡Vatanen, Vatanen!

Sombrío, el bosque no le devolvió ni el eco.

—Vatanen. ¡Eh! Vatanen, escucha. El hombre se quitó los zapatos, Se arremangó las perneras del pantalón hasta las rodillas y entró, descalzo, en el bosque. Pronto desapareció en la oscuridad. Se le oía llamar a Vatanen.

«Qué tipo tan raro», pensó el taxista.

Después de meter ruido en el bosque durante media hora más o menos, el cliente volvió a la carretera. Pidió un trapo y se limpió el barro de los pies, después se calzó los zapatos sin ponerse los calcetines que aparentemente estaban en el bolsillo de su chaqueta. Volvieron a Heinola.

—Por lo visto ha perdido usted a un tal Vatanen.

—Así es. Lo dejé esta noche por ahí, en la colina. Ya no está.

—No está. Yo tampoco lo he visto —dijo el conductor compadeciéndose.

El fotógrafo se despertó en la habitación del hotel al día siguiente, sobre las once de la mañana. Una fuerte resaca le martilleaba la cabeza y tenía ganas de vomitar. Se acordó de la desaparición del periodista. Tenía que telefonear inmediatamente a la esposa de Vatanen a su trabajo. El fotógrafo contó:

—Salió en busca de una liebre, allí, a la colina. Y no volvió. Yo lo llamaba, pero no me contestó, así que lo dejé. Quizá quería quedarse.

A lo que la mujer preguntó:

—¿Estaba borracho?

—No.

—¿Pues entonces dónde está ahora? Nadie desaparece así, por las buenas.

—Pero ha desaparecido. ¿No habrá ido para allá?

—No lo ha hecho. Ay, Dios mío, ese hombre me va a volver loca. Pues este asunto tendrá que resolverlo él solo. Pero lo principal es que vuelva inmediatamente a casa, díselo así.

—¿Cómo quieres que le diga nada si ni siquiera sé dónde está?

—Pues búscalo, y dile que me llame al trabajo en seguida. Y que es la última vez que hace el burro de esta manera. Escucha, tengo un cliente, dile que me llame, adiós.

El fotógrafo llamo a su redacción.

—Sí, Sí… Y otra cosa: Vatanen ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —pregunto el Jefe de redacción. Entonces el fotógrafo contó la historia.

—Acabará por aparecer. Ese artículo vuestro no es tan importante como para que no pueda esperar. Lo publicaremos cuando Vatanen haya vuelto.

—¿Y si le ha ocurrido alguna desgracia?

Desde Helsinki lo tranquilizaron:

—Tú vuelve aquí. ¿Que quieres que le haya pasado? Y además, sería problema suyo. —¿Y si llamo a la policía?

—Que lo haga su mujer, si quiere. ¿Estará al corriente?

—Sí, lo sabe. Pero no parece importarle. —Pues a nosotros tampoco nos incumbe, ¿no?

2

LA RECAPITULACIÓN

Por la mañana temprano, Vatanen se despertó con el canto de los pájaros, entre el aroma de heno de un pajar. La liebre descansaba a su lado. Parecía seguir con la vista el vuelo de las golondrinas que se deslizaban hasta su nido bajo la viga, entrando y saliendo del pajar diligentemente, bien porque aún no acababan de construirlo, bien porque ya tenían allí crías a las que alimentar.

El sol brillaba a través de las rendijas de los viejos troncos y el heno añejo calentaba la estancia. Vatanen permaneció recostado en el heno, sumido en sus pensamientos, cerca de una hora antes de sacudirse, levantarse y salir con la liebre entre sus brazos.

Detrás del viejo prado lleno de flores murmuraba un riachuelo. Vatanen depositó a la liebre en la orilla, se desnudó y se dio un baño en el agua fría. Un banco tupido de pequeños pececitos remontaba la corriente; Se asustaban al menor movimiento, pero en seguida se sobreponían.

Vatanen pensó en su mujer, allá en Helsinki. Se sintió mal.

A Vatanen no le gustaba su mujer. Era una mala mujer, había sido mala o, mejor dicho, egoísta desde que se casaron. No dejaba de comprarse vestidos feos, feos y poco prácticos, que se cambiaba constantemente porque al final ni a ella misma acababan de gustarle. Hubiera cambiado también a Vatanen si hubiese podido hacerlo con la misma facilidad.

Al comienzo del matrimonio la mujer había empezado a ahorrar sistemáticamente para la casa: su nido. Entre tanto, ésta se iba convirtiendo en una extraña mezcla de distintas ideas de revista de decoración, en algo superficial y de mal gusto donde reinaba, entre grandes carteles y sillones de módulos, un radicalismo aparente. En

las habitaciones resultaba difícil moverse sin golpearse con algo. Todo el mobiliario resultaba inarmónico. Y la casa era el perfecto reflejo de su matrimonio.

Una primavera la mujer se quedó encinta, pero se ocupó de abortar lo más rápidamente posible. La cuna del bebé arruinaría la decoración, eso había dicho, pero el verdadero motivo había llegado a los oídos de Vatanen después del aborto: el niño no era suyo.

—¿Tienes celos de un feto, bobo? —dijo la mujer cuando él sacó a relucir el tema.

Vatanen acercó al lebrato a la orilla del agua para que pudiese beber. El animalito comenzó a lamer el agua fresca, y en efecto era mucha la sed que tenía para lo pequeño que era. Después comenzó a mordisquear enérgicamente los hierbajos de la orilla.

Todavía se resentía bastante de su pata trasera.

Tal vez debería volver a Helsinki, pensó. ¿Qué van a decir en el trabajo de esta desaparición?

¡Menudo trabajo, qué misión! Se trataba de una revista que se jactaba de remover la mierda, pero pasaba por alto los problemas verdaderamente importantes de la Sociedad. La portada llevaba semana tras semana la fotografía de algún don nadie: mises, modelos, el bebé de un matrimonio famoso… Al principio, Vatanen Se había sentido feliz de ser redactor de una gran revista, y especialmente cuando tenía la oportunidad de entrevistar a algún personaje injustamente tratado, sobre todo si era el Estado quien lo acosaba. Entonces uno alimentaba la ilusión de estar haciendo una labor importante; pero ahora, después de tantos años, Vatanen ya no se lo creía, hacía sólo lo mínimo y se contentaba no contribuyendo personalmente a aumentar las desigualdades sociales. Lo mismo les ocurrió a sus colegas: frustrados en su trabajo, gente cínica. El más inútil de los economistas especializados en marketing valía para orientar a este tipo de redactores sobre lo que el editor esperaba de ellos. La revista salió adelante con éxito, pero no ofrecía más que información lavada, vestida, maquillada y convertida en un entretenimiento. ¡Menuda profesión!

Eso sí, le pagaban un sueldazo; pero igualmente estaba siempre

sin blanca. El alquiler le suponía casi mil marcos mensuales, pues la vivienda sale cara en Helsinki. De hecho, por culpa del alquiler, Vatanen no iba a conseguir nunca una vivienda propia.

Había comprado una lancha de motor, pero aún le quedaban plazos pendientes. Aparte de la lancha no tenía otras aficiones. Su mujer, a veces, proponía ir al teatro, pero Vatanen no quería salir con su mujer; había llegado a hartarse incluso de su voz.

Suspiró.

La mañana veraniega seguía iluminándose, pero a Vatanen estos pensamientos le habían quitado la alegría. Sólo cuando la liebre terminó de comer y volvió a metérsela en el bolsillo las ideas negras lo dejaron en paz. Comenzó a caminar decididamente hacia el oeste, en la misma dirección que la noche anterior. El bosque murmuraba alegre y Vatanen canturreaba una vieja canción. Las orejas de la liebre sobresalían de su bolsillo. Al cabo de dos horas más o menos llegó a un pueblo y en la calle principal encontró un quiosco rojo, ¡mira qué casualidad!, junto al quiosco trajinaba una muchacha que parecía disponerse a abrir su pequeño negocio. Vatanen se acercó, dio los buenos días y se sentó en la terraza. La muchacha abrió los paneles de madera que cerraban la ventanilla, se metió dentro, descorrió el cristal y dijo:

—El quiosco está abierto. ¿Quieres algo?

Vatanen compró tabaco y una botella de limonada. Ella lo miró con detenimiento y dijo:

—¿Eres un delincuente?

—No… ¿Te doy miedo?

—No te lo he preguntado por eso. Se me ocurrió porque te he visto venir del bosque.

Vatanen sacó la liebre y la plantó sobre el banco.

—¡Mira, un conejito!

—No es un conejito, es una liebre. Me la he encontrado.

—Pobrecita, tiene una pata mala. Voy a buscar zanahorias.

La muchacha dejó el quiosco y salió corriendo hacia una casa próxima; tardó un rato en volver. Traía un manojo de zanahorias llenas de tierra. Las lavó con limonada y se las ofreció en seguida a la liebre; pero ésta, para su desilusión, no las quiso.

—No parecen gustarle.

—Es que está un poco enferma. ¿Hay veterinario en este pueblo?

—Bueno…, un tal Mattila sí que tenemos… pero no es nuestro; viene sólo a veranear, desde Helsinki; para el invierno se marcha. Vive por allá, a la orilla del lago. Si subes al tejado del quiosco te mostraré su casa.

Vatanen subió al tejado. La muchacha, desde abajo, le decía hacia dónde tenía que mirar y de qué color era la casa. Vatanen dirigió su mirada al lugar indicado y consiguió localizar la vivienda del veterinario. Luego bajó del tejado ayudado por la muchacha, que le sostenía el trasero.

El veterinario Mattila le puso a la liebre una pequeña inyección y le vendó cuidadosamente la pata trasera.

—Ha sufrido un shock. La pata quedará bien. Si la lleva a la ciudad consiga lechuga fresca, eso es lo que come. Pero tiene que lavarla bien, para que no le produzca colitis. Y para beber sólo agua.

Cuando regresó al quiosco Se encontró allí con un puñado de hombres aparentemente desocupados, bebiendo cerveza. La muchacha los presentó a Vatanen:

—El-hombre-de-la-liebre.

A juzgar por sus preguntas la liebre pareció interesarles mucho. Entre todos calcularon la edad que podía tener. Uno de ellos contó que, antes de la cosecha, siempre recorría los campos dando voces para espantar a los lebratos escondidos entre el heno.

—Porque si no se cuelan entre las cuchillas de la segadora. Un verano Se colaron tres: uno salió sin orejas, otro sin patas de atrás y el otro en dos mitades. Pero los veranos que los he espantado no se ha quedado ninguno entre las cuchillas de la segadora.

El pueblo le pareció tan agradable que se quedó varios días hospedado en el piso de arriba de una casa de dos plantas.

3

EL PLAN

Vatanen subió al autobús de Heinola. Uno no puede quedarse para siempre en un pueblo, por muy agradable que sea, si no tiene nada que hacer allí.

Con la liebre en una cesta, Vatanen fue a sentarse a los asientos de atrás, donde algunos campesinos fumaban sus cigarrillos.

Cuando vieron al animalito comenzaron a conversar sobre él.

Acordaron que este verano había más lebratos de lo normal y discutieron sobre si éste sería macho o hembra. Preguntaron a Vatanen si tenía pensado matar a la liebre y comérsela cuando hubiese alcanzado su tamaño adulto. Él contestó que no eran ésas sus intenciones, a lo que respondieron que nadie se comería a su propio perro, y que a veces era más fácil querer a un animal que a una persona.

Vatanen alquiló una habitación en el hotel, se aseó y bajó al comedor. Era mediodía y el restaurante estaba completamente desierto. Colocó a la liebre en un asiento junto al suyo. El maître la miraba mientras sostenía el menú.

—En realidad… aquí no están permitidos los animales.

—No es nada peligrosa.

Vatanen pidió algo para él y lechuga, zanahoria rallada y agua fresca para ella. El maître se quedó un buen rato mirando a Vatanen coger la liebre y ponerla sobre la mesa para que comiese de la ensaladera, pero no se animó a impedírselo.

Después de comer llamó por teléfono a su mujer desde el vestíbulo.

—¡Ah! Eres tú —gritó la mujer enfadada—. ¿Desde qué antro me llamas esta vez? Vuelve a casa inmediatamente.

—Estaba pensando en no volver.

—¡Ah! ¿Eso piensas? A ti te pasa algo en la cabeza; ¡tendrás que volver! Y además, esta broma te va a costar el empleo, no lo dudes. Antero y Kerttu vienen esta noche de visita, ¿qué les voy a decir?

—Pues diles que me he escapado de casa; así no tienes que inventar un pretexto.

—No les puedo decir eso. ¿Qué van a pensar? Si lo que pretendes es conseguir el divorcio, te advierto que no lo lograrás. Yo no te voy a dejar ir así, por las buenas, después de haberme destrozado la vida. Son ocho años lo que he perdido por tu culpa.

¡Qué estúpida fui casándome contigo!

La mujer rompió a llorar.

—Llora más deprisa, que corre el contador.

—Si no vuelves en seguida llamaré a la policía; ¡a ver si así aprendes a quedarte en casa!

—No creo que esto le interese mucho a la policía.

—Te advierto que ahora mismo llamo a Antti Ruuhonen, ¡para que veas que compañía no me falta!

Vatanen colgó el teléfono.

Luego llamó a su amigo Yrjö.

—Oye, Yrjö, he pensado que te vendo la lancha.

—¿Qué me dices? ¿Desde dónde llamas?

—Desde aquí, desde el campo, en Heinola. Creo que por el momento no quiero volver a Helsinki, y necesito dinero. ¿Me compras la lancha?

—Claro que te la compro. ¿Quince mil?

—Vale. Puedes recoger las llaves en la redacción, están en mi escritorio, en el cajón de abajo a la izquierda: dos llaves en una anilla de plástico azul. Pregunta por… Leena, la conoces, ¿no? Ella puede dártelas. Dile que vas de mi parte. ¿Tienes liquidez?

—Sí. La plaza en el embarcadero estará incluida en el precio…

—Vale. Haz esto: ve inmediatamente a saldar mi deuda en el banco (Vatanen le dio los datos de su cuenta) y luego ve a mi casa dale cinco mil marcos a mi mujer. Los siete mil restantes los envías urgentes a la Caja de Ahorros de Heinola, a mi nombre.

¿Vale?

—Oye. ¿Están también incluidas tus cartas de navegar?

—Vale. Las tiene mi mujer. No os vayáis a ir a pique tú y la lancha. Empieza poco a poco y evitarás accidentes.

—Oye. ¿Cómo es que te desprendes de la lancha? ¿Te has vuelto loco?

—Cosas de la vida.

Al día siguiente se dirigió con la liebre a la Caja de Ahorros.

Como se puede suponer, su paso era ligero y se sentía despreocupado. Se ha hablado mucho del sexto sentido de los humanos, y a Vatanen, cuanto más cerca estaba del banco, más comenzaba a parecerle que las cosas no iban del todo bien. Se acercó con cautela; aunque no acababa de imaginar qué clase de peligro podía estar acechándolo allí. Pensó que el breve período de dos días de total libertad había extremado su sensibilidad para percibir las cosas. Esa idea le hizo cierta gracia, así que entró sonriendo en el banco.

Su sexto sentido no le había fallado. En el interior, con la espalda hacia la puerta, estaba sentada su mujer. Se le puso el corazón en un puño, un escalofrío de terror recorrió la espina dorsal de Vatanen. Hasta la liebre se asustó.

Vatanen salió disparado hacia la calle y corrió por la acera tan rápido como se lo permitieron sus piernas. Los transeúntes se quedaban atónitos viendo a aquel hombre que huía del banco con una cesta de la que sobresalían dos pequeñas orejitas de liebre.

Corrió calle abajo hasta el final de la manzana y allí giró por una bocacalle donde se topó con la puerta de una taberna. Sin dudarlo un segundo entró en el local. Jadeaba, le faltaba el aliento.

—¿Me equivoco o es usted Vatanen, el periodista?

—Preguntó el portero mirando a la liebre como si la conociera de algo—. Lo están esperando.

Al fondo del comedor estaban sentados el fotógrafo y el jefe de redacción. Tomaban tranquilamente sus cervezas y no advirtieron la presencia de Vatanen. El portero explicó que los señores le habían pedido que condujese a su mesa a un hombre con el aspecto de Vatanen que bien podía llevar consigo una liebre.

Vatanen volvió a encontrarse en la calle.

Se deslizó entre el tráfico y se escabulló hacia su hotel.

Intentaba averiguar dónde había fallado su plan. Llegó a la

conclusión de que detrás de todo estaba ese hijoputa de Yrjö.

Vatanen llamó por teléfono a Yrjö y descubrió que a Yrjö, de puro bobo, se le había escapado, hablando con su mujer, el destino de los siete mil marcos. El resto era fácil de adivinar: la mujer había convencido a su jefe para ir a buscarlo a Heinola, y ahora esperaba en el banco a que él apareciese a por el dinero. Y el dinero estaba allí, pero ¿Cómo podía ahora sacarlo sin arriesgarse a una escena?

Había que pensárselo.

Vatanen tuvo una idea. Pidió al recepcionista que le preparase la cuenta, pero le advirtió que pronto vendrían a verlo tres personas: una mujer y dos hombres. Luego escribió una nota en el papel del hotel y la dejó sobre la mesa de su habitación, acabado lo cual cogió el teléfono. Buscó el número de esa taberna por la que había pasado como un gato sobre un fogón; le contestó la voz del portero.

—Soy Vatanen, el periodista. ¿Sería usted tan amable de ponerme con cualquiera de esos hombres de antes?

—¿Vatanen?

—Se oyó decir al cabo de un rato a su jefe de redacción.

—El mismo. Hola.

—Te pillamos, pillín. Sabes que tu mujer está en el banco y nosotros aquí, conque déjate de tonterías y ven aquí para que podamos volver todos cuanto antes a Helsinki.

—Escucha, ahora no puedo ir. ¿Por qué no venís los tres al hotel? Mi habitación es la 312. Yo tengo que poner un par de conferencias. Pero traed a mi mujer; así podremos aclarar de una vez este asunto entre los cuatro.

—OK. Vamos para allá. Pero no se te ocurra moverte.

—Tranquilo. Adiós.

Nada más colgar, Vatanen cogió a la liebre y salió disparado.

Tomó el ascensor, pagó al recepcionista la cuenta y le advirtió que la habitación quedaba reservada para las tres personas que vendrían preguntando por él. Con la misma rapidez salió a la calle.

Fue callejeando hasta el banco. Desde una prudente distancia se detuvo a observar si su mujer seguía allí. Y sí, allí seguía la condenada. Se quedó vigilando desde la esquina.

Pronto vio salir a dos hombres de la taberna cercana; reconoció al redactor jefe y al fotógrafo. Entraron en el banco y enseguida

volvieron a salir acompañados por su mujer. Los tres se encaminaron hacia el hotel. Vatanen pudo oír cómo su mujer decía:

—Ya os lo había dicho. Era la única forma de cazarlo.

Una vez que los había perdido de vista, Vatanen entró tranquilamente al banco, se presentó frente a la ventanilla y mostró su carné de identidad. La empleada leyó el nombre que figuraba en el documento.

—Su mujer ha estado buscándolo. Acaba de irse.

—Ya lo sé; ahora mismo voy a encontrarme con ella.

En el banco había siete mil marcos a nombre de Vatanen, menos seis marcos de Comisión por transferencia urgente; lo que se cobraba entonces. Vatanen firmó el recibo y cogió el fajo. Le llevó su tiempo contar todos esos billetes. La liebre se acurrucaba, sobre el mostrador de cristal: las empleadas habían abandonado sus puestos y formaban corro para admirar al tierno animalito, todas querían acariciarlo.

—Cuidado con su pata trasera, está rota —advirtió Vatanen cortésmente.

—Uuuy, ¡qué mono! —exclamaban las empleadas. En el banco se respiraba una atmósfera de felicidad acaramelada.

Cuando al fin consiguió salir, Vatanen se dirigió hacia la parada de taxis de la plaza, subió a un gran automóvil negro y dijo al conductor:

—A Mikkeli, deprisa.

En ese momento, en el hotel, en la habitación de Vatanen, tenía lugar una acalorada discusión en torno a la nota que este había dejado, y en la que se leía:

«Dejadme en paz. Vatanen».

4

LAS HIERBAS

Mikkeli y el sol: la libertad completa. Vatanen se encontraba sentado en un banco del parque central de la ciudad. La liebre rebuscaba entre el césped algo para comer. Desde la estación de autobuses llegaron cuatro gitanas, ataviadas de vivos colores, que se detuvieron a observar a la liebre y se acercaron a charlar con Vatanen. Las mujeres se encontraban de buen humor y quisieron comprarle al animal.

Supieron explicar a Vatanen dónde estaba la Oficina del Distrito de Caza de Savonia del Sur, y una de ellas insistió en decirle la buena fortuna:

—Veo un gran cambio en tu vida —dijo la mujer. Aseguró que Vatanen había sufrido fuertes tensiones y que había tomado una decisión muy importante. La raya central auspiciaba un futuro disoluto, un sinnúmero de viajes a la vista y nada de qué preocuparse. Cuando Vatanen le ofreció dinero, ella no quiso aceptarlo.

—Ay, ay, muchachito, en verano no hace falta el dinero.

En la puerta de la Oficina de Caza había un letrero donde se leía que al inspector de caza, U. Kärkkäinen, se lo podía encontrar en su casa. Vatanen paró un taxi y se dirigió a la dirección indicada. En el patio ladraba un perro de gran tamaño. En cuanto olfateó a la liebre, el animal ya no pudo dejar de aullar.

Vatanen no se atrevía a dar un paso.

De la casa salió un joven, también de gran tamaño, que tranquilizó al perro. Una vez que Vatanen consiguió entrar, el inspector le pidió que tomase asiento y preguntó si podía servirle en algo.

—¿Usted sabría decirme que comen estos animalitos? —Preguntó Vatanen sacando la liebre de su cesta y colocándola entre ambos—. Por la parte de Heinola un veterinario me dijo que, por lo menos, lechuga, pero resulta difícil de conseguir. La hierba no parece interesarle.

Visiblemente entusiasmado, Kärkkäinen observó al lebrato con aire experto.

—Macho. No habrá cumplido el mes. ¿Lo ha cogido para criarlo? Está terminantemente prohibido por la Ley de Protección de la Veda.

—Es que de otro modo habría muerto. Tiene una pata rota.

—Eso se ve, pero igualmente hay que legalizar la situación.

Pues hale, le expido ahora mismo un permiso oficial, para que pueda quedárselo como animal doméstico, y ya está.

El hombre escribió a máquina un par de líneas en un folio, estampó encima un sello y lo firmó. En el papel podía leerse:

«Certificado».

«Por la presente certifico que el portador de este documento tiene oficialmente derecho a poseer y mantener una liebre salvaje, en virtud del hecho de que el mencionado portador de este documento encontró y auxilió al susodicho animal salvaje hallándose éste impedido de su pata trasera izquierda y corriendo, en consecuencia, peligro de muerte. En Mikkeli, U. Kärkkäinen, Distrito de Caza de Savonia del Sur».

—Dele de comer tréboles tiernos; eso se encuentra ahora en cualquier sitio. Y para beber sólo agua corriente, no intente darle leche. Aparte del trébol es posible que acepte también heno fresco y brotes de cebada de otoño. Lo que les gusta mucho es la grama de botica, y la guija de prado, y además todas las algarrobillas; y la mielga rastrera es también muy apropiada. En invierno dele cortecillas o tallos de arándano congelados, si es que va a tenerla en la ciudad.

—¿Qué tipo de planta es esa guija? Me temo que no la conozco.

—Pero las arvejas sí que las conocerá …

—Creo que sí, son leguminosas; tienen esos mismos ganchitos que los guisantes.

—La guija se parece mucho a la arveja, y también tiene flores

amarillas, ésa es su característica más determinante. Deje que le haga un dibujo, para que pueda verlo.

Kärkkäinen cogió un gran pliego de papel y comenzó a dibujar la planta con un lápiz. No era precisamente un buen dibujante. El lápiz, agarrado por sus fuertes manos, trazaba profundos surcos sobre el papel; la punta se rompió un par de veces con un chasquido, pero tras un fatigoso esfuerzo aquello comenzó a cobrar forma. Vatanen intentaba ver el dibujo al que Kärkkäinen daba los últimos retoques; pero cada vez que lograba entrever algo éste retiraba el papel como quien no desea ser molestado en plena inspiración creativa.

—Y luego tiene este tipo de florecitas amarillas… ¡Caray!

Debería tener color amarillo para que pueda usted tener una idea más clara. Voy a por las acuarelas del niño.

Kärkkäinen fue a por agua y comenzó a colorear sobre los gruesos trazos de lápiz. Pintó el tallo y las hojas de color verde y limpió cuidadosamente el pincel antes de proceder a colorear de amarillo las flores.

—Éste es un papel muy delgado y el color se desparrama.

Cuando las flores estuvieron finalmente coloreadas de amarillo, Kärkkäinen apartó los bártulos y comenzó a soplar sobre la acuarela para secarla, y la estuvo mirando un buen rato. Luego retiró un poco el papel y examinó el resultado con expresión crítica.

—No sé, no sé… No estoy muy seguro de que vaya a servirle, pero la planta es más o menos así y ella se la comerá sin duda con mucho gusto. Esos zarcillos me han quedado un poco gordos; debería imaginárselos más finos cuando lo compare con plantas auténticas en un entorno natural. ¿Tiene usted una cartera para guardarlo sin que se doble?

Vatanen negó con la cabeza. Kärkkäinen le dio entonces un sobre grande, de color gris, en el que el dibujo entró perfectamente.

Vatanen le dio las gracias por los consejos. El inspector sonrió algo embarazado aunque satisfecho. Se despidieron en el patio, con un caluroso apretón de manos.

El taxista llevaba una media hora esperando. Vatanen le pidió que lo llevase a las afueras, a algún sitio donde hubiese vegetación abundante. En seguida encontraron el lugar adecuado: un extenso

bosque de abedules cuya linde aparecía, del lado de la carretera, repleta de amarillos dientes de león.

El taxista le preguntó si podía acompañarlo a recoger flores, pues el tiempo, sentado solo en el coche caliente, se le hacía muy largo y se aburría.

—Vale.

Vatanen le dio el dibujo de Kärkkäinen. No pasó mucho tiempo antes de que se oyese al taxista gritar alegremente en el bosque:

—¡He encontrado las guijas!

Otras plantas mencionadas por el inspector crecían también en la zona.

—A mí me han interesado siempre las plantas —confesó el taxista a Vatanen.

Al cabo de una hora habían reunido cada uno un buen montón de las plantas más apropiadas. La liebre las devoraba.

Mientras tanto el taxista fue, con un tapacubos, a buscar agua de la fuente. Lo lavó cuidadosamente debajo del chorro antes de llenarlo. Primero bebió la liebre durante un largo rato, luego los hombres se repartieron el resto. Cuando se terminó el agua, el conductor volvió a colocar el tapacubos en la rueda delantera, encajándolo con un golpe seco.

—Podemos llevar estas plantas a mi casa; puedo tenerlas en el armario de la entrada hasta que usted consiga una habitación en el hotel, u otro alojamiento.

En la ciudad, y una vez que llegaron al patio de la casa del taxista, reunieron sus montones de hierba, entraron en el ascensor y subieron a la cuarta planta. Abrió la puerta una mujer de aspecto sencillo, que no disimuló su sorpresa al ver a su marido y a aquel hombre cargados con sendos montones de plantas aromáticas.

—Helvi, aquí las hierbas de este cliente; vamos a guardárselas en el armario hasta que las necesitemos de nuevo.

—¡Ay, Dios mío!, ¿y dónde metemos todo esto? —comenzó a quejarse la mujer, pero se calló al advertir la mirada reprobatoria de su marido. Vatanen pagó la carrera y, antes de salir, volvió a dar las gracias. El taxista dijo:

—No tiene más que llamarme y yo le llevaré las hierbas.

5

LA POLICÍA

A mediados de julio el deambular de Vatanen lo había llevado a la carretera que conduce a Nurmes. Llovía, y tenía frío.

Acababa de apearse del autobús de Kuopio y ahí estaba, en medio de una carretera lluviosa, calándose hasta los huesos por culpa de un impulso, y a varios kilómetros aún de Nilsiä.

La liebre había crecido considerablemente y apenas cabía ya en la cesta; su pata trasera estaba curada.

Tras un recodo de la carretera, Vatanen vislumbró una casa que, por su aspecto, parecía pertenecer a alguien acomodado.

Decidió acercarse y pedir alojamiento para esa noche. En el patio, una mujer con impermeable arreglaba el jardín. Tenía las manos negras de tierra. Era una mujer vieja, y por un instante Vatanen creyó ver la imagen de su mujer. Ésta tenía un aire parecido.

—Buenos días.

La mujer se incorporó y escrutó al forastero, e inmediatamente a la liebre mojada que brincaba a los pies de Vatanen.

—Soy Vatanen, acabo de venir de Kuopio. Me bajé del autobús por error, debería haberlo hecho en Nilsiä. Parece que llueve un poco… ¿Cómo van las cosas por aquí?

La mujer no dejaba de mirar a la liebre.

—¿Y eso qué es?

—Pues una liebre, nada más. Nació por la parte de Heinola. Es mi compañera. Juntos hemos hecho un largo camino.

—¿Y qué lo trae por aquí? —preguntó la mujer con desconfianza.

—Pues nada de particular. Voy viajando de un lado a otro con

esta liebre…, para pasar el tiempo… Como ya le he dicho, me bajé del autobús antes de tiempo… Empiezo a sentirme cansado…

¿Tendría inconveniente en que me quedase a pasar la noche?

—Se lo preguntaré a Aarno.

La mujer entró en la casa. La liebre mordisqueaba algunas plantas del jardín para engañar al hambre. Vatanen la regañó y, al final, la cogió en brazos. En la escalera apareció un hombre de baja estatura, mediana edad e incipiente calvicie. Dirigiéndose a Vatanen dijo:

—Váyase. Aquí no puede estar; tiene que irse ahora.

Vatanen se molestó un poco y le pidió al hombre que, por lo menos, le llamase a un taxi.

El hombre le repitió que se fuera, pero esta vez parecía algo atemorizado. Vatanen avanzó unos pocos pasos con la intención de dialogar, pero el hombre se metió rápidamente en la casa y le dio con la puerta en las narices. «Qué gente más extraña», pensó Vatanen.

—¡Llama ya, es un loco! —se oía la voz de la mujer desde el interior, a través de la ventana. Vatanen supuso que el matrimonio, después de todo, iba a pedirle un taxi.

—Sí, sí…, a casa de los Laurila, vengan en seguida; esta delante de la puerta, intentó entrar, es un loco: tiene una liebre.

Vatanen les oyó colgar e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. No dejaba de llover. A través de la ventana el hombre le gritó en tono expeditivo que dejase de golpear la puerta.

—Tengo un arma —dijo.

Vatanen se sentó en el columpio cubierto. La mujer gritó desde la ventana.

—No intente entrar.

Al cabo de un rato irrumpió en el patio un coche de policía.

De él salieron dos agentes uniformados que fueron directamente hacia Vatanen mientras, desde la escalera, el matrimonio lo señalaba con el dedo.

—Llévenselo. Es él.

—A ver, ¿se puede saber qué se propone usted?

—Pedí que me llamasen a un taxi, pero los llamaron a ustedes.

—¿Y también tiene una liebre?

Vatanen abrió la cesta donde la liebre llevaba un rato resguardándose de la lluvia. Asomó la cabeza, estaba asustada y tenía aspecto de sentirse culpable. Los agentes cruzaron sus miradas y asintieron con la cabeza. Uno de ellos dijo:

—Pues haga el favor de acompañarnos. Y entréguenos la cesta.

6

EL COMISARIO

Los agentes se sentaron delante con la liebre y dejaron a Vatanen solo en el asiento de atrás. Al principio, el viaje transcurrió sin que entre ellos mediase palabra alguna; un poco antes de llegar al centro del pueblo, el que llevaba la cesta dijo:

—¿Puedo verla?

—Vale. Pero no la coja de las orejas.

El agente abrió la cesta y vio cómo la liebre asomaba su hocico por la rendija. También el que conducía se estiró, y redujo la velocidad para verla mejor.

—Es de este año —dijo—. Yo diría incluso que de la camada de finales de invierno.

—Lo dudo; hace un par de semanas era aún muy chiquita. Creo que ha debido de nacer en junio.

—Es un macho —sentenció el otro agente.

Llegaron al centro de Nilsiži, dejaron el coche en el patio de la comisaría, cerraron la cesta de la liebre y llevaron a Vatanen adentro.

El oficial de guardia, que se aburría en su despacho, medio dormido y con la camisa reglamentaria desabrochada, no pudo disimular su alegría ante la perspectiva de pasar un rato acompañado.

Ofrecieron asiento a Vatanen, que sacó su cajetilla e invitó a tabaco a los agentes. Ellos cruzaron sus miradas antes de asentir y aceptar un cigarrillo cada uno. Sonó el teléfono. Contestó el oficial de guardia.

—Comisaría de Nilsiä, Heikkinen al aparato… Muy bien…

Mañana pasaremos por ahí… Pues… sin novedad, hasta ahora

sólo un caso.

El oficial de guardia comenzó entonces a examinar atentamente a Vatanen, como intentando averiguar qué tipo de caso sería el suyo.

—Sí, avisaron por teléfono; llamó Laurila. Por lo visto ha intentado entrar a la fuerza. Parece equilibrado. Acaban de traerlo… Adiós.

Colgó el teléfono.

—El asistente social. Hay que llevar mañana a Hãnninen al Centro de Acogida, porque por lo visto él solo no va.

El oficial de guardia escrutó a Vatanen. Ordenó sus pocos papeles sobre la mesa y en un tono lo más oficial posible, dijo:

—Veamos este caso. Documentos.

Vatanen le dio su cartera, de la que el oficial sacó los carnés y un gran fajo de billetes. Los agentes se acercaron a mirar. El oficial examinó primero los carnés y acto seguido se puso a contar los billetes. Tardó bastante, y durante ese tiempo su voz iba resonando en el despacho con un ritmo monótono, como en el recuento de votos de unas elecciones.

—Mucho —dijo—. Cinco mil ochocientos cincuenta marcos.

Permanecieron callados durante un largo rato.

—Es que he vendido mi lancha —explicó finalmente Vatanen.

—¿Tiene un recibo, por casualidad?

Vatanen tuvo que reconocer que no conservaba el recibo.

—Yo nunca me he podido permitir llevar semejante cantidad de pasta encima —Dijo uno de los agentes.

—Ni yo —dijo el otro con cierto fastidio.

—¿Es usted ese mismo Vatanen que escribe en las revistas? —preguntó el oficial. Vatanen asintió con la cabeza.

—¿Y qué es lo que le trae por aquí, tiene acaso algún artículo en mente, algo relacionado con esa liebre quizá?

Vatanen respondió que no se encontraba en viaje de servicio y preguntó dónde podía hospedarse. Empezaba a sentirse muy cansado.

—Sí, claro, pero está la denuncia del doctor Laurila, que es el médico municipal, y quien ha insistido en que lo retengamos aquí. Eso es lo que hay.

Vatanen dijo que, en su opinión, ningún Laurila era quién para ordenar la detención de nadie.

—Ya. Pero en cualquier caso estamos obligados a verificar su identidad, máxime cuando lleva tanto dinero encima. Y además, ¿qué significa esta liebre? El médico municipal afirma que usted ha intentado entrar en su casa a la fuerza, los ha amenazado y obligado a llamar a un taxi… Y, para colmo, ha exigido de malas maneras un alojamiento. Tal y como están las cosas, hay razones suficientes como para no dejarlo marchar así como así; aunque no pretendo decir que estemos ante un caso grave. Si al menos quisiera explicarme lo que le trae por aquí.

Vatanen contó que había dejado su casa y su empleo, y que a decir verdad se encontraba huyendo y aún no había tenido tiempo de tomar decisiones sobre su futuro. De momento seguiría viajando por el país y curioseando un poco.

—Voy a llamar a los chicos de Kuopio —resolvió el oficial de guardia. Marcó el número—. Oye, soy Heikkinen, de Nilsiä. Mira, tenemos aquí un hombre un poco extraño… Para empezar, lleva una liebre… Es periodista. Tengo una denuncia telefónica contra él, por violación de la intimidad hogareña: ha intentado conseguir alojamiento en una casa a la fuerza… Sí, y pasta…, seis mil en la cartera. Sin embargo, no tiene aspecto de estar loco, no te llamo por eso, pero ¿qué te parece a ti que deberíamos hacer con él?, quiere largarse…, no vaya después a tirar de pluma y… Pues dice que no va a ningún sitio en particular, que va curioseando por ahí con esa liebre. Sobrio y tranquilo… Ajá, pero si luego tenemos problemas… ¡Ah, claro!, pues entonces habrá que hacerlo… Pues muchas gracias… Aquí está lloviendo, se ha pasado lloviendo todo el día. Adiós.

—Los chicos de Koupio dicen que ellos lo meterían en el calabozo por lo menos esta noche, ya que se declara usted vagabundo y, además, hay este dinero por medio; sin mencionar la denuncia. Así que si no tuviese usted inconveniente en aceptar este arreglo…

—¿Por qué no llama al jefe de policía? Ni que estuviese usted a las órdenes directas de Kuopio.

—Lo habríamos hecho hace tiempo, pero está pescando y no

estará de regreso hasta las diez de la noche; eso con suerte. Así que, casualmente, yo soy ahora el máximo responsable aquí. Los de Kuopio me dicen que de ninguna manera podemos dejarlo libre y, después de todo, ¿dónde iba a ir con la tarde tan mala que hace?

—¿Y qué vamos a hacer con la liebre? —se sacó Vatanen de la manga.

La atención se centró ahora en la liebre cuya cesta habían dejado en el suelo cuando contaron el dinero. Desde allí, el lebrato seguía tranquilamente el transcurrir de los acontecimientos. Era evidente que iba a convertirse en un nuevo problema para la policía.

—Ajá… ¿Y qué vamos a hacer con ella? ¿Y si la confiscamos en nombre del Estado y la soltamos en el bosque? ¿Qué tal, sabrá apañárselas sola?

Entonces Vatanen esgrimió el certificado que había obtenido en Mikkeli.

—Yo tengo derecho legal sobre esta liebre, y nadie va a quitármela, o confiscármela, o a soltarla en ningún bosque. Y al calabozo no puede ir: es un lugar muy insalubre para un animal silvestre y sensible; podría hasta morir.

—Pues me la llevo esta noche a mi casa — dijo uno de los agentes. Pero Vatanen también tenía respuesta para esto.

—Sólo en el caso de que tenga usted la formación necesaria para cuidar roedores salvajes, y de que disponga de un espacio adecuado para ello. Además, éste necesita guija para alimentarse, y muchas otras plantas muy específicas; de lo contrario podría morir intoxicada. Y usted quedaría obligado a indemnizarme si a esta liebre llegase a ocurrirle algo. Y este tipo de animal no es precisamente barato.

La liebre seguía la conversación y parecía asentir con la cabeza a las palabras de Vatanen.

—¡Pero esto se está volviendo un disparate! —Exclamó el oficial —. Mi opinión es que puede usted marcharse. Pase por aquí mañana para un interrogatorio, digamos a las diez. ¡Ah!, y llévese la liebre.

—Mira bien lo que haces —advirtieron los agentes al oficial—. ¿Qué crees que va a decir Laurila cuando se entere de esto? Y cómo

sabemos si podemos fiarnos de este hombre; fíjate en ese dinero, por ejemplo. Este hombre ni siquiera tiene coche, y vete a saber de dónde ha salido. A lo mejor hasta no es Vatanen.

—Ajá… pues… Espere un poco entonces. ¡Hay que seguir pensando, coño!, ¡y el jefe de pesca! ¿Alguien tiene un cigarrillo?

Vatanen ofreció una nueva ronda. Fumaron en silencio durante un buen rato.

Finalmente el agente más joven se dirigió a Vatanen:

—No vaya a malinterpretarnos, no tenemos nada personal contra usted, pero hasta la policía tiene sus normas. Por ejemplo, que usted no tuviese esa liebre simplificaría mucho las cosas…

Analice este caso desde nuestro punto de vista: ¿cómo podemos saber si no ha cometido usted algún asesinato antes de salir de Helsinki… y si luego no se ha vuelto loco y ha terminado deambulando por aquí sin motivo aparente, como en efecto parece…?

Usted entonces resultaría ser una de esas personas imprevisiblemente peligrosas…

—Déjate de zarandajas —dijo el oficial. —Aquí no se trata de asesinatos ni mucho menos.

—Sí, pero podría ser, en teoría. No digo que sea, pero podría …

—Igualmente yo podría ser el asesino —bufó el oficial.

Apagó el cigarrillo, miró a la liebre con resentimiento, y por fin se preguntó en voz alta:

—Y si procediésemos de la siguiente manera: usted continúa por aquí; aunque sea en esta misma sala de guardia, hasta que podamos consultar al comisario… Pongamos… dos o tres horas.

Luego cerramos el caso. Incluso podría echarse en ese catre, si tiene sueño. Hasta podríamos, si lo desea, preparar café. ¿Qué prisa tenemos? ¿Estaría usted de acuerdo con este apaño?

Vatanen estuvo de acuerdo.

La liebre fue colocada en su cesta sobre la cama que se encontraba al fondo de la sala y que los agentes, por lo visto, utilizaban por la noche para descansar. Vatanen preguntó si podría ver el tipo de instalaciones de que disponía la policía de Nilsiä para los detenidos. El oficial se ofreció de buena gana a enseñárselas y todo el grupo desfiló hacia los calabozos. El oficial abrió la puerta.

—No son gran cosa. Lo que más para aquí son borrachos. Y a veces gente de la zona de Tahkovuori. Pero hemos tenido incluso periodistas —explicó el oficial a Vatanen.

En la comisaría había dos calabozos, pared con pared: dos estancias modestas, sin rejas en las ventanas, sino un vidrio opaco fundido alrededor de una malla de alambre. Una cama de hierro atornillada a la pared y una taza de wáter sin tapa, también atornillada a la pared. Del techo colgaba una bombilla desnuda.

—Suelen romperla en los ataques de furia, y luego tienen que pasarse las noches sin luz. Deberíamos protegerla con un armazón de acero; los más altos llegan de un salto.

Los agentes prepararon café y Vatanen se dispuso a dormir sobre el catre de la sala de guardia. Las autoridades conversaban en voz baja sobre su caso, creyéndolo ya dormido. Vatanen podía oír cómo criticaban a Laurila. En general, consideraban el caso bastante insólito: habría que mantener, al menos en principio, una actitud prudente. Vatanen se quedó dormido.

Por la noche, hacia las diez, el oficial vino a despertarlo.

Explicó que habían dado con el comisario y que este no tardaría en llegar. Vatanen se frotó los ojos, echó un vistazo a la cesta, a sus pies, y descubrió que estaba vacía.

—Los chicos han salido con ella al patio. Nos dimos cuenta de que no se escapa y pensamos que quizá tuviese hambre; le hemos traído guijas de ésas. Ha comido bien, pierda cuidado.

Los agentes entraron con la liebre, la dejaron en el suelo a su aire. En un momento la liebre puso todo perdido de excrementos. Los agentes los empujaban con el pie hacia los rincones, aunque con no muy buen resultado; de modo que sacaron un trapo del cajón de la mesa y empezaron a barrerlos hacia las paredes.

Un pequeño automóvil amarillo entró en el patio. Era el comisario. Vio a la liebre en el suelo y, sin perturbarse lo más mínimo, estrechó la mano de Vatanen:

—Savolainen.

El oficial de guardia le explicó pormenorizadamente la situación. El comisario era un tipo joven, tal vez recién licenciado en derecho e instalado en aquel paraje con el único propósito de ganar dinero. Escuchó el informe, eso sí, con toda corrección.

—¿Los chicos de Kuopio aconsejan que lo encerremos?

—Eso dijeron, pero nosotros no hicimos caso.

—Bien hecho. Ya conozco a ese Laurila.

El comisario inspeccionó los documentos de Vatanen le devolvió el dinero.

—Voy a llamar al médico ése —dijo. Y así lo hizo—:

—Al habla el comisario Savolainen. Buenas noches… Por lo visto ha denunciado usted a una persona… Sí, de acuerdo. No obstante, el asunto es que esa denuncia es infundada. Al menos así lo indican nuestras investigaciones. Debería presentarse usted aquí inmediatamente, para aclarar el caso… No, no mañana, de ninguna manera. Esto puede llegar a ser muy serio para usted si no es capaz de justificarlo. Como policía no puedo hacer más si el afectado no cede. Considere que este hombre, detenido por su culpa, bien podría denunciarlo por falsa acusación. Ha tenido que permanecer aquí bastante tiempo. Yo no estaré, pero puede declarar ante el oficial de guardia, él llevará el interrogatorio. Buenas noches.

El comisario le hizo un guiño a Heikkinen y dijo:

—Escucha lo que tenga que decir y hazle algunas preguntas que le den qué pensar. Pregúntale lo que sea, si quieres hasta puedes tomarle las huellas, y luego al final le dices que puede irse, que la acusación pública, o sea yo, no va a entablar pleito a no ser que el afectado lo considere necesario. Ya sabes. … Bueno. Y usted, Vatanen, ¿dónde piensa pasar la noche? Yo volveré al lago hasta mañana, hemos dejado puestas allí las redes. Tengo una cabaña de pescador, en realidad una pequeña sauna. ¿Qué tal si me acompañan, usted y su liebre? Ella estaría más en su ambiente y usted podría dormir tranquilo.

Los policías escoltaron a Vatanen, al comisario y a la liebre hasta el patio. El oficial de guardia dijo al comisario:

—Ya intuí yo desde el primer momento que este Vatanen era un buen hombre.

7

EL PRESIDENTE

El comisario poseía, junto a la orilla de un lago rodeado de bosques, una pequeña cabaña construida de troncos viejos sobre un terreno pantanoso y movedizo. Se encontraba al final de un camino de tablas y distaba sólo unos pocos metros del agua.

—Ahí estará mi compañero de pesca, un hombre curioso y bastante interesante, Hannikainen, comisario jubilado de Kiuruvesi.

Cuando llegaron a la cabaña encontraron a Hannikainen que, sentado junto a la chimenea, de espaldas a la puerta, estaba asando pescado. Apartó la parrilla y los saludó estrechándoles la mano. Obsequió a los recién llegados con raciones calientes de pescado servido sobre sendos pedazos de papel de estraza. Desde luego, Vatanen tenía hambre. A la liebre le dieron hierba fresca y agua. Cuando los dos amigos salieron fuera, Vatanen se tendió sobre la cama. Medio dormido, sintió a la liebre saltar sobre sus pies. El animalito buscó la postura más cómoda e igualmente se dispuso a dormir.

De madrugada, Vatanen oyó entre sueños a los dos hombres que llegaban del lago, charlaron en voz baja en el exterior de la cabaña y luego entraron para dormir. El comisario se echó sobre la plataforma de la sauna y Hannikainen sobre el banco de la habitación. La liebre levantó la cabeza, pero en seguida volvió a dormirse.

Vatanen se despertó por la mañana sintiéndose renovado.

Eran las ocho. El banco de Hannikainen estaba vacío. Los pescadores se habían despertado un poco antes y ya estaban afuera encendiendo el fuego. Colgaron la cafetera en el trípode. Hannikainen sacó de una bolsa de plástico roscas de mantequilla.

Las aves zancudas gritaban en el lago; sobre la superficie del agua reposaba la bruma matinal: el día sería claro.

Después del café, el comisario volvió al pueblo a despachar sus asuntos. El ruido del automóvil se alejó por el camino del bosque hasta perderse del todo.

Hannikainen entró a por manteca. La cortaba en pedacitos que iba echando en la sartén caliente. La grasa chisporroteaba. Sobre la manteca volcó una lata de medio kilo de carne vacuna y porcina. Muy pronto estuvo lista la fritura. Hannikainen cortó largas rebanadas de pan de centeno y puso sobre ellas la carne humeante. Sirvió a Vatanen. Tenía un sabor delicioso. Aunque mientras vivió en Helsinki, Vatanen siempre tuvo dificultades para comer por las mañanas, ahora devoraba con verdadero apetito.

Hannikainen le dio botas de agua, una cazadora y el equipo de pesca del comisario. Los zapatos y la americana los dejaron colgados de un clavo en la pared de la cabaña, en el mismo sitio donde deben continuar todavía hoy.

Los hombres deambularon todo el día por las cercanías de la cabaña: pescaron con caña, prepararon sopa de pescado y se tumbaron al sol a contemplar los juncos de la orilla del lago. Por la tarde, Hannikainen sacó de su mochila una botella de vodka. La destapó con un sonido chirriante y sirvió un chorrito para cada uno.

Hannikainen era un hombre de edad. Tendría cerca de setenta años. Totalmente cano, alto y hablador. En el transcurso del día los hombres fueron cogiéndose confianza. Vatanen contó sus peripecias y el motivo de sus viajes. Hannikainen resultó ser un viudo solitario que tenía la costumbre de pasar el verano como compañero de pesca del joven comisario. Estaba muy al corriente de lo que pasaba en el mundo, y le gustaba reflexionar sobre ello.

Vatanen se preguntaba qué era lo que habría visto de curioso el comisario en Hannikainen como para haberle advertido de ello la noche anterior. Hasta ahora, desde luego, no había encontrado nada anormal en la vida de aquel hombre si no era que pescaba plácidamente todo el verano.

La respuesta a este enigma estaba por llegar.

Tras el segundo tazón de vodka, Hannikainen comenzó a conducir, sistemáticamente, la conversación hacia asuntos de

Estado. Hablaba de las responsabilidades del Gobierno, de su poder y de sus métodos. Y confesó que después de su jubilación había comenzado a investigar estos temas. A pesar de que había pasado toda su vida ejerciendo de comisario rural, Hannikainen estaba curiosamente bien al tanto de las constituciones occidentales, de los matices del parlamentarismo y de la administración de la justicia en los países socialistas. Vatanen escuchaba con interés devoto la perorata de Hannikainen sobre asuntos y problemas de altos vuelos con los que los juristas del Estado se las ven a menudo, incluso en Finlandia.

En su opinión, la Constitución finlandesa concedía al presidente de la República unas facultades demasiado amplias para decidir sobre los asuntos del Estado. Cuando Vatanen le preguntó si el presidente, a su modo de ver, no había sabido usar de un modo correcto ese poder que había recaído sobre él, Hannikainen le respondió:

—Durante ya varios años he ido realizando un seguimiento del presidente Kekkonen… Estoy a punto de llegar a una conclusión que hasta a mí me resulta monstruosa. No quiero decir que me horrorice su manera de gobernar; soy un ferviente partidario de su régimen, pero… reúno datos, comparo, selecciono y saco mis conclusiones. El resultado es muy espeluznante.

—¿Y qué es lo que has concluido sobre Kekkonen?

—He mantenido este asunto muy en secreto. Sólo Savolainen está enterado, y un carpintero de Puumala. Ninguno de los dos revelará los resultados de mis pesquisas. Mira, son de tal calibre que si fuesen publicadas me vería envuelto en complicaciones, incluso legales. En el mejor de los casos, sería puesto en ridículo. Hannikainen clavó fijamente sus ojos en Vatanen; lo congelaba con la mirada.

—Soy un hombre mayor, puede incluso que algo senil, pero no chocheo. Si quieres que te diga lo que he averiguado tienes que prometerme que no lo usarás ni contra mí ni contra ningún otro.

—Vale.

—Se trata de asuntos de tanta envergadura que tengo que rogarte que respetes el secreto, y exigirte la promesa de que no lo revelarás nunca.

Saltaba a la vista que Hannikainen se moría por contarlo todo. Enroscó a conciencia el tapón de la botella de vodka, la escondió entre el musgo y salió caminando enérgicamente hacia la cabaña. Vatanen lo siguió.

En la cabaña, junto a la pared, entre la ventana y la mesa, había una vieja maleta de tamaño grande y color marrón que Vatanen había visto ya la noche anterior aunque no le había prestado mayor atención. Hannikainen la puso sobre el banco y la abrió haciendo sonar ruidosamente los cierres. La tapa se levantó como impulsada por un resorte. El interior estaba abarrotado de documentos y fotografías.

—Aún no he ordenado este archivo definitivamente. La investigación está aún sin terminar; aunque la mayor parte se encuentra aquí. Suficiente para sacar conclusiones.

Hannikainen extrajo de su maleta papeles, gruesos informes escritos a máquina, unos pocos libros y fotografías representando al presidente Kekkonen en distintas situaciones. También los libros trataban del presidente o habían sido escritos por él. Allí estaban las colecciones de sus discursos, los libros de Skyttä sobre el período Kekkonen y unos cuantos más sobre su vida; incluso había uno de chistes sobre el presidente. Entre los papeles proliferaban los esquemas y Vatanen pudo constatar que también ellos giraban en torno a Kekkonen.

Hannikainen sacó algunas láminas de papel milimetrado en las que se habían dibujado distintos cortes en sección de cráneos humanos.

—Mira esto —dijo mostrando paralelamente dos cortes craneales a la luz tenue de la cabaña—. ¿Ves la diferencia?

A primera vista los dibujos parecían iguales, pero fijándose mejor se advertían algunas pequeñas variaciones.

—Este dibujo de la izquierda representa el cráneo de Urho Kekkonen en 1945, es decir, inmediatamente después de la guerra. Y este otro representa su cráneo en 1972. He realizado estos dibujos a base de años de comparación. Para ello he proyectado sobre una pantalla fotografías del cráneo, en posiciones distintas por supuesto, y luego he extraído los contornos en papel. Tratándose de Kekkonen el método es seguro, ya que es calvo. Es un procedimiento muy

lento que requiere enorme precisión y paciencia, pero creo haber logrado unos resultados excelentes. Diría que se trata de uno de los estudios craneológicos más completos y exactos que jamás se ha realizado. No se alcanzan mejores resultados en ninguna otra parte, salvo quizá en el departamento del forense; pero, claro, allí los cráneos reales están a disposición de uno.

Sacó otro dibujo.

—Aquí tienes el cráneo de Kekkonen en la época de la formación de su tercer gobierno. ¿Ves? Es exactamente igual que el de 1945.

—Y aquí el de 1964, otra vez idéntico. ¡Pero fíjate en esto! El cráneo de 1969 que, mira por dónde, es diferente. Tendrás que compararlo con el 1972 para volver a encontrar de nuevo rasgos similares.

Hannikainen iba mostrando excitado sus dibujos, con ojos iluminados y con una sonrisa de triunfo en el rostro. Vatanen los examinaba y tenía que reconocer que, en efecto, era tal como Hannikainen decía: los cráneos no eran iguales, los más antiguos se diferenciaban de los más recientes.

—El cambio se produce allá por el año 1968, tal vez a finales del año, pero en ningún caso más allá de la primera mitad de 1969. Todavía no he conseguido precisar el momento con mayor exactitud, pero trabajo en ello y estoy convencido de que podré llegar a fijarlo con un margen de error de uno o dos meses. En cualquier caso creo haber demostrado convincentemente que el cambio se ha producido, y que es un cambio significativo además.

Hizo una pausa y añadió ponderando sus palabras:

—Francamente, digo que estos gráficos no representan el cráneo de la misma persona. La diferencia es demasiado grande, indiscutiblemente grande: estos cráneos más antiguos, o de juventud, tienen una forma puntiaguda en la coronilla, mientras que en éstos, más recientes, la forma del cráneo es aplastada, o sea, que la mollera es claramente más redonda. Y fíjate en la mandíbula: en las primeras fotografías se ve bastante huidiza, mientras que en las nuevas sobresale varios milímetros más hacia fuera y, al mismo tiempo, los pómulos están más bajos. En este perfil se percibe mejor. También en el occipucio hay diferencias claras, si bien

menores. En la vieja foto la parte trasera del cráneo aparece algo más hendida que en las posteriores, ¿lo ves? Cuando una persona envejece, el occipucio de ninguna manera se abomba, sino todo lo contrario, se aplana, créeme.

—Tú piensas entonces que el cráneo de Kekkonen cambió de forma allá por 1968…

—¡Voy más lejos! Estoy convencido de que hacia 1968 «el viejo Kekkonen» o murió, o fue asesinado, o se retiró, por alguna razón, de la vida gubernamental, y en su lugar se puso a otro hombre casi prácticamente idéntico, incluso en la voz.

—¿Y si hubiese sufrido algún tipo de enfermedad o un accidente que le hubiera remodelado el cráneo?

—Estos cambios de cráneo son de tal magnitud que, si se debiesen a una enfermedad o a un accidente, la curación en ambos casos hubiese durado varios meses. Según mis investigaciones, el presidente Kekkonen no llegó a permanecer, en toda su vida, más de dos semanas seguidas fuera de la vida pública, como mucho. Y además no he advertido en ninguna de las fotos algo como una cicatriz en el cuero cabelludo; verrugas, sí, pero ningún signo de intervención quirúrgica ha salido a la luz desde 1968.

Hannikainen guardó los dibujos de cráneos en la maleta y desplegó un gran cuadro con una línea numerada que atravesaba el papel de lado a lado.

—Esto es la curva de crecimiento de Kekkonen. Los números empiezan en su niñez. … Durante la adolescencia no son muy exactos, aunque totalmente fiables desde el momento en que se licenció como sargento. Tengo además una fotocopia de su pasaporte militar, ¿ves? Desde entonces Kekkonen ha medido 179 centímetros. … Y aquí tenemos la misma medida en la época del entierro del presidente Paasikivi. … Pero ¡mira ahora! Llegamos al año 1968: la curva de pronto asciende dos centímetros. De repente Kekkonen mide 181 centímetros. A partir de ese momento continúa sin variaciones hasta hoy. Y no parece que haya nuevos cambios a la vista. Un repentino aumento de estatura en sus años maduros, ¿no es sorprendente?

Hannikainen apartó la curva de crecimiento buscando con ímpetu otro gráfico. En él estaba marcada con todo detalle la curva

del peso de Kekkonen.

—Bueno. Ésta no tiene tanto valor probatorio como la curva anterior, pero aun así puede ofrecer algunos indicios. El peso de Kekkonen ha variado poquísimo desde que alcanzó la edad mediana, manteniendo una especie de variación cíclica anual: en otoño ha llegado a pesar hasta cuatro kilos y medio más que en primavera; a comienzos de verano, sin excepción, ha pesado menos, alcanzando su mínimo para engordar luego de nuevo en otoño, recuperando su peso normal. He obtenido estos datos en el Instituto de Medicina Laboral de Helsinki; de modo que son exactos y fiables. Pero para poder seguir la evolución por decenios, y comparar los pesos anuales, he tenido que calcular el peso medio anual de Kekkonen. Éste es el diagrama, ahora veras: desde 1956 a 1968 ha pesado una media de 79 kilos, tras el año 68 su peso ha sido de 84 kilos. El aumento de 5 kilos se estabiliza desde 1968 hasta nuestros días, salvo la fluctuación anual que te comenté antes. En total vemos en la curva una variación de un par de kilos durante sus dos primeros años de mandato, pero ese tipo de adelgazamiento, aunque baja el promedio del año, es natural y no afecta mayormente a la curva.

Hannikainen no dejaba de esgrimir nuevas pruebas.

—He confeccionado un vocabulario de Urho Kekkonen.

También en él detectamos el cambio de 1968. Antes de esa fecha Kekkonen emplea un vocabulario notablemente más escaso que el que usará después. El aumento, según mis cálculos, es de 1.200 palabras activas. Esto, naturalmente, puede deberse a que «el nuevo Kekkonen», como yo lo llamo, cambió a sus asesores encargados de los discursos y comunicaciones, pero así y todo una diferencia tan considerable dice mucho. Además he notado que a partir de 1968 se produce una transformación radical en sus opiniones, que, justo desde 1969, se vuelven de pronto más progresistas, como si hubiese rejuvenecido diez años. También Se detecta una mejoría en su lógica. He analizado su comportamiento desde este punto de vista con extremada minuciosidad: un claro cambio a mejor se verifica ya hacia 1968 y, además, en 1969 Kekkonen se hace más juvenil, llegando a observárselo en actitudes que antes jamás se habría atrevido a mantener en público. Su sentido del humor aumentó de

una forma evidente y su talante se volvió más y más permisible para con su pueblo.

Cerró la maleta. Ahora se le notaba sereno, había desaparecido la pasión de hacía un rato. Parecía feliz.

Salieron fuera. Desde el lago se oyó gritar al zarapito. Permanecieron callados largo rato, hasta que Hannikainen dijo:

—Ahora comprenderás por qué no se puede ir propagando por ahí el resultado de mis pesquisas.

8

EL FUEGO

La liebre se sentía a gusto allí, junto a aquel lago rodeado de bosques. Acompañaba a Hannikainen y a Vatanen en sus excursiones por el lago; incluso se atrevía a meterse en la barca, aunque era evidente que le tenía miedo al agua. Creció en estatura, engordó y cobró nuevas fuerzas.

Hannikainen pronunciaba largos discursos sobre el presidente Kekkonen. La liebre, desde el fondo de la barca, contemplaba a los hombres ladeando la cabeza. Sus excrementos se mezclaban con el pescado. Así fueron transcurriendo los días sin que nadie pareciese tener la intención de marcharse a otra parte.

Una mañana, a finales de julio, la liebre comenzó a dar signos de inquietud, sin querer despegarse de los pies de los hombres. Luego pasó la tarde escondida bajo el banco de la cabaña.

—¿Qué será lo que la atormenta? —se preguntaron.

Esa misma tarde percibieron un fuerte olor a humo, y cuando la superficie del lago, antes del anochecer, se calmó, pudo verse más allá de los juncos de la orilla depositarse una fina capa azul.

—En alguna parte hay un gran incendio forestal —dijo Vatanen.

A la mañana siguiente el humo era tanto que les empezaron a escocer los ojos. El viento soplaba sobre el lago, pero aun así continuó aumentando; envolvía todo bajo su manto, como la niebla en el mar.

La tercera mañana Savolainen llegó corriendo por el camino de tablas.

—Hay un gran incendio en Vehmasjärvi. Tú, Vatanen, tendrás que alistarte en los grupos de voluntarios. Coge la mochila de Hannikainen y llévate provisiones. Yo voy de correo por los

pueblos. Vámonos en seguida, se han perdido ya más de mil hectáreas por ahí.

—¿Debo ir yo también? —preguntó Hannikainen.

—No; tú quédate aquí con la liebre. Los mayores de cincuenta y cuatro años no están obligados ir.

Vatanen cogió pescado, tocino, medio kilo de mantequilla y sal. Lo metió todo en la mochila y se fue. Llevaron a la liebre con engaños hasta la cabaña, para que no lo siguiese.

Vatanen fue trasladado desde Nilsiä a Rautavaara, donde se habían concentrado cientos de voluntarios: unos volvían del incendio, otros iban a él. Los aviones transportaban víveres desde Rautavaara hasta el lugar del siniestro. Su ruido era constante en el cielo. Los hombres que llegaban del lugar, llenos de hollín y cansados, no hablaban prácticamente nada de la situación, y se iban en seguida a dormir a las tiendas. El viejo boticario de Rautavaara había montado un puesto de primeros auxilios junto a las tiendas. Con ayuda de su hija lavaba los pies desollados de los bomberos con agua boricada antes de vendarlos. La televisión parecía estar entrevistando al Secretario municipal y una periodista del diario Savon Sanomat hacía fotografías; hasta Vatanen llegó a salir en los papeles. Todo el mundo podía comer de los grandes calderos de campaña.

Buscaban hombres capaces de orientarse. Vatanen explicó que él podría cruzar el bosque con la cabeza metida en un cubo.

Un grupo seleccionado fue introducido en un pesado helicóptero militar.

Antes de que el aparato despegase el oficial les explicó lo que tenían que hacer:

—Tenéis cada uno una fotocopia del mapa de la zona. En él se puede ver hasta dónde ha llegado el incendio. Anoche se detuvo ahí, pero ya no está ahí. Ahora avanza sobre las copas de los árboles a una velocidad endiablada, hacia el noreste. Esta noche abriremos un nuevo cortafuego, a once kilómetros del frente del incendio, y dejaremos arder más de dos mil hectáreas. Hoy ya hemos perdido la mitad de eso. Se trata del mayor incendio de la historia de Finlandia, si exceptuamos el de Tuntsa. Ahora os dejaremos aquí, hacia donde van las llamas; formareis un peine de al menos diez

kilómetros, a intervalos de cien metros, y avanzaréis hacia el noreste gritando como cabrones, a pleno pulmón, para que la caza se aleje de las llamas. Hay también allí un par de fincas que tendréis que evacuar hacia el lago, además del resto de la gente que os encontréis y a la que tendréis que dejar fuera de peligro. También, según mis datos, en esos bosques hay ganado que viene huyendo desde un lugar tan alejado como Nilsiä: caballos y unas cincuenta vacas que hay que llevar hacia el lago. El lago está señalado ahí, en el mapa.

Sobrevolaron el lugar del incendio; el calor parecía ascender hasta el helicóptero. El aire estaba tan enrarecido que resultaba difícil distinguir la tierra. El aparato acusaba las corrientes de aire caliente, volando a trompicones, y Vatanen temió que las largas aspas del rotor principal llegasen a romperse y el helicóptero se precipitase hacia el crepitante fondo del infierno.

El aparato cruzó al otro lado de la zona de peligro. Con los rotores zumbando inició el aterrizaje como una enorme libélula. Los tubos de escape escupieron un humo azul al aire caliente. Cuanto más cerca de la tierra se encontraba, tanto más enérgicamente comenzaron a moverse las copas de los árboles. Por fin, las piñas del suelo salieron rodando del remolino como alma que lleva el diablo. El helicóptero tomó tierra y el ruido de los rotores se fue mitigando. Los hombres saltaron a tierra y corrieron agachados entre la tolvanera hasta ponerse fuera del alcance de las aspas. La puerta se cerró con un golpe y los rotores aceleraron de nuevo. En seguida, el aparato se perdió tras el humo. Los hombres se quedaron en el bosque frotándose los ojos lacrimosos.

Vatanen se situó en el centro de la cadena, que se dispersó en el interior del inmenso bosque humeante. Iba pensando en las vueltas que da la vida; aún no hacía un mes que estaba sentado en el bar de la esquina, aburriéndose frente a una jarra de cerveza tibia, y ahora estaba aquí, en un bosque sofocante, envuelto en humo, con la mochila rebosante de pescado húmedo y empapado de sudor hasta las ingles.

—Mil veces mejor que en Helsinki —sonrió Vatanen con los ojos llenos de lágrimas.

El terreno se inclinaba hacia una zona húmeda donde brincaba

una enorme liebre parda, sin saber a dónde ir. Vatanen la espantó fuera de la zona incendiada y el animal se perdió de vista. Detrás de la hondonada, en un abetal muy tupido, bramaba una vaca fuera de sí. Estaba tan atormentada por todo lo sucedido que había sufrido un cólico, se había ensuciado los costados y la cola le colgaba como un apestoso látigo negro. La vaca se quedó mirando a Vatanen con sus enormes ojos acuosos desorbitados por el horror, y un sonido delirante e indescriptible salió de su gorda garganta jadeante. Vatanen la agarró por las astas y empleando todas sus fuerzas le orientó la cabeza hacia el noreste y le dio una fuerte patada en los cuartos traseros. Finalmente la vaca entendió hacia dónde tenía que ir; el cencerro resonaba en el cuello de la desgraciada como una campana tocando a rebato. El excremento siguió salpicando tras ella hasta que se perdió de vista. Vatanen se enjugaba los ojos preguntándose de dónde podía salir tanto líquido.

Por el bosque corrían toda clase de animales: ardillas, liebres, aves terrestres que levantaban el vuelo ruidosamente para luego en seguida aterrizar de golpe; había que ahuyentar a los urogallos como a gallinas en un corral para que encontrasen la dirección correcta. Vatanen llegó a un pequeño río de unos cuatro metros de ancho. El humo planeaba por encima de la corriente, entre las frondosas orillas. La vista era maravillosamente hermosa. Se quitó la ropa sudada y se deslizó desnudo en el agua fresca y cristalina, se lavó los ojos irritados y se enjuagó la boca. Pensó que, en comparación con su reciente camino entre el humo, aquel tranquilo chapotear en el río era algo paradisíaco. Nadaba despacio, contra la corriente, y se sentía plenamente feliz.

De pronto divisó un brazo entre la tupida hierba de la orilla: un brazo de hombre, velludo y bronceado. Surgía de la maleza y descansaba sobre el agua desde el codo hasta la punta de los dedos.

Vatanen se sobresaltó: el brazo parecía pertenecer a un muerto. Fue nadando hasta él y lo agarró: no era un brazo solitario, pertenecía a un hombretón que se encontraba tirado entre los juncos de la orilla con la boca abierta. Vatanen salió del agua y se acercó a él. Le tomó el pulso, que resultó ser normal, y se inclinó sobre su boca para ver si respiraba.

De su aliento emanó un intolerable tufo a alcohol. Vatanen lo

sacudió y el hombre comenzó a despertarse lentamente.

El hombre se dio la vuelta y se puso boca arriba; por un instante miró fijamente a Vatanen como si lo conociese, luego estrechó su mano.

—Salosensaari, ¿y tú?

—Vatanen.

Tras el saludo, Vatanen lo ayudó a sentarse.

—Escucha, mira, estás viendo a un tipo que tiene mala suerte en todo.

El hombre se explicó: había tomado unas vacaciones y decidió pasar un par de semanas pescando y destilando aguardiente en algún lugar lo bastante tranquilo y discreto. Por eso había venido a este bosque con todos sus aperos y utensilios y se había fabricado una pequeña destilería. Pero apenas preparados los primeros diez litros se declaró el incendio y arrasó su industria. El hombre se había visto obligado a ponerse a salvo con un bidón de diez litros de aguardiente a cuestas. La mochila con las provisiones se había quemado. Todo perdido, los aperos de pesca, todo, lo que se dice todo. Lo único que había podido salvar era aquel bidón.

Ya llevaba dos días en esa orilla, subsistiendo exclusivamente de él; aún le quedaban varios litros.

—¿Puedes imaginarte una desgracia mayor? —preguntó con tristeza.

Vatanen encendió una hoguera y asó pescado para los dos mientras Salosensaari se daba un baño. Después de comer, el hombre ofreció a Vatanen un trago de su aguardiente.

¿Por qué no? Vatanen aceptó y bebió. ¡Bendito licor! Le quemaba el estómago. Tomó un segundo tazón.

—Tú, Salosensaari, sí que eres un buen alcoholero.

Pasaron bebiendo el resto de la tarde, de vez en cuando freían más pescado y nadaban para refrescarse. Cuanto más empinaban el codo, menos les interesaba la evolución del incendio.

A la caída de la tarde estaban tan borrachos que cuando se zambullían, estrepitosamente, apenas si podían volver a salir del agua. El río tenía tanta profundidad que en algunos sitios los cubría hasta el cuello.

—Con lo que tenemos que tener cuidado es con no ahogarnos

sin querer —repetía Salosensaari.

Por la noche el incendió llegó hasta el río.

Y fue como en un cuento: los árboles en llamas iluminaban la noche, semejantes a enormes flores rojas flameando a ambos lados del río. El calor se hizo tan insoportable que los dos hombres tuvieron que sumergirse en el agua, de modo que sólo sus cabezas quedaron expuestas al refulgir del incendio. Tenían con ellos el bidón, y dieron buena cuenta de lo que quedaba en él mientras contemplaban, apasionados, el descomunal y destructor espectáculo de la naturaleza.

El bosque crepitaba, el fuego bisbiseaba en los árboles desde donde caían al agua ardientes tizones silbantes, los rostros de los dos hombres destacaban rojos sobre el agua, reían y bebían aguardiente.

—El emperador Nerón contempla con Bruto el incendio de Roma —proclamó Salosensaari.

Por la mañana, cuando el fuego hubo pasado, los hombres salieron del agua, agotados, y en seguida se quedaron dormidos sobre las cenizas.

No despertaron hasta el mediodía y, tras estrecharse la mano en señal de despedida, cada uno tiró por su lado.

Salosensaari se fue rumbo a Rautavaara, buscando atajos, y Vatanen se dirigió hacia el lago donde habían enviado a los evacuados. El dibujo de la suela de sus botas de goma se derretía sobre el camino de pavesas.

Habían logrado contener el incendio a una distancia de unos cuantos kilómetros. Vatanen cruzó el cortafuego y llegó al bosque verde. Pronto alcanzó el lago donde se concentraban civiles y animales. Las casas de la gente se habían incendiado; los niños correteaban por la orilla y las vacas bramaban asustadas por el prado.

Algunos de los que habían participado en la lucha contra el fuego permanecían tumbados en un repecho de la orilla, como leños llenos de hollín. Vatanen sacó de su mochila el pescado que le quedaba y se lo dio a las mujeres, que se pusieron a preparar una sopa en un enorme puchero. Justo cuando Vatanen estaba a punto de conciliar el sueño, un pesado bulldozer se acercó con estrépito.

Venía de la zona del incendió triturando el bosque; hasta los más altos pinos caían bajo su pala como adelfas bajo el zapato de un borracho.

Detrás un gran remolque de acero transportaba a un grupo de taladores. Llevaban las mochilas y las sierras de motor a sus pies.

El bulldozer irrumpió atronadoramente en medio del prado. Los niños despertaron de sus sueños y se pusieron a llorar, las vacas de la pradera, temerosas, se levantaron y bramaron, las mujeres regañaron al conductor por haber venido tan de repente a perturbar la paz somnolienta de la orilla.

El conductor no oía lo que las mujeres gritaban. Apagó el motor y las miró como atontado. Tal vez le costaba entender la voz humana después de haber soportado el tremendo ruido que hacía su máquina.

—Eres un auténtico burro conduciendo en medio de la gente y de los animales. No se te ocurrió que con ese escándalo se despiertan los pequeños y se desbocan las bestias —le reprocharon las mujeres.

El conductor se frotó el rostro ennegrecido con las manos tiznadas de hollín y, pausadamente, respondió:

—Cierre el pico el gallinero.

—¡No nos llames «gallinero», tarugo! —gritaron las mujeres muy enfadadas.

El conductor caminó hacia ellas:

—He estado conduciendo este demonio tres días con sus respectivas noches sin pegar ojo; así que a cerrar el pico.

Saltaba a la vista. El hombre tenía un aspecto penoso: el sudor, al resbalar por los surcos de la sufrida piel, se había llevado consigo el hollín del rostro, que parecía ahora una copia al carbón del original. Se dirigió a la orilla, se lavó la cara ennegrecida y con el cuenco de la mano se echó agua a la boca: hizo unos cuantos resonantes gargarismos y volvió a escupir el agua al lago. Regresó con la cara mojada, pues no quería secársela con las mangas manchadas de hollín como estaban. El puchero lleno de sopa de pescado borboteaba en el fuego. Se acercó a él, sacó un plato de la mochila y comenzó a servirse.

Las mujeres le gritaron que ya estaba bien, que quién era él para

atreverse hasta a comer de su sopa. El hombre había llegado a ponerse un cazo de aquel caldo de aroma apetitoso, pero no se sirvió más. Arrojó el plato al puchero, violentamente, salpicando la sopa, y lanzó el cazo al bosque; lo lanzó tan lejos que ni siquiera se le oyó caer. Luego regresó despacio a su vehículo, subió ágilmente hasta el asiento, de un salto, y puso en marcha la enorme máquina. Plantó la bota sobre el acelerador y el motor comenzó a sonar ensordecedoramente. Las chispas salieron a borbotones por el tubo de escape hacia la noche estival. El aparato inició ruidosamente su marcha. Las anchas orugas molieron el terreno liso dejando una profunda huella.

Enfiló hacia el puchero que colgaba de un gancho sobre la hoguera. Ya muy cerca hincó en tierra la pala de la excavadora. Una capa de un metro de grueso salió cortada del terreno. La hoguera con su puchero y todo cayeron ante la pala mezclándose con la tierra. El humo de la sopa se elevó un momento antes de ser sepultado. Todo quedó reducido a un surco de un metro de profundidad que iba hacia el lago. En el aire flotaban tres clases de olores: el de la tierra removida, el de la gasolina quemada y el de la sopa de pescado, que iba desapareciendo.

El hombre no sólo no detuvo su máquina, sino que aceleró hasta la máxima velocidad. Así se abrió camino a través del repecho de la orilla. El terreno cedió, las orugas crujieron, y el conductor guió su enorme vehículo derecho al lago. Los arbustos temblaron cuando la pala los sobrepasó. El espejo del agua se quebró y ante la pala se elevó una ola grande y espumosa que comenzó a alejarse desde la orilla hacia el centro del lago: parecía un hipopótamo de acero entrando enfurecido en el agua.

El fondo del lago describía una suave pendiente: primero se hundió la pala en el agua, después las orugas en cuyas ruedas espumeaba el agua a borbotones. El ruido estrepitoso se volvió chapoteante. El bulldozer empujaba la ola cada vez más hacia el centro del lago y pronto el agua llegó hasta el motor, recalentado, hirviendo bulliciosamente en los costados de la máquina. Una espesa nube de vapor saltó al aire como si la enorme máquina, de repente, se hubiese incendiado.

Pero el hombre condujo más y más al fondo. El agua cubrió

primero el motor, luego el cabrestante, hasta que la ola superó la altura del capó. Pero el fondo estaba aún más profundo y el agua no tardó en llegarle al hombre al trasero. Entonces comenzó a entrar agua en el motor, que se apagó entre detonaciones. El bulldozer yacía ahora en el centro del lago, a unos cien metros de la orilla.

Desde allí la gente miraba horrorizada al hombre que, en el interior de la cabina, giró en su asiento, se levantó lentamente con los pantalones chorreando agua, miró hacia ellos y, al cabo de unos instantes, gritó:

—¿Ya habéis cerrado el pico?

—Se ha vuelto loco de estar tanto tiempo sin dormir —cuchichearon las mujeres entre ellas.

Los hombres le contestaron a gritos:

—Arruinaste nuestra sopa, maldito loco.

—Puede que se haya derramado un poco.

—Vuélvete a nado —le dijeron. Pero él no lo hizo, sino que se encaramó sobre la carrocería y apoyándose en la chimenea del tubo de escape se quitó las botas y las vació de agua.

Alguien explicó que el conductor no sabía nadar y que por eso no se metería en el agua.

No había ni una sola barca en el lago, así que había que pensar en construir una balsa. Los taladores echaron pestes: estaban rendidos por las noches en vela pasadas en la línea del cortafuego y ahora encima tenían que ponerse a construir una balsa para un loco que estaba en medio del lago, de pie, sobre un enorme bulldozer.

—¡Háganme una balsa, maldita sea, para que pueda salir de aquí! —gritó el hombre a los de la orilla desde el centro del lago.

—No grites. La haremos cuando nos dé la gana. A qué coño tenías tú que ir hasta allí.

Los hombres charlaban entre sí. Alguien dijo que bien podían empezar a construirla por la mañana. Después de haber pasado la noche entera sobre el capó aprendería a no conducir su trasto hasta el lago.

Decidieron preparar café antes de ponerse manos a la obra. El conductor, al no ver a nadie trabajando en la balsa, montó en cólera. Gritaba amenazas que la serena superficie del agua llevaba hasta la orilla. Finalmente aseguró que una vez llegase hasta allí les

daría una paliza a cada uno.

—Está loco —se reafirmaron los de la orilla.

El hombre se enfurecía cada vez más. Daba puñetazos en el capó que resonaban alrededor del lago. Las aves levantaron el vuelo y se precipitaron asustadas a la otra orilla escondiéndose en los juncales.

Los taladores habían ido poco a poco construyendo la balsa. Por fin unieron los troncos con cuerdas y tallaron un remo antes de retirarse a descansar al repecho de la orilla.

Rescatar a un conductor tan malhumorado no parecía interesar a nadie.

—¡Al primero que pille lo ahogo en la ciénaga! —gritó el hombre desde el bulldozer.

Meditaban sobre lo que habría que hacer. El salvamento de un hombre desquiciado, de grandes huesos, y que llevaba varias noches sin dormir —y con la sola ayuda de una balsa improvisada, además —, no era cosa como para entusiasmarse. Decidieron hacerlo por la mañana; quizá para entonces ya se habría tranquilizado.

El conductor no dejó de protestar en toda la noche. Increpaba furioso a los de la orilla, que ya ni se molestaban en contestarle. Gritó hasta quedarse afónico. Rompió a patadas los faros delanteros y retorció el tubo de escape, lo desenganchó y lo tiró hacia la orilla. Por poco no llegó hasta allí. Sólo al amanecer se cansó y se quedó dormido un par de horas sobre el capó.

A la hora del desayuno la gente iba despertándose. Al hombre lo despertaron los ruidos que llegaban hasta el lago. Comenzó a alborotar de nuevo; resbaló del capó y se cayó al agua.

La orilla bulló de vida. El hombre chapoteaba junto a la máquina, vociferando angustiadamente. Metieron la balsa en el agua y Vatanen y un talador remaron rápidamente hacia él. El conductor intentaba inútilmente encaramarse a su máquina, pero se resbalaba sobre la tapa mojada y todas las veces terminaba cayendo de nuevo. Se hundió y tragó agua en los pulmones. Su lucha se volvió desesperada y finalmente se ahogó del todo: quedó flotando boca abajo, con la cara hundida en el agua. Sólo su columna vertebral se vislumbraba por encima de la superficie, a través de la camisa mojada.

Vatanen y el talador habían logrado remar hasta el lugar;

subieron a bordo el cuerpo y lo dejaron recostado sobre la balsa. Vatanen lo sujetó por la cintura y lo levantó un poco. De la boca le salió una mezcla de agua y de lodo. Mientras el talador remaba hacia la orilla, Vatanen, arrodillado, comenzó a reanimar al conductor haciéndole la respiración boca a boca y presionando con fuerza sobre sus pulmones.

El hombre fue trasladado a tierra, donde Vatanen continuó procurándole los primeros auxilios. Pasaron cerca de cinco minutos antes de que el hombre diese señales de reanimarse. Por fin su cuerpo se tensó, sus manos comenzaron a temblar y Vatanen oyó como sus dientes chirriaban al cerrarse de pronto. Por poco no mordió la lengua de su salvador.

Una vez reanimado, el hombre saltó contra su salvador. Vatanen tuvo que luchar un rato con él hasta que los demás comprendieron que necesitaba ayuda. Entre varios hombres lograron por fin reducirlo: lo sentaron y lo ataron a un tocón que le servía de respaldo.

—Menudo carácter —dijeron los hombres.

—Si no me soltáis me levantaré con tocón y todo —amenazó.

Pero ni intentó poner en práctica sus palabras, sino que, musitando, dijo: —¡Demonios! Dejar a uno que no sabe nadar en medio del lago toda la noche es de juzgado de guardia.

Unos soldados vinieron a por él. Lo transportaron hasta el bosque en una camilla a la que se vieron forzados a atarlo.

No cesaron de oír su alboroto hasta que la camilla estuvo a varios kilómetros en el interior del bosque.

9

LA CIÉNAGA

Una mañana más a Vatanen lo despertó el ruido de los coches: tres todoterreno se habían abierto camino a través del bosque hasta el lago. De los coches bajaron varios hombres, entre ellos los dos comisarios, Hannikainen y Savolainen. Hannikainen llevaba una mochila de la que sobresalía la cabeza de la liebre.

Vatanen salió corriendo a su encuentro, le quitó la mochila, la abrió y abrazó a la liebre. ¡Qué feliz reencuentro!

La liebre husmeaba a Vatanen con alegre pasión. Cuando Vatanen la dejó en el suelo dio vueltas alrededor de sus pies como un perrillo faldero.

Savolainen tomó el mando en la orilla. Había sido designado para organizar la evacuación de la gente y del ganado. Hannikainen lo había acompañado por pura curiosidad, pues posiblemente se había aburrido el solo en el pequeño lago cuando sus compañeros acudieron a apagar el incendio.

—Pesqué tantos malditos lucios que tuve que salir a venderlos por los pueblos. Me lleve a la liebre conmigo —explicó—. Dejé mis investigaciones madurando, por el momento.

Hannikainen apartó un poco a Vatanen y le susurró:

—Hice algunos cálculos, allá en el lago, según los cuales el presidente, este nuevo Kekkonen, se entiende, gobernará Finlandia probablemente aún en 1995. Según mis cálculos, el «nuevo Kekkonen» tendría entonces sólo unos setenta y cinco años, mientras que el viejo debería ya andar rondando los noventa. Me temo que este asunto levante sospechas embarazosas en el extranjero; porque allí, como comprenderás, nadie …

Y añadió todavía:

—Teóricamente, es del todo posible que Kekkonen gobierne el país hasta más allá del año 2000. Entonces no tendrá más que ochenta y cinco años. Sin embargo no creo que se atreva a presentar su candidatura a la presidencia en el próximo milenio.

Levantaron grandes tiendas de campaña en el repecho de la orilla, calentaron calderos de sopa y repartieron mantas. De la caja de uno de los todoterreno sacaron un gran cabrestante que colocaron sobre el repecho y que debería servir para remolcar el bulldozer fuera del agua.

Ya que no se le había asignado ninguna misión, Vatanen salió a la pradera a ayudar a una joven que estaba allí ordeñando las vacas. Ésta había llenado ya tres cubos de plástico de leche.

Vatanen lo ayudó a llevarlos hasta la fuente. En seguida comenzó a seguirlos también la liebre. La mujer, Irja Lankinen, se quedó entusiasmada:

—Qué cosa tan tierna.

—¿Quieres pasar la noche con ella?

Irja quiso.

—Será tuya con la condición de que también yo pueda hacerlo, ¿de acuerdo?

Por la noche se retiraron los tres al henil. Vatanen había llevado mantas e Irja trajo sopa desde las tiendas de campaña. Preparó las camas junto a la pared del fondo. Vatanen cerró la puerta, el sol se ponía; desde el henil se oyó:

—No, no, deja. Nos está mirando.

La puerta del henil se abrió de un golpe y por ella salió volando la liebre. Cuando la puerta se cerró de nuevo la liebre se quedó perpleja sentada en la oscuridad. Al cabo de una media hora Vatanen apareció en la puerta y le pidió disculpas por haberla tratado de ese modo. La liebre se deslizó hasta el interior y la puerta volvió a cerrarse. Por todas partes reinaba el silencio, ni siquiera los zarapitos gritaban en el lago.

Por la mañana Savolainen le preguntó a Vatanen si podría ir con Irja a llevar las vacas a través del bosque hasta la carretera de Sonkajärvi, que estaba a unos doce kilómetros de allí. Una vez en la carretera las vacas serían transportadas en camiones a los establos de Sonkajärvi. Vatanen se puso muy contento por la misión; le

parecía estupendo poder ir de pastoreo con Irja. Muy animado, se despidió de Savolainen y de Hannikainen, que dijo:

—Si alguna vez vuelves a Nilsiä, pásate por mi casa; para entonces tendré terminadas mis investigaciones.

Resultó un día maravilloso. Emprendieron el camino cantando, el sol brillaba y no tenían ninguna prisa. Dejaron que las vacas paciesen con toda tranquilidad en los bosquejos húmedos y al mediodía les permitieron rumiar durante un par de horas.

Mientras tanto los pastores se fueron a nadar. Irja, muy pechugona, estaba soberbia cuando se metió en la fresca laguna del bosque.

Por la tarde, una enorme vaca marrón comenzó a quejarse. Gimoteaba, cerraba sus ojos acuosos y no quería continuar viajando con el resto del ganado. Ni siquiera pastaba como las otras, sólo bebía agua. Separada del grupo, iba quejándose lentamente entre dos árboles. Apoyándose en uno de ellos se volvió a mirar a Irja.

—Ésta va a parir pronto, ya verás ——dijo Irja con preocupación.

A Vatanen no le parecía que llevase una barriga más grande que la de las otras, pero seguro que Irja sabía más del asunto.

—Si no llegamos pronto a la carretera, ésta nos echará la cría aquí, en medio del bosque —dijo Irja.

—¿Y si yo me adelantase a Sonkajärvi en busca de un veterinario? —dijo Vatanen.

—¡Tonterías! Que lo haga aquí. Es una vaca sana. Tú luego tendrás que cargar con la ternera.

Al cabo de un rato la vaca empezó a escarbar y arqueó la espalda. Se notaba que le dolía. De vez en cuando mugía un poco, con un tono que no parecía el de una vaca. Irja le hablaba en tono tranquilizador y ella contestaba quejándose bajito. Finalmente se echó.

Transcurrida una hora Irja dijo a Vatanen:

—Ahora va a parir; ven a ayudarme a tirar.

La vaca se había puesto de pie y la ternera salía lentamente. La vaca lloriqueaba dolorida. Había que tirar con todas las fuerzas.

Por fin cayó al suelo la ternera. La cría estaba cubierta de mucosidades y la vaca, ya totalmente serena, comenzó a lamerla.

Vatanen cavó un hoyo a unos cien metros de allí y enterró la placenta. Luego volvió junto a Irja. La ternera intentaba incorporarse Sin éxito una y otra vez: todavía era muy joven. Mamar sí sabía; de rodillas bajo su madre succionaba ansiosamente.

Claro que una ternera de esa edad no podría andar por el bosque: ¿habría que matarla? De ninguna manera. Irja y Vatanen acordaron que ella se adelantaría con el ganado mientras Vatanen, cargando a hombros la ternera, la seguiría con la vaca madre.

Vatanen sacó de su mochila una manta, anudó las esquinas con una cuerda y así se hizo un hato que podía cargar a la espalda. La ternera era incapaz de caminar por sí misma; de modo que Vatanen no tuvo más remedio que ignorar sus gimoteos y hacerla rodar hasta la bolsa. A distancia, la vaca observó toda la operación sin inmutarse.

De un tirón, se cargó la ternera a la espalda. Las pezuñas le iban golpeando en la nuca a cada paso. La liebre no sabía muy bien qué hacer; al principio brincaba nerviosamente alrededor de los pies de Vatanen, pero pronto se acomodó a la comitiva que atravesaba el bosque: Vatanen iba delante con la ternera a su espalda, lo seguía pensativa y silenciosa la vaca lamiendo de vez en cuando la cabeza de su ternera, y a la cola saltaba la liebre.

A Vatanen le sorprendía que la ternera aguantase el vaivén de la manta sin sufrir un cólico o algo, pero después de todo así debió haber sido durante meses en el vientre de la vaca. Menudo paseo era ése: Vatanen sudaba bajo el peso de la ternera. Los mosquitos ya habían aparecido y zumbaban a su alrededor intentando incluso metérsele por la nariz. No tenía forma de ahuyentarlos, ocupado como estaba en sujetar las cuerdas de la manta y con la mochila estorbándole aún más los movimientos. «A veces es difícil amar a los animales», masculló cuando una ramita de abeto lo golpeó en el rostro.

Pero no terminaría ahí su calvario.

Atajó por un terreno pantanoso con la idea de ahorrarse un kilómetro de rodeo. Iba atravesando el cenagal, que de momento aguantaba debajo de sus pies. La vaca pareció dudar entre seguirlo o no, pero cuando Vatanen se volvió a llamarla finalmente decidió hacerlo. El terreno cedía, eso sí, pero Vatanen pensó que con un

verano tan seco como éste la turba resistiría el peso del animal, y que las vacas de las granjas del bosque, después de todo, sabían bien cómo andar por los pantanos. Pero cuanto más avanzaban, más movedizo se volvía el terreno. La vaca siguió a Vatanen hasta que, sintiendo de pronto cómo la tierra cedía bajo sus pezuñas, tuvo que echar a correr para no hundirse. Las ciénagas se sucedían y era necesario ir sorteándolas por los lugares donde crecía la turba; también Vatanen tenía que acelerar el paso cuando sentía el suelo más blando. Ya había hecho más de la mitad del camino cuando una bota se le incrustó en el lodo. Vatanen levantó el pie con violencia y esta bota se quedó clavada en el suelo, y después la otra. Descalzo, logró a duras penas saltar finalmente a tierra firme.

Oyó bramar tras de sí y se volvió preocupado. La pesada vaca había seguido heroicamente los pasos del hombre, pero ya no podía seguir avanzando: vacía inmóvil, hundida hasta el estómago en la ciénaga, y pedía auxilio mugiendo. Vatanen dejó la ternera sobre un lecho de turba y corrió a socorrerla. Intentó sacarla tirándole de los cuernos, pero ningún hombre tiene tanta fuerza como para arrancar a una vaca del lodo.

No tenía tiempo que perder. Sacó el hacha de la mochila y se alejó unos cincuenta metros para talar algunos pequeños troncos secos, los desbastó y volvió con ellos junto a la vaca, que se había hundido un poco más.

Vatanen introdujo los troncos bajo el vientre del animal, que pareció entender sus buenas intenciones, pues no opuso ninguna resistencia a pesar de que la operación debió de resultarle dolorosa. Dejó de hundirse. Vatanen comenzó a levantarla haciendo palanca con los troncos, pero el resultado no fue demasiado bueno. La vaca se cubrió de fango negro. La liebre merodeaba consternada alrededor del lugar.

—¿Y tú por qué no haces algo? —increpó Vatanen a la liebre sin dejar de esforzarse por salvar a la vaca. Pero la liebre ni entendía nada ni tenía fuerzas para nada, conque no se movió.

Vatanen fue a ver a la ternera y la tranquilizó. Luego desató los cabos de las esquinas de la manta, los anudó para formar una cuerda más larga y regresó con la vaca. Ató la cuerda a una de las paletillas, bastante hundida, y se puso perdido de barro. La cuerda,

desde la paletilla, llegaba a duras penas hasta un tocón que estaba a unos cinco metros de distancia. Allí Vatanen la ató fuertemente.

—Si te hundes ahora, este tocón se hundirá contigo —le dijo a la vaca.

La vaca, anclada en el tocón, lo escuchaba serena, observándolo trajinar.

Vatanen hizo con la cuerda un torniquete ruso, separando las trenzas e introduciendo un palo entre ellas al que comenzó a dar vueltas. Pronto la cuerda se tensó y la pata del animal comenzó a emerger lentamente del barro. El animal intentaba colaborar.

Vatanen soltó el torniquete un momento para ir a apalancar los cuartos traseros de la vaca, evitando dañarle las ubres. La vaca se movía poco a poco hacia el tocón. Vatanen alternaba el esfuerzo entre el torniquete y la palanca, intentando además mantener tranquilo al animal.

En estos menesteres el tiempo se le pasó volando; no fue consciente de ello hasta que comenzó a hacerse de noche. Estaba exhausto, pero no podía dejar a la vaca allí toda la noche.

—Duro oficio el de ganadero.

A medianoche había logrado sacar a la vaca del barro lo suficiente como para que ésta terminase de zafarse por sus propios medios. El animal empleó para ello sus últimas fuerzas, y en cuanto pisó tierra firme se tumbó. Vatanen acompañó a la ternera, temblorosa, junto a su madre y se quedó dormido también sobre el matorral. De madrugada sintió frío y se acercó al calor de la vaca como quien se pega al muro de una chimenea.

Por la mañana el sol iluminó a la comitiva embarrada: una vaca embarrada, una persona embarrada, una ternera embarrada y una liebre embarrada se iban desperezando. La vaca hizo sus necesidades, la ternera mamó su leche, la persona fumó un cigarrillo y se dispuso a cruzar a la ternera a la otra orilla de la ciénaga. La vaca los seguía, más cautelosa que antes, y una vez superada la zona de pantanos se volvió y emitió un mugido rencoroso.

En la primera laguna que encontraron en el interior del bosque Vatanen lavó a la vaca y a la ternera, lavó su ropa (botas ya no tenía, pues se las había tragado el pantano) y, al final, bañó a la

liebre, que pasó un buen rato ofendida a causa de la operación.

Cuando Vatanen, con su ganado, llegó a la carretera de Sonkajärvi lo esperaba allí un camión vacío y un tropel de hombres cansados que habían pasado la noche buscándolo en vano.

El resto del ganado había sido ya trasladado la noche anterior e Irja, aunque preocupadísima, se fue con él. También Vatanen aprovechó para ir con el camión del ganado hasta Sonkajärvi y pronto se encontró, descalzo, con la liebre en brazos, y con la ropa sucia de hollín y de barro, en la calle principal.

10

LA IGLESIA

Vatanen pasó la noche en un hostal; dormía mal en una buena cama después de haberse acostumbrado a la vida al aire libre. Por la mañana se compró unas botas nuevas, una cazadora, ropa interior, pantalones, todo. La ropa sucia la tiró en una papelera.

Era una mañana calurosa y soleada, y además era sábado. Vatanen paseaba por la calle principal. Buscando un lugar adecuado para que la liebre comiese se encontró, sin proponérselo, en el cementerio.

Las plantas de las tumbas le parecieron a la liebre un manjar exquisito. Especialmente el césped inglés sobre las tumbas de los fallecidos en la primavera. La iglesia estaba abierta. Vatanen llamó a la liebre para que dejase las tumbas y juntos entraron en la iglesia. ¡Qué frescor tan agradable, y qué calma! Aunque Vatanen se había desligado de la iglesia hacía ya tiempo, eso no le impedía disfrutar de la paz de la casa del Señor.

La liebre fue saltando por el pasillo de la nave central hasta llegar a los primeros bancos. Delante del altar dejó caer unos cuantos inocentes excrementos y en seguida se puso a examinar la iglesia más detenidamente. Vatanen se sentó en un banco a contemplar el retablo y la arquitectura del interior del edificio; calculó que había asientos para unas seiscientas personas. Sobre las naves laterales se elevaban dos gradas que se unían en la parte trasera, por debajo de los tubos del órgano, y a las que se accedía por sendas escaleras de madera situadas a los lados del altar. La luz tenue que entraba por las estrechas y altas ventanas creaba un ambiente onírico y sosegado.

Vatanen recogió los excrementos de la liebre y se los metió en el

bolsillo. Caminó hasta la última fila de bancos de una de las naves laterales, se quitó las nuevas y relucientes botas, colocó su mochila a modo de almohada y se dispuso a dormir un rato. Se sentía allí mucho mejor que en su cuartucho del hostal. La mirada podía explayarse en las cristianas alturas del techo, y el mutismo de las columnas de madera, avejentado por el canto de los salmos, resultaba casi placentero si se comparaba con las grasientas estampaciones chillonas del papel rasgado de las paredes del hostal. La liebre trajinaba calladamente junto a la puerta de la sacristía. Que se quede ahí, pensó antes de dormirse.

Mientras Vatanen dormía, el sacerdote, un hombre de edad avanzada, entró en la iglesia para ocuparse de sus obligaciones religiosas. Vestía el uniforme de su oficio, negro y con cuello blanco. Se dirigió con paso acelerado hacia la sacristía, por delante del altar, y no advirtió la presencia de la liebre junto a la puerta. Ésta seguía desconcertada las evoluciones del hombre vestido de negro.

Pronto volvió con un montón de largas velas entre los brazos y un burujo de papel hecho seguramente con los envoltorios. El hombre subió al altar, quitó las velas gastadas de sus candelabros y colocó las nuevas en su lugar. Los cabos los llevó a la sacristía y en el mismo viaje se deshizo también del burujo de papel.

Encendió las velas y se dirigió al pasillo central a contemplar su obra. Se palpaba los bolsillos bajo la casulla, y hacía sonar la caja de cerillas. Sacó un cigarrillo, lo encendió; fumaba echando siempre el humo hacia fuera del altar. Cuando el cigarrillo estuvo casi terminado lo apagó en el zócalo de piedra de la iglesia. Sopló la ceniza hacia el suelo, escondió la colilla en su caja y se la guardó en el bolsillo. Al final, todavía se sacudió las manos en los faldones de la casulla, como queriendo borrar las huellas del pecado de fumar.

El sacerdote regresó a la sacristía y volvió con unos pliegos de papel, seguramente el texto del sermón.

Sólo entonces se fijó en la liebre, que había llegado hasta los pies del altar, había osado dejar sus excrementos en un lugar sagrado y husmeaba ahora unas flores.

Se sobresaltó tanto que los papeles se le cayeron de las manos y planearon hasta el suelo.

—¡Válgame Dios!

La liebre bajó de un salto y desapareció por el pasillo de la nave lateral.

Vatanen despertó y se incorporó de su catre. Vio cómo la liebre se deslizaba hacia el fondo de la iglesia y al sacerdote secándose lentamente la frente, sudorosa por la sorpresa. Vatanen se escondió detrás de los respaldos para seguir desde allí el desarrollo de los acontecimientos.

El viejo sacerdote se recuperó bastante pronto de su sobresalto y, como una flecha, salió disparado hacia el pasillo bajo la bóveda lateral; vio a la liebre sentada sobre sus patas traseras al fondo del pasillo. Una posición grácil, y una bonita criatura.

—Ven, ven, conejito —decía el sacerdote en tono seductor.

Pero la liebre no parecía confiar en sus palabras; el sacerdote estaba tan excitado que la liebre intuía el peligro.

El sacerdote se abalanzó hacia el fondo de la iglesia con una rapidez inusitada para su edad e intentó capturar a la liebre con su casulla. No tuvo éxito; la liebre era más rápida.

—Ésta sí que es rápida. Pero hay que cogerla, ya lo creo que sí.

La liebre rodeó la iglesia y, por el otro lateral, se escabulló de nuevo hasta el altar. El sacerdote, algo fatigado, la seguía por el pasillo central. Cuando ya estaba a punto de alcanzarla, la liebre se lanzó hacia arriba por una de las escaleras que subían hasta las gradas. El sacerdote no la siguió inmediatamente. Recogió los papeles del suelo, los ordenó bien sobre la baranda del altar y entonces reparó en los excrementos que la liebre había depositado allí un poco antes.

Enojado, los recogió y, uno a uno, los fue encestando en el púlpito, sin fallos. Después de descansar un poco subió a las gradas. Los gruesos troncos de la tarima iban crujiendo bajo los pasos del eclesiástico que caminaba hacia el fondo de la grada. De pronto echó a correr estrepitosamente; tenía la liebre a la vista. El animal huyó y el sacerdote gritó:

—No temas, conejito. ¡Qué fiera eres, que salvaje …! Pero yo te cazaré. Ven, conejito, ven, ven…

La liebre, horrorizada, dio la vuelta en dirección a la otra escalera y por allí descendió hasta la sala, escondiéndose junto a la

puerta de la sacristía, tras el altar. El viejo sacerdote hizo el mismo recorrido, bajó las escaleras ruidosamente, y llegó abajo tan sofocado que ni siquiera acertó a ver a la liebre acurrucada en su escondite.

Echó una ojeada a su reloj, se dirigió hacia la puerta principal y la atrancó de un cerrojazo. Luego volvió sobre sus pasos, por el pasillo central, vigilante y sigiloso como un buen cazador y, ahora sí, descubrió a la liebre.

—Ahora sí que te pillé, canalla —musitó mientras pasaba junto a Vatanen.

Disimuladamente se había ido acercando al altar y se detuvo a pocos metros de donde estaba la liebre, que ignoraba que había sido descubierta. Desde el altar el anciano pastor dio un enorme salto hacia la puerta de la sacristía y cayó sobre la liebre con los brazos extendidos. Bajo el cuerpo del hombre, la liebre chilló como un niño pequeño, con voz lastimosa y desgarrada, pero logró escabullirse y corrió despavorida por el pasillo central hacia la puerta.

—¡Ay! ¡Cristo, demonios!

El párroco yacía boca abajo junto a la puerta de la sacristía, con un mechón de pelo de liebre en la mano.

Antes de que Vatanen pudiera acudir en su ayuda, el pastor se había incorporado y había salido corriendo de la iglesia. Por la ventana lo vio encaramarse en su bicicleta y, pedaleando enérgicamente, dirigirse hacia la casa parroquial. Al poco tiempo lo vio volver hacia la iglesia, pedaleando con idéntico ímpetu por la colina. Apenas tuvo tiempo de esconderse entre los bancos antes de que el pastor entrase como una tromba en la iglesia.

De dos zancadas recorrió el pasillo central y sacó de entre los pliegues de su casulla una pistola Mauser, comprobó que el cargador estaba en su sitio y quitó el seguro. Sus ojos brillaban en la penumbra de la iglesia buscando a su víctima. Localizó a la liebre acurrucada cerca del altar, levantó su arma y disparó. La liebre, espantada, dio un brinco y se esfumó. Por el pasillo planeaba una nube de humo. El párroco persiguió a la liebre hasta acorralarla en un lateral y se escucharon dos detonaciones más. Las balas silbaban en el interior de la iglesia. Vatanen se echó entre los bancos,

protegiéndose la cabeza como un barman en una película del salvaje Oeste.

El pastor dio dos vueltas a la iglesia persiguiendo y disparando a la liebre. Corría de nuevo por el pasillo central cuando se fijó de pronto en el retablo y se quedó petrificado: una bala había hecho impacto sobre el Salvador clavado en la cruz: había atravesado la rótula de Cristo.

Una vez más la Mauser fue disparada, esta vez hacia el suelo y, a todas luces, sin querer. El pastor gimió y levantó su pierna derecha. El arma humeante se le cayó al suelo, y comenzó a sollozar. Vatanen acudió al lugar y recogió el arma.

La bala había atravesado el zapato de charol negro del clérigo en mitad del empeine. A través de la suela caían gotas de sangre oscura. En el suelo de la iglesia, justo donde el párroco apoyara su pie unos instantes antes, había ahora un agujero.

—Párroco Laamanen —gimoteó el pobre hombre a la pata coja y extendiendo su mano hacia Vatanen, que la estrechó procurando no hacerle caer.

—Vatanen.

Laamanen fue saltando sobre un pie hasta la sacristía; en cada salto la sangre goteaba al suelo a través del zapato. Vatanen limpiaba la sangre con su pañuelo. Como estaba fresca salía con facilidad.

—Me sulfuró demasiado ver a aquella liebre. Tengo esta arma desde 1917; servía entonces en la infantería ligera, con el grado de teniente. ¡Cómo se me habrá ocurrido hacer semejante cosa!

Una bala perdida ha hecho blanco en el retablo. ¿Cómo podrá Dios perdonarme que haya perforado la rodilla de su único Hijo, y aquí, en su casa?

El hombre lloraba y, por simpatía, Vatanen también comenzó a sentirse afligido. Se ofreció a ir a la casa parroquial y llamar a una ambulancia.

—No, no… Hágame el favor de ventilar la iglesia para que se vaya el olor a pólvora. Pronto vendrá la hija del secretario del ayuntamiento, para casarse. De momento, vamos a vendar la herida y nada más. Primero tengo que casar a la pareja. ¿Sería usted tan amable, además, de recoger los casquillos que haya por la iglesia y

echarlos por los rincones?

Vatanen fue a abrir ventanas. El humo azulado iba saliendo lentamente de la iglesia hacia la colina. Encontró algunos casquillos y se los guardó en el bolsillo. En la sacristía había vendado provisionalmente el pie de Laamanen, haciendo jirones un paño litúrgico. El sacerdote usaba plantillas, y Vatanen las cambió de zapato poniendo la perforada y ensangrentada en el zapato indemne, y viceversa. Así ambos zapatos quedaban aceptables y la plantilla nueva evitaría que la sangre, que seguramente acabaría empapando la venda, traspasase la suela agujereada.

Ya se oían voces en la sala. Los prometidos habían llegado con sus familiares. El sacerdote cojeó hasta la puerta de la sacristía; Vatanen le abrió y lo guió hasta el altar. Dentro de la sala, Laamanen caminaba con pasos iguales, como si no le ocurriese nada en el pie.

Vatanen se sentó en la última fila durante la ceremonia. La liebre también andaba por allí. Parecía ensimismada, pero en seguida saltó sobre su regazo.

Laamanen casó a la pareja con profesionalidad. Permaneció de pie y sin moverse durante toda la celebración. Cuando hubo terminado pronunció un breve discurso; sus ojos estaban húmedos y algunas mujeres, interpretando esto a su manera, comenzaron a llorar. Todo resultaba conmovedor y muy devoto. Los hombres tosían lo más discretamente posible, tapándose la boca con la mano.

—Como sabéis, Dios ha dispuesto el Sacramento del matrimonio y en él ha de vivir también esta pareja, ya que lo que Dios ha dispuesto en su misericordia es sagrado, y no ha de romperse. Al matrimonio le acechan, sin embargo, muchos peligros, y de ellos los celos no son el más pequeño, sino que son como un león rugiente que el alma no preparada llevase en su interior. Hoy vosotros dos sentís una gran proximidad y mutuo amor, pero llegará el día en que un tercero puede parecerle más querido a alguno de vosotros. Ese día os pido que recordéis estas palabras de la Biblia: «Pero ¿qué importa? De cualquier manera, sea por pretexto, sea sinceramente que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré». Esta cita es de la epístola de San Pablo a los Filipenses, capítulo primero, versículo dieciocho. Y éstas son las devotas palabras que os doy

para que sobre ellas edifiquéis vuestro matrimonio y lo reforcéis. En momentos de apuro buscadlas y leedlas; entonces amainarán los azotes del falso amor y vuestras almas se hallarán en paz. Os deseo a ambos un maravilloso matrimonio.

Laamanen ofreció a los novios un ejemplar de la Biblia encuadernado en blanco y les estrechó la mano. Permaneció sin moverse hasta que todo el mundo salió de la iglesia. Al ver que la puerta se cerraba levantó cuidadosamente el pie; en el suelo quedaba una gran mancha de sangre con la forma de su huella.

Vatanen se acercó a la casa parroquial para llamar a Kuopio a que mandaran un taxi. Mientras lo esperaban, el sacerdote se echó en un banco de la iglesia. Sollozaba en silencio.

—¡Qué va a ser de ese matrimonio, si tenía yo las manos manchadas de sangre, aunque sea en sentido figurado, mientras los casaba!

—Querido Vatanen, jure usted ante Dios omnisapiente que jamás revelará lo que aquí ha sucedido.

—Vale.

En seguida llegó el taxi. Antes de salir, Laamanen se arrodilló, frente al retablo y juntó las manos, rezaba:

—Perdóname, Jesús, Hijo único de Dios, por lo que te he hecho; pero, en nombre de Cristo, lo que te he hecho lo he hecho sin querer.

Vatanen pidió al taxista que llevara rápidamente al sacerdote a la policlínica del Hospital Central de Kuopio. Laamanen subió cojeando al automóvil, que pronto desapareció en el camino polvoriento.

Se acomodó en el banco de la iglesia. En el suelo, la liebre también dormitaba. Qué agotamiento. El silencio, que de nuevo reinaba en la sala de la iglesia, meció a ambos en un profundo sueño.

11

EL ABUELO

A finales de julio, Vatanen se alistó en un grupo de tala de arbustos a destajo en Kuhmo. Con un hocino limpiaba las cunetas de maleza y vivía en una tienda de campaña con su liebre, Cada vez más fiel y ya crecida hasta su tamaño adulto.

Vatanen cumplía con su duro quehacer sin preocuparse del tiempo. Se hizo perseverante y olvidaba cada vez más su lábil vida anterior en la capital; las controversias políticas con los conversos recientes ya no formaban parte de sus preocupaciones, y las voluptuosas mujeres no llegaban hasta los bosques de Kuhmo para prestarse a la criba de su mirada escrutadora. La obsesión del sexo ya no acosaba su mente.

Este tipo de vida le va bien a cualquiera que haya sabido, primero, abandonar el otro.

Vatanen había estado dos semanas desbrozando bosque sin parar. Había terminado su tarea y las plantas privilegiadas tenían ahora espacio para crecer. Era hora de ir a Kuhmo a reclamar la paga.

A orillas del lago Lentua había un pequeño pueblo al que Vatanen llegó sobre la medianoche. Los diez kilómetros de caminata le pesaban y tenía ganas de entrar en alguna casa, pero el pueblo dormía y Vatanen no tuvo corazón para despertar a nadie a esas horas.

Por fin se decidió a entrar en un granero, hecho de troncos y sin ventanas, que se hallaba en el patio de una granja de buen tamaño. Dejó su mochila junto a la pared y se quedó dormido en el suelo. Es bueno dormir a cubierto, en la oscuridad, donde ni siquiera los mosquitos vengan a molestarte; cualquier persona acostumbrada a

vivir en el bosque lo consideraría un lujo. Pero la liebre estaba inquieta; inspeccionó el granero varias veces, husmeando por todas partes. Olía a pescado podrido. «Habrán metido cachuelo en el barril sin sal suficiente», pensó Vatanen, y se quedó dormido sin preocuparse más de aquel olor dulzón.

Serían las seis de la mañana cuando se despertó. Sentía los brazos y las piernas entumecidos. Se frotó la cara y pensó que pronto se levantarían en la casa y podría tomarse una taza de café. La liebre yacía junto a la pared, detrás de la mochila; estaba tan inquieta que parecía no haber dormido en toda la noche.

Vatanen dio algunos pasos y topó con un bulto en el que no había reparado la noche anterior. Lo palpó y al tacto notó una forma cilíndrica, como un mango, que se incrustaba en una plataforma. Un banco de carpintero en mitad del cobertizo.

Rodeó el banco tanteándolo en la oscuridad; sintió algo que parecía ropa y se turbó, comenzando a palpar lo que fuera que estaba sobre el banco.

Se diría que alguien dormía allí bajo una sábana. Y vaya sueño profundo, si no se había despertado a pesar de la entrada de Vatanen en plena noche.

—Despiértate compadre —dijo Vatanen sin obtener respuesta.

Parecía no oírlo. De hecho no hizo amago de despertarse. Vatanen palpó con más detenimiento: en efecto allí había una persona durmiendo, vestida y sin almohada. Los brazos descansaban a ambos lados del cuerpo, no llevaba botas, tenía grandes las narices… Vatanen comenzó a sacudirla cuidadosamente, la levantó en posición sentada y comenzó a hablarle. Después decidió abrir la puerta, pensando que seguramente la luz la despertaría. Pero apenas había dado un paso hacia la puerta cuando sintió cómo el mango del tornillo se enganchaba en su bolsillo. Todo el aparato se inclinó hacia él y la persona cayó al suelo. Se oyó un ruido seco cuando la cabeza golpeó contra los tablones. Vatanen abrió la puerta de un empujón y, ya a la luz, vio a un hombre mayor que yacía inconsciente en el suelo.

«Se ha golpeado la cabeza», pensó Vatanen asustado. Fue hacia él e intentó, sobresaltado, escuchar el corazón del hombre sin lograr averiguar si latía o no. Parecía haber perdido el conocimiento a

causa de la caída. Vatanen se alarmó, cogió en brazos al desvanecido y salió al patio. Allí, bajo la clara luz de la mañana, examinó su rostro: sereno, lleno de arrugas y con los ojos cerrados. Vatanen pensaba que un hombre de esa edad puede incluso morir si llega a caer al suelo desde un banco de carpintero. Había que hacer algo en seguida. El desvanecido descansaba en brazos de Vatanen como sobre una bandeja. Corrió hasta el centro del patio pensando en llevar al accidentado al edificio principal de la granja, pero, por fortuna, en la escalera apareció en aquel momento una joven con varios cubos de leche vacíos en las manos. Vatanen le gritó que había ocurrido un accidente, y se quedó quieto donde estaba, con el viejo inconsciente en sus brazos.

—¡Puedo explicárselo todo! ¡Busque usted a alguien que sepa primeros auxilios!

La criada también se asustó. Los cubos se escurrieron entre sus dedos rechonchos y rodaron ruidosamente por el patio hasta la fuente. Desapareció en el interior de la casa, y Vatanen se quedó solo, con el hombre entre sus brazos. Le parecía que el viejo se estaba poniendo cada vez peor y una profunda sensación de compasión se apoderó de él; nunca hubiese deseado ocasionar una desgracia así.

En la escalera de la casa apareció un grupo de personas en paños menores: el dueño, la dueña y la chica de antes. Pero estaban tan asustados que no acertaron a acudir a ayudar a Vatanen en su esfuerzo por reanimar al anciano.

—¿Habrá un columpio? En un columpio podríamos hacer que volviese a respirar —les propuso Vatanen.

Pero ellos permanecieron mudos y no se movieron de las escaleras. Finalmente el dueño dijo:

—Es nuestro abuelo. Haga usted el favor de volver a ponerlo donde lo ha encontrado.

Vatanen no sabía que pensar. La palabras «vuelva usted a ponerlo donde lo ha encontrado» quedaron resonando en su mente. Volvió a mirar a «nuestro abuelo», que vacía inconsciente en su regazo. Uno de los párpados se había entreabierto. Vatanen echó un vistazo a aquel ojo.

Por fin comprendió. Sostenía en sus brazos el cadáver de un

hombre muerto hacía ya algún tiempo. Una sensación de terror le aflojó los músculos y el cuerpo cayó sobre el césped. El dueño bajó corriendo las escaleras, levantó el cadáver y lo cargó a sus espaldas. El cuerpo se deslizó hasta casi caer por el otro lado. El dueño lo sujetó mejor y lo llevó hasta el cobertizo, lo puso sobre el banco de carpintero, lo cubrió con la sábana, cerró la puerta y regresó al patio.

—Ha profanado al abuelo, señor.

Vatanen apenas escuchó sus palabras; vomitaba detrás de la fuente.

Había mucho que explicar.

Resultaba que Vatanen había pasado la noche con el viejo dueño de la casa, fallecido la noche anterior. El anciano había sido en vida una buena persona, tanto que la granja toda estaba de luto. Se hicieron cargo del malentendido. Cada vez que se mencionaba al abuelo las mujeres lloraban, y el propio Vatanen sintió un nudo en la garganta. La liebre permanecía apartada, como si ella también tuviese parte de culpa.

A las diez de la mañana el coche fúnebre entró en el patio. Vatanen ayudó al dueño a introducir en él el cadáver. Volvieron a cerrarle el ojo abierto. El conductor presentó un formulario y el dueño lo firmó.

Vatanen aprovechó para ir en el coche fúnebre hasta Kuhmo. El féretro, revestido de paño negro en su parte trasera, tenía un aspecto elegante. El conductor no dejó de hablar sobre la liebre. Contaba que él, en Kajaani, tenía una urraca domesticada. Por lo visto había robado, en pleno centro de la ciudad, el reflectante de la mujer del comisario. Por lo menos había llevado a casa un colgante igual.

—Por cierto, y cambiando de tema: yo conozco a ese Heikkinen. En vida era comunista, pero no le sacó ningún partido a eso. Si uno se hace comunista no se hará nunca rico.

12

KURKO

Entre el final de julio y el principio de agosto, Vatanen llegó a Rovaniemi. Los últimos troncos del transporte fluvial de la madera habían cruzado la ciudad y, en consecuencia, quedaban menos forasteros que de costumbre.

Allí, en la planta baja del restaurante Lapinmaa, encontró Vatanen a un viejo leñador: un borracho infeliz al que todos llamaban Kurko. De joven, durante las grandes talas, lo conocieron en Laponia como el «Rey de los bosques»; de ahí le venía, deformado, el apodo. Kurko lamentaba su suerte: ya no le dejaban trabajar en la tala, se le había pasado la edad y, además, era un borracho. Tenía que apañárselas con la pensión mínima, lo que para un vagabundo libre como él no era suficiente. La vida no deparaba ya a un viejo talador de bosques más que asperezas.

Vatanen pensaba cómo podría ayudarlo.

Logró un pequeño empleo a destajo con la Dirección General de Carreteras y Aguas en el distrito de Laponia. Le ofrecieron el trabajo de desmontar tres puentes transbordadores que estaban a orillas del Ounasjoki, algo más arriba de la localidad de Meltaus. Kurko se animó a acompañarlo y los dos hombres partieron a trabajar río arriba.

Con ayuda de una grúa, sacaron a tierra los tres puentes. Habían alquilado una sierra de motor y con barras de hierro y otras herramientas comenzaron a desmontar los viejos y pesados puentes. El trabajo cundía bajo el agradable clima del final del verano. Vivían en una tienda de campaña frente a la que habían organizado una improvisada cocina. Kurko se quejaba de la falta de alcohol, pero por lo demás también él estaba contento con la tarea.

La gente del pueblo venía a verlos de vez en cuando a la obra y a su manera, reservada, se sorprendían de la presencia de la liebre. Vatanen pidió que los dueños de las casas del pueblo no dejasen sueltos a sus perros y, en efecto, sólo unas pocas veces la liebre fue perseguida por alguno desde el pueblo. En aquellos casos de emergencia llegaba corriendo y saltaba a los brazos de Vatanen o se refugiaba en la tienda, y los perros, defraudados, tenían que regresar al pueblo con las manos vacías.

Una vez desmontados dos de los puentes y dispuesta su madera en montones, Vatanen dio a Kurko la paga de quince días. Éste se marchó inmediatamente a Rovaniemi donde permaneció tres días con sus noches. Volvió borracho como una cuba y sin un céntimo; tal y como se había acostumbrado a hacer a lo largo de toda su vida. Pasó aún una noche más emborrachándose, y faltó poco para que todo acabara en desastre: Kurko quiso demostrar lo buen ganchero que era, y se puso a correr a lo largo de la cadena de troncos que bordeaba la orilla, pero se cayó al río y, como no sabía nadar, estuvo a punto de ahogarse. Vatanen lo sacó del gélido río y lo llevó hasta la tienda. A la mañana siguiente el pobre desgraciado tenía una resaca de aquí te espero. Cuando abrió la boca para soltar un gemido, descubrieron que su dentadura postiza había caído al río la noche anterior. A veces la vida puede ser muy deprimente.

Al cabo de un día Kurko volvió en sí. No pudo tomar más que unas sopas de leche y se moría de hambre.

—Enséñame a nadar —le rogó a Vatanen.

Esa misma tarde empezaron las clases. Vatanen pidió a Kurko que se desnudase y, cuando estaba en cueros, que se tendiera boca abajo en el agua de modo que sus manos tocasen el fondo junto a la orilla.

Si resulta difícil enseñar a un perro viejo a sentarse, tanto más difícil es enseñar a nadar a un viejo ganchero de Laponia. El pobre Kurko puso toda su voluntad en intentarlo, pero su progreso era mínimo. Tarde tras tarde continuaron con los ejercicios.

A Vatanen le sorprendía la perseverancia de Kurko.

Finalmente ocurrió el milagro.

Kurko aprendió a nadar a perrito. ¡El agua lo sostenía! Los gritos de alegría y júbilo resonaron a lo largo de la orilla del río cuando

Kurko tomó conciencia de su nueva habilidad. Tanto lo entusiasmó la natación que se pasó chapoteando en el agua hasta bien entrada la noche. A ratos pasaba largo tiempo bajo el agua, dejándose llevar por la corriente decenas de metros río abajo antes de emerger de nuevo entre grandes aspavientos y bocanadas. Su cuerpo curtido resistía bien el agua fría, y la felicidad ante la nueva forma de vivir que el recién descubierto elemento le ofrecía ponía un resplandor desconocido en su agrietado rostro.

—Mañana es domingo. Lo dedicaré a buscar mi dentadura postiza en el fondo del río —decidió Kurko. Tanto lo entusiasmaba la natación que ni siquiera había acudido a la sauna del sábado, sino que se había quedado chapoteando y jugando en el agua.

Kurko era capaz de permanecer varios minutos bajo el agua, como se demostró al día siguiente cuando emprendió la búsqueda de sus dientes en el fondo del Ounasjoki. Un puñado de lugareños se había congregado en la orilla para verlo bucear; aunque algunos llegaron atraídos también por la liebre. En general, se consideraba que la pareja de desguazadores era un tanto extraña, y tal vez no les faltase razón: uno había domesticado una liebre salvaje y el otro pasaba los días nadando desnudo en las heladas aguas del río. Hasta un autocar de turistas llegó a detenerse en el lugar, y unos cuarenta alemanes se bajaron a contemplar mejor el espectáculo. Alguien se puso a rodar una película casera de Kurko. El guía, alemán, explicaba a sus paisanos que se trataba de un entrenamiento para el campeonato de leñadores: un encuentro que solía organizarse en Laponia todos los veranos.

Por la noche Kurko confesó a Vatanen que, aunque no había encontrado su dentadura, sí había encontrado en el río algo mucho más valioso.

—En el centro de la corriente, donde la profundidad pasa de diez metros, hay más de cien toneladas de chatarra militar sumergida: una decena o más de cañones, al menos un tanque, grandes contenedores, muchas cosas… Por eso he estado buceando todo el día.

—Adelántame mil y venderé toda esa chatarra.

Un hallazgo curioso. Y un tipo curioso este Kurko. Vatanen se quitó la ropa de un tirón, corrió sobre la cadena de troncos y, de un

salto, se sumergió en el agua. La corriente lo arrastraba con fuerza y no le fue sencillo encontrar el lugar.

Kurko no mentía. Se golpeó la rodilla con un objeto de acero y, examinándolo con cuidado, llegó a la conclusión de que, en efecto, se trataba de un viejo cañón que, sobre uno de sus costados, yacía en el fondo del río. Resultaba extraño que nadie lo hubiese encontrado antes; pero, a lo largo de años de transporte fluvial, se habían ido juntando sobre el cañón algunos troncos que, semihundidos ya, dificultaban su localización.

Vatanen dio a Kurko los mil marcos y, a la mañana siguiente, el hombre partió temprano hacia Rovaniemi. Vatanen tuvo que comenzar él solo a desmontar el último puente.

Kurko permaneció en la ciudad dos días con sus noches, y cuando volvió estaba tan borracho como la otra vez: aunque contento. Incluso traía aún algunos billetes de cien, y alcohol: varias botellas de coñac del bueno. En su estado, Kurko presumía:

—Yo sí que soy un tío de los que saben mover los hilos.

Mañana va a ser un día de mucho trajín por aquí.

Dicho lo cual se quedó dormido, y Vatanen no llegó a saber qué tipo de hilos había movido Kurko.

Por la mañana entraron ruidosamente en el campamento tres grandes camiones con el rótulo «Transporte Especial». Por lo visto, Kurko había puesto en marcha una operación a lo grande.

Sin importarle la resaca, Kurko se puso manos a la obra. Asumió el mando, ordenó a Vatanen y a los conductores de los camiones que instalaran en la orilla, entre dos grandes y gruesos pinos, una sólida grúa: un aparato pesado capaz de tirar de veinte toneladas. La enorme grúa fue anclada a los gruesos pinos y, ayudándose de una más pequeña, arrastraron el cable desde la otra orilla hasta el centro del río.

Kurko se metió en el agua, y cogiendo el extremo del pesado cable en las manos permaneció sumergido largo tiempo. Cuando salió lo hizo entre grandes aspavientos, palmoteando y escupiendo agua. Gritó:

—¡Tirad!

El cable se tensó, las copas de los pinos temblaron un momento, pero la grúa estaba sólidamente anclada. La cadena de troncos se

hundió bajo el agua y el cable comenzó a enrollarse lentamente sobre el tambor. Al cabo de un minuto un pesado y oxidado cañón de fabricación alemana, un Haupits de seis pulgadas, salió del agua. Kurko, entusiasmado, nadó hasta la orilla y se echó un trago de coñac.

—Para entrar en calor —dijo.

La oxidada arma fue alzada y fijada sobre la plataforma del camión. La grúa llevaba incorporada una báscula hidráulica. Vatanen anotó el peso.

Kurko pasó el día nadando entre la orilla y el centro del río, infatigable, a pesar de la dureza del trabajo. Salieron once cañones, veinte cañones antiaéreos, una tanqueta de quince toneladas y varias cajas de munición. Probablemente, toda aquella chatarra había sido arrojada al río durante la retirada alemana en la guerra de Laponia. Lo curioso era que los finlandeses no se hubiesen percatado hasta entonces de la existencia de tal depósito.

—Y ahora vais a la estación de Kolari. Encontraréis algunos vagones contratados a mi nombre. Lo metéis todo allí. Éstas son las órdenes de ruta —dijo Kurko entregando a los conductores un montón de papeles.

—Una vez que la mercancía este en los vagones, volvéis a por el resto, aunque sea de noche. El dinero llegará dentro de una semana. Yo firmaré.

Kurko fue firmando las órdenes de ruta y los pesados remolques fueron partiendo ruidosamente hacia el norte. Vatanen contemplaba asombrado la empresa. No era el único testigo de los negocios de Kurko: la nueva fuente de trabajo había llegado también a oídos de los habitantes de Meltaus.

Al día siguiente sacaron el resto de la chatarra de guerra y algo después del mediodía los últimos camiones para Kolari salían de Meltaus. Kurko explicó que había vendido la chatarra directamente a la fábrica de hierro de Koverhar. Ahora sólo había que esperar al viernes para que el cheque llegase al banco. Aclaró que no pagarían hasta que todo estuviese en los muelles de la propia fábrica.

Incluso el corresponsal del diario Lapin Kansa había encontrado el camino hasta allí, aunque ya demasiado tarde. Con la astucia propia de los periodistas intentó sonsacar información a Kurko y a

Vatanen, pero se quedó con las ganas. Kurko y Vatanen terminaron de desmontar el último de los puentes flotantes. La grúa había sido ya retirada, y cuando el periodista preguntó si era verdad lo de los cien cañones encontrados en el fondo del río, a Kurko le dio la risa:

—¿Cien cañones? ¿Está usted loco? Esto es una obra para desmontar puentes flotantes, no una obra para desmontar cañones.

El viernes habían terminado su contrato y los dos hombres se encontraban ya en Rovaniemi. Vatanen fue a cobrar a la oficina de la Dirección General de Bosques. Kurko, sentado en la planta baja del restaurante Lapinmaa, lo esperó inquieto mientras calculaba el beneficio de sus negocios.

—Los gastos suman 6200 marcos, si incluimos tus 1000.

Ovako pagará 17 céntimos el kilo en fábrica, y han salido 96.000 kilos de chatarra, casi 100 toneladas. Echa la cuenta si quieres; todo el botín debería ascender a 16.720 marcos. Si descontamos los gastos son 10.520 marcos: una bonita suma.

En efecto, por la tarde llegó el cheque.

Kurko se sentía tan feliz que se le saltaron las lágrimas en el mismo banco.

—No he tenido un sueldo así desde 1964, cuando talé tres meses sin descanso en Kairijoki. Ahora este chaval se va a… pongamos a Oulu.

Y se fue.

Vatanen también había decidido salir de la ciudad, porque en Lapin Kansa apareció una noticia según la cual el material bélico que los alemanes dejaron detrás de sí pertenecía a los aliados. En el diario, un comandante explicaba su asombro ante lo ocurrido en algún lugar llamado Meltaus, donde, al parecer, simples civiles habían reunido chatarra procedente de la guerra de Laponia y la habían vendido en beneficio propio.

Vatanen dobló el periódico y lo apartó a un lado. Pensó en dónde andaría Kurko ahora. Probablemente se habría hecho una dentadura nueva.

—Ya es hora de que también nosotros nos pongamos en marcha —dijo Vatanen a la liebre, que permanecía sentada a sus pies.

Y se fueron.

Agosto estaba ya muy avanzado. Por la mañana había caído algo

de nieve, pero se había derretido casi en seguida.

13

EL CUERVO

Antes de la llegada de las nieves, Vatanen se encontraba camino de Posio, al sur de la provincia de Laponia.

Allí se colocó como trabajador a destajo en un desbroce, a ocho kilómetros de la carretera, en el gran bosque salvaje que hay detrás de Simojärvi. Era una zona de división fluvial, una región desoladora. Pero pagaban bien y, después de todo, lo principal era que la liebre no tuviese que vivir en una zona habitada.

Vatanen había armado su cobertizo en la linde de una extensión pantanosa, sobre el islote formado por un pequeño pinar. Dos veces a la semana iba a Simojärvi en busca de alimentos y tabaco, y a sacar algunos libros de la biblioteca municipal. Pasó varias semanas en los pantanos de Posio y durante ese tiempo leyó muchos buenos libros.

Las condiciones resultaban extremadamente primitivas. El trabajo era duro, pero a Vatanen le gustaba: sentía cómo aumentaban sus fuerzas, y no se sentía agobiado por la idea de que ésa fuese a ser una ocupación permanente.

A veces, cuando caía el aguanieve, al atardecer, sintiéndose ya muy cansado, Vatanen meditaba sobre su vida. Qué distinta ahora de la de antes. Apenas en la primavera, no llegado San Juan, qué distinta había sido su vida.

Pero bien distinta.

Hablaba con la liebre en voz alta, y la liebre lo escuchaba atentamente sin entender nada. Vatanen atizaba el fuego delante del cobertizo, observaba la llegada del invierno y dormía sus noches vigilante como un animal del bosque.

Un solo contratiempo había tenido que sufrir Vatanen en aquel

bosque pantanoso y perpetuamente regado de aguanieve. Desde el primer día, cuando Vatanen levantó su rudimentario hogar entre los pinos secos del islote, se había instalado también allí el peor de todos los pájaros del bosque: el cuervo.

Flaco, volaba con las alas mojadas por el aguanieve. Trazó un par de círculos alrededor del islote y, una vez comprobado que nadie iba a molestarlo, se posó sobre una rama cercana al lugar donde se encontraba Vatanen. Se sacudió el aguanieve de sus plumas como un perro reumático. Una escena patética.

Vatanen miró al pájaro y sintió una profunda compasión hacia la criatura. Era evidente que aquel desgarbado no había llevado últimamente una vida muy agradable. Una pobre criatura en verdad.

A la tarde siguiente, tras llegar cansado del bosque y disponerse a preparar la cena, Vatanen Se sobresaltó: su mochila, que había dejado abierta sobre las ramas de abeto del suelo del cobertizo, había sido saqueada. Faltaban de la mochila una considerable cantidad de víveres: un cuarto de kilo de mantequilla, una lata casi llena de una mezcla de carne de cerdo y de vaca, y varias porciones de pan crujiente. Estaba claro quién era el autor de la fechoría: el mismo infeliz volátil que el día anterior suscitaba sus más humanitarios sentimientos había sacado todos los víveres de sus envoltorios, los había esparcido alrededor de la mochila, y se había llevado una buena parte a su escondite secreto.

El cuervo estaba posado sobre la copa de un alto pino cerca del cobertizo. Un lado del tronco aparecía cubierto de manchitas negras y brillantes; el cuervo, sin duda, acababa de hacer sus necesidades.

La liebre andaba algo inquieta. El cuervo seguramente había aprovechado la ausencia de Vatanen para acosarla.

Vatanen le tiró una piedra, pero falló, y el pájaro se limitó a esquivarla con escaso interés, sin llegar siquiera a desplegar las alas. Sólo cambió de árbol cuando Vatanen comenzó a golpear el tronco con un hacha.

Hubiese venido bien una escopeta. Pero no la tenía.

Vatanen abrió otra lata de carne, la frió en la sartén y la comió con el pan que aún le quedaba, sin mantequilla. Mientras masticaba su sencilla cena no dejaba de observar al cuervo, que, desde su

rama, pareció emitir un pequeño eructo.

Se sintió preso de un odio ciego y persistente. Antes de quedarse dormido se colocó la mochila a modo de almohada. La liebre, de un salto, se colocó a la altura de su cabeza, al amparo del húmedo techo de lona del cobertizo. Por la mañana, Vatanen, tras cerrarla convenientemente, dejó la mochila bien cubierta bajo las ramas de abeto que hacían las veces de suelo.

Cuando por la tarde volvió a su campamento, la escena se había repetido. El cuervo había apartado las ramas, había arrastrado la mochila fuera de las inmediaciones del fuego, aún con brasas calientes, y había desgarrado con el pico uno de los bolsillos. Se había comido un paquete de quesitos, había roto la cuerda del saco de la mochila y dado cuenta del resto del contenido de la lata de carne abierta el día anterior. Asimismo los panes crujientes que aún quedaban habían desaparecido. Ya sólo tenía un paquete de té, sal y azúcar y un par de latas de carne.

La cena de esa noche resultó aún más sencilla que la de la noche anterior.

Los robos se sucedieron durante varios días. El cuervo lograba llegar a los víveres de la mochila a pesar de que Vatanen, mañana tras mañana y antes de partir al trabajo, los ocultaba bajo unos gruesos troncos. Siempre conseguía colarse por algún resquicio y llegar hasta la mochila. Se diría que la única manera de salvarla de las garras del codicioso pájaro era encerrarla en un búnker de hormigón.

El cuervo se iba haciendo cada vez más impertinente. Parecía pensar que el hombre del cobertizo no era capaz de enfrentarse a él. Por más que Vatanen intentaba expulsarlo del islote gritando desaforadamente o lanzándole gruesas piedras, el cuervo no se inmutaba. Incluso parecía disfrutar del impotente odio de Vatanen.

El pájaro engordaba a ojos vista y ya no se molestaba en volar lejos de su rama, ni siquiera durante el día. Su insaciable apetito obligó a Vatanen a ir tres veces a la semana a Simojärvi, a la tienda ambulante, en vez de las dos habituales. Según los cálculos de Vatanen, el cuervo devoraba en una semana víveres por valor de sesenta marcos.

La situación se prolongaba ya dos semanas.

El cuervo había engordado espectacularmente. Se pasaba el día posado en su rama, ocioso y descarado, a pocos metros de Vatanen. Grande y fuerte como un cordero bien cebado. Su plumaje gris negruzco había cambiado de tono, volviéndose más oscuro y lustroso.

A ese paso el trabajo de Vatanen iba a resultar escasamente rentable; así que, a las dos semanas de sufrir sus saqueos, se decidió a encontrar de una vez el modo de acabar definitivamente con el cuervo. El procedimiento finalmente ideado era tan eficaz como cruel.

Vatanen tuvo que ir a Simojärvi a por más provisiones. La dependienta observaba con recelo a aquel cliente que aparecía tres veces por semana a hacer compras en compañía de una liebre. Además, la cantidad de lo adquirido crecía visita tras visita. Y sin embargo se sabía que aquel hombre compraba tan sólo para sí mismo.

—Allí en el bosque vive un auténtico tragaldabas —empezaron a decir en el pueblo—. Compra tres veces por semana una mochila llena de vituallas, y sin embargo no para de adelgazar.

Cuando Vatanen, al día siguiente de su idea, abrió la lata de carne de un kilo lo hizo de una manera diferente: no la abrió como de costumbre a lo largo del filo de la tapa, sino que hizo dos cortes dibujando una cruz en el centro de la tapa de modo que se formaron cuatro puntiagudas lengüetas de hojalata. Levantó cuidadosamente las puntas. La lata parecía una flor de cuatro pétalos recién abierta. Del centro mismo de esta flor de hojalata sacó Vatanen algo de carne para su sartén, con la hoja del cuchillo. Frió y comió hasta saciarse. El cuervo seguía con indiferencia las evoluciones del hombre, posiblemente pensando que, como de costumbre, el resto del contenido de la lata acabaría perteneciéndole.

Después de increpar al cuervo con los insultos y acusaciones de costumbre, Vatanen escondió la mochila bajo los troncos.

Antes, sin embargo, había doblado hacia adentro los bordes cortantes, de manera que en la tapa se formó una especie de garganta de nasa o, mejor dicho, de buitrón. Apenas había Vatanen abandonado su isla en dirección a la linde del bosque, el cuervo

voló hasta las ascuas aún calientes de la hoguera y caminó hasta el escondite de la mochila. El animal ladeó un momento la cabeza y en seguida se puso a trabajar frenéticamente. Como pudo se coló entre los troncos, tiró de los flecos, musitó algo, empujó la madera y no tardó demasiado en lograr extraer su botín. De vez en cuando erguía su grande y negra cabeza para verificar que Vatanen no anduviese cerca.

Arrastró la mochila hasta una superficie más lisa donde, desde hacía ya dos semanas, acostumbraba realizar sus fechorías. Allí abrió con pericia la mochila y se lanzó a su interior.

Vatanen, al amparo del bosque, seguía los acontecimientos. El cuervo sacó el paquete y lo picoteó un par de veces, luego extrajo una porción y corrió con ella en el pico batiendo al mismo tiempo el aire con sus alas. Parecía un avión de carga, que despega repleto desde una pista corta hacia el destino que su misión requiere. Las alas cogieron aire y el cuervo salió volando. La liebre, escondida en la tienda, contemplaba horrorizada el despegue de aquel avión de saqueo.

El pájaro voló por encima de Vatanen con el pan en el pico, como una cometa. El viento matutino de los pantanos se ensañó con el pan de tal modo que el cuervo se vio obligado a batir las alas con todas sus fuerzas para poder mantener el rumbo hacia el bosque, al lugar de su escondite.

Pronto volvió, y la liebre, que mientras tanto podía haber comido algo de los matorrales del pantano, se refugió en el interior del cobertizo. Vatanen aguzó la mirada.

El cuervo sacó ruidosamente la lata de carne. Antes de empezar a investigar su interior, el pájaro se estiró y miró a su alrededor para asegurarse de que podía actuar con calma. Hundió su gran cabeza en el interior de la lata. Devoró la carne grasienta en el fondo de la lata, y luego decidió descansar un rato.

Pero mira por dónde la cabeza no salía de la lata: el cuervo estaba atrapado. El animal se asustó, se apartó de un salto de la mochila y comenzó a sacudir la cabeza para librarse de la lata. La trampa de hojalata, sin embargo, seguía en su lugar. Trató de agarrarse con las garras a los costados, pero no tuvo éxito y las afiladas lengüetas se aferraron aún más a su cuello grasiento.

Vatanen acudió corriendo, pero ya no alcanzó al ladrón. El pájaro alzó estrepitosamente su negro vuelo y, aunque no podía ver lo que tenía por delante, se elevó tanto que Vatanen no tuvo ya ocasión de aniquilarlo allí mismo.

El cuervo gritó su desesperación al interior de la lata. A través de los pantanos resonaron un rato sus graznidos: metálicos, apagados y fatídicos.

El ave cogió altura volando como el peor de los cisnes del infierno. Ascendió verticalmente. La lata repiqueteaba y zumbaba y desde el fondo llegaba la excitada voz del animal.

Perdido el sentido de la orientación, el cuervo revoloteó en el aire sin lograr fijar su ruta; pronto perdió altura y finalmente chocó con la copa de los árboles más altos en la linde del bosque.

La lata retumbaba al chocar con ellos y el animal terminó precipitándose a tierra; lanzándose otra vez desde allí, completamente ensangrentado, hacia nuevas alturas. Vatanen lo vio desaparecer tras la linde del bosque; sólo un terrible eco llegaba hasta el islote: mensajero del último viaje del pájaro ladrón.

Cayó el aguanieve. Ya no se oía nada.

Vatanen recogió su maltratada mochila del suelo y la dejó en el cobertizo. Tomó a la liebre en sus brazos. Con la mirada seguía la línea del horizonte, allí donde nacía el bosque. Sabía que en el fondo de la lata había más sangre de cuervo que carne. Y fue tan cruel como para reírse en voz alta de su terrible acción.

Parecía como si la liebre también se estuviese riendo.

14

EL SACRIFICADOR

La semana siguiente a la muerte del cuervo, Vatanen abandonó las tierras pantanosas de Posio en dirección a Sodankylä. Allí pasó un par de días descansando en un hotel y conoció al ganadero de renos del distrito de Sompio, quien le ofreció un trabajo para reparar una cabaña en el valle de Läähkimä, en las tierras deshabitadas de Sompio. Aquello le iba como anillo al dedo.

Se compró un fusil con mira telescópica, esquíes, herramientas de carpintería y víveres para dos semanas. Había tomado un taxi y ahora iba camino de Tanhua, en dirección a las zonas deshabitadas de Sompio. En el cruce de Värriö se topó con un grupo de criadores de renos que descansaban alrededor de una fogata junto a la carretera.

—Yo no lo entiendo —dijo uno—. Las liebres de por aquí llevan ya varias semanas con la piel totalmente blanca, pero ésta sigue aún con la piel de verano.

—¿Y si fuera una liebre parda?

—No puede ser; las pardas son más grandes.

—Es una liebre del sur —explicó Vatanen. Con la ayuda del taxista había comenzado a descargar sus pertrechos al lado del camino. Nevaba, aunque aún no se podía esquiar.

Los hombres le ofrecieron café. La liebre husmeaba con curiosidad a aquellos individuos de olor a bosque. No les tenía miedo.

—Si la viese Kaartinen, seguro que la sacrificaría —dijo uno de los hombres dirigiéndose a Vatanen.

—Ha sido maestro, y quizá ha ejercido de sacerdote en el sur. Tiene la costumbre de sacrificar animales.

Al parecer, aquel Kaartinen era aún un hombre relativamente joven, monitor de esquí, y oriundo de Vuotsa. Tenía la costumbre de esquiar por esos predios al empezar el invierno, antes de que comenzase la temporada, y vivía en el refugio de la cañada de Vittumainen, junto al valle de Läähkimä.

Los criadores se quedaron alrededor del fuego mientras Vatanen se echaba a la espalda su pesado equipaje. Miró el mapa y desapareció en el bosque. La liebre lo siguió saltando despreocupadamente.

Había unos treinta kilómetros hasta el valle de Läähkimä. Vatanen llevaba los esquíes al hombro; mientras cruzaba el bosque, se enganchaban en las ramas más bajas, y eso retrasaba su marcha.

La noche llegaría pronto y decidió quedarse a dormir en el bosque. Taló un pino e improvisó un cobertizo. Con un par de gruesos leños preparó el fuego de modo que ardiese lentamente durante toda la noche. Cortó un pedazo de carne de reno y lo puso en la sartén. La liebre entró a dormir en el cobertizo y Vatanen la acompañó en seguida. Grandes copos de nieve caían planeando hacia el fuego, desapareciendo entre las llamitas con un silbido apagado.

Vatanen caminó todo el día siguiente hasta llegar a su destino.

—El refugio de Läähkimä.

Rendido, apoyó los esquís en la pared y entró en la cabaña. La vivienda resultó ser el habitual refugio de pastores de renos, construido hacía ya algún tiempo para que los hombres pudiesen acampar mientras reunían los rebaños. Durante el invierno pasado, en una moto de nieve, habían transportado hasta allí tablas, clavos, rollos de cartón alquitranado y un saco de cemento. Había dos estancias: una estaba casi derrumbada y el suelo de la otra, en mejores condiciones, necesitaba ser renovado.

—Tenemos tiempo. Hasta Navidad si se tercia —se dijo Vatanen en voz alta.

Le dijo a la liebre:

—Deberías cambiar la piel y ponerte ya la de invierno. Esto no es Heinola. Así tan parda como vas eres presa fácil de los halcones.

La tomó en sus brazos. Si la tiraba del pelo se le desprendían mechones enteros bajo los cuales el color inmaculado del invierno

parecía a punto de aparecer. Muy bien, pensó Vatanen depositando a su despeluchada amiga en el suelo.

No se apresuró a iniciar los trabajos. Vagó unos días por los alrededores contemplando el paisaje y reuniendo leña. Por la noche, a la luz de un quinqué, planificaba las obras de reparación.

No muy lejos había un montículo, cubierto de nieve de donde Vatanen iba extrayendo sacos de arena fina para el cemento. Construyó un armazón de madera para hacer la mezcla y comenzó a preparar el cemento coincidiendo con las primeras heladas. Antes que nada repararía el hogar, en muy mal estado, para poder calentar el refugio. También la chimenea se encontraba muy deteriorada y necesitaría un enlucido, pero no iba a ser fácil repararla pues, cuando el frío es demasiado intenso, el cemento se congela antes de secarse.

En el interior del gran bosque el tiempo es generoso y Vatanen decidió aprovechar esta circunstancia para sus obras de reparación. En el tejado, alrededor de la chimenea, construyó, usando la lona que llevaba para su cobertizo, una especie de tienda. Luego desmontó el techo y la cubierta aislante alrededor de la chimenea, de modo que, desde el interior, el aire caliente pudiese llegar hasta la tienda de arriba. Por la escalerilla exterior iba subiendo el cemento caliente y así pudo ir reparando, poco a poco, la chimenea.

Un día llegaron a la cabaña dos criadores de renos. Había ya tanta nieve que esquiar resultaba ya más práctico que caminar. Los hombres se extrañaron de la peculiar construcción en el tejado del refugio. Ninguno de ellos acertaba a encontrar la utilidad de la tienda. Pero si aquella construcción humeante había llamado la atención de los criadores, tanto más se extrañaron al ver salir por la puerta de la cabaña a un hombre transportando un pesado cubo de cemento caliente. Andaba tan ensimismado que no se percató de la presencia de los hombres que, muy cerca, lo observaban apoyándose en sus bastones de esquí. Llevaba la carga hasta la escalerilla y ascendía por ella hacia el tejado. Cada dos peldaños se detenía a descansar.

Una vez en el tejado desapareció en el interior de la tienda de lona, permaneciendo allí más de quince minutos. Por fin salió, sacudió el cubo contra el alero dejando caer al suelo los restos del

cemento y descendió por la escalerilla. Sólo entonces los hombres le dirigieron la palabra:

—Buenas.

Se quitaron los esquíes y entraron al refugio. En el suelo estaba el armazón para mezclar el cemento, y también había tablas y otros materiales de construcción. Los hombres dedujeron con facilidad que Vatanen estaba reparando la chimenea, y nada más.

En el hogar había lumbre que no sólo no molestaba a la obra, sino que facilitaba el secado del cemento. Los hombres prepararon su café y explicaron que en aquel bosque se dispersaban varios rebaños, y que ellos andaban buscando y recogiendo los últimos renos, y llevándolos al cercado para su clasificación. Después de la construcción del embalse de Lokka, los terrenos para pasto se habían reducido considerablemente, el ecosistema se había resentido, y las labores de cría resultaban ahora mucho más difíciles que antes.

Venían del refugio de la cañada de Vittumainen y dijeron haber visto a Kaartinen acampado allí.

Pasaron la noche en el refugio. Una vez que se hubieron ido, Vatanen trabajó aún un par de días más, hasta dejar la chimenea en un estado lo bastante bueno como para que aguantase veinte o treinta años. Cuando el cemento estuvo seco desmontó la tienda, barrió la nieve del tejado y clavó el cartón alquitranado sobre el viejo, gastado y agujereado. Hacía tanto frío que el cartón estaba rígido, y no resultaba fácil clavarlo sin que se quebrase. Tuvo que subir agua hirviendo y verterla sobre las tiras de cartón, sosteniéndose de pie en la cumbrera del tejado. El agua ablandaba el cartón y, si actuaba de prisa, podía colocarlo y clavarlo con comodidad.

Un trabajo espectacular. El agua humeaba en el frío y todos los alrededores quedaron bañados por el vaho que se elevaba hacia lo alto del claro cielo. La vista, desde lejos, hacía pensar en una central térmica o en una vieja locomotora de vapor. El propio Vatanen, en el tejado, parecía un maquinista que intentara poner en marcha, bajo el frío, algún enorme ingenio. Los martillazos sonaban como las explosiones de un motor. Pero la cabaña, claro está, no era ninguna máquina, ni iba a ponerse en marcha. Una de las veces, al

enderezarse para desperezarse y esperar a que el vapor se despejase un poco, Vatanen —sin proponérselo— miró a la otra vertiente del valle de Läähkimä. Unas huellas llegaban hasta el bosque a un costado de la vertiente. Algo andaba por ahí.

Bajó del tejado, sacó de la cabaña su rifle con mira telescópica, y volvió arriba. El vapor se había disipado y podía ver bien a través del objetivo. Levantó el arma a la altura de su mejilla y apuntó el arma hacia la otra vertiente, dejando de vez en cuando que sus ojos descansasen un poco. Finalmente, cuando comenzaron a llorarle, bajó el arma.

—No puede ser más que un oso.

Vatanen descendió y se metió en la cabaña. Llamó a la liebre y se puso a preparar la comida. Pensaba:

«De modo que ahora tenemos un nuevo vecino».

La liebre deambulaba en silencio por el refugio. Era su manera de comportarse cuando intuía que su dueño tenía asuntos más importantes en los que pensar.

A la mañana siguiente, bien temprano, Vatanen fue esquiando hasta el otro lado del valle para inspeccionar las huellas más de cerca. La liebre olfateó el rastro y comenzó a temblar de miedo. Sin duda alguna por allí había pasado un oso, un oso grande además. Vatanen siguió las huellas hasta una loma despejada: continuaban hasta un tupido bosquecillo. Vatanen lo rodeo esquiando, pero no encontró huellas de salida. De modo que el oso se encontraba allí y él acababa de rodearlo. Era evidente que había hecho su abrigo en la espesura y que dormía allí en aquel momento.

Vatanen entró en el bosque. A pesar de sus invitaciones en voz baja, la liebre no se atrevió a seguirlo: se quedó titubeando en el claro.

El oso había estado vagando por allí en busca del mejor lugar para resguardarse y no era fácil determinar qué dirección había tomado finalmente. Vatanen tuvo que adentrarse más, hasta que, bajo un árbol derribado por el viento, divisó al oso. Aún no había caído casi nada de nieve sobre él y un ligero vaho ascendía de debajo del tronco. Allí era donde dormía.

Sigilosamente cambió el rumbo de sus esquíes y salió de la espesura, deslizándose hacia el desmonte donde la liebre lo recibió

con grandes saltos.

Al regresar a la cabaña, Vatanen advirtió que tenía visita. Unos esquíes de fondo, de fabricación industrial, estaban apoyados contra la pared del refugio. En el interior encontró a un hombre joven y vigoroso, vestido con atuendo de esquiador, que lo saludó con un apretón de manos: una costumbre no muy común en Laponia. Era Kaartinen, el Kaartinen del que Vatanen tanto había oído hablar.

Kaartinen se quedó encantado con la liebre. Se empeñaba en acariciarla y en darle palmaditas. Vatanen tuvo que pedirle que lo dejase, porque a la liebre no le gustaba. Curiosamente parecía rehuir a aquel hombre; aunque generalmente, en presencia de Vatanen, no desconfiaba nunca de los extraños.

Kaartinen contó que había trazado una pista de entrenamiento desde el refugio de la cañada de Vittumainen, a diez kilómetros, hasta el lugar donde se encontraban. Sacó del bolsillo de su anorak dos rollos de cinta de plástico, uno rojo y otro amarillo, y explicó que con ellos pensaba marcar la pista para los turistas.

Antes de Navidad vendría un primer grupo de visitantes, idea del Ministerio de Asuntos Exteriores: gente de alcurnia, varias decenas, y también periodistas. Pasarían allí las vacaciones en un ambiente salvaje.

Kaartinen le propuso a Vatanen comprarle la liebre. Empezó ofreciendo cincuenta marcos, luego dobló la cantidad y, finalmente, llegó hasta los doscientos. A Vatanen, que de ninguna manera pensaba vender su liebre, le faltó poco para enfadarse con el monitor de esquí.

Kaartinen se quedó a pasar la noche. Vatanen no podía sacarse de la cabeza la aparición del oso; así que tardó bastante en dormirse. Pero cuando lo consiguió, ya tarde, lo hizo profundamente.

Por la mañana, Vatanen se despertó solo en la cabaña. La liebre y Kaartinen habían desaparecido. Los esquíes no estaban en su lugar y tampoco encontró huellas de la liebre sobre la nieve.

¿Cómo podía estar ocurriéndole algo semejante? ¿Por qué? En un arrebato de cólera saltó sobre sus esquíes y se plantó sobre la pista de Kaartinen; pero en seguida dio la vuelta, descolgó el rifle de la pared y salió de nuevo. Las habladurías de los pastores sobre

el sacrificador de animales le habían venido de súbito a la mente. Esquiaba febrilmente en dirección al refugio de Vittumainen.

Llegó con la espalda empapada por el esfuerzo, jadeaba con fuerza y el sudor le escocía en los ojos. Un odio negro le quemaba en la boca del estómago. A la orilla de la cañada de Vittumainen se alzaba una espléndida cabaña totalmente construida de troncos y capaz de albergar a cien hombres.

Vatanen se sacudió los esquíes y de un tirón abrió la puerta. Kaartinen tomaba café en la mesa junto a la ventana.

—¿Y la liebre?

Kaartinen se pegó a la pared, mirando con miedo a aquel hombre que sostenía un rifle en las manos. Asustado, aseguró en un susurro no saber nada de la liebre. Salió tan temprano que no tuvo valor para despertar a Vatanen, que dormía profundamente, eso era todo.

—¡Mientes! Devuélveme ahora mismo mi liebre.

Kaartinen retrocedió hasta un rincón.

—¿Y para qué la querría yo? —se defendió.

—¡La liebre! ¡Ahora! —gritó Vatanen.

Kaartinen no respondió y Vatanen perdió definitivamente los estribos. Arrojó el arma sobre la mesa, se lanzó hacia el hombre y, agarrándolo de las solapas, lo levantó contra la pared.

—No te la daré aunque me mates —consiguió articular Kaartinen con un hilo de voz. Vatanen, cegado por la cólera, dejó caer al hombre, lo empujó hasta el centro de la habitación y le propinó un sonoro puñetazo en la mandíbula. El infeliz cayó cuan largo era en el suelo de la cabaña. En la habitación se hizo el silencio, roto tan sólo por la agitada respiración de Vatanen.

Luego empezó a distinguirse también otro sonido. Un rasguñar apagado y una serie de golpes sordos llegaban a través del ventanuco de la cocina. Vatanen rodeó el edificio y entró por la puerta de la cocina. Abrió violentamente la puerta de uno de los armarios y una liebre, su liebre, rodó hasta el suelo con las patas atadas.

Vatanen cortó las cuerdas y volvió a la sala con la liebre en brazos. Kaartinen se recuperaba de la paliza.

—¿Qué significa esto? —le espetó Vatanen en tono amenazador.

La respuesta de Kaartinen resultó larga y bastante insólita.

Contó que había crecido en una familia muy religiosa. Sus devotos padres deseaban que tomara los hábitos y, en cuanto aprobó el bachillerato, lo enviaron a la Facultad de Teología de la Universidad de Helsinki. Pero esos estudios no satisfacían las necesidades de un joven tan sensible como él, que no creía en la doctrina luterana como era debido, sino lleno de dudas, y al que la ciencia teológica parecía demasiado lejana y abstracta. Lo aterraba la idea de llegar un día a verse, inseguro y vacilante, difundiendo la palabra de Dios entre sus parroquianos, por lo que —ignorando los píos deseos de sus progenitores— abandonó la universidad y se matriculó en la Escuela de Magisterio de Kemijärvi. También allí hubo de vérselas con la religión luterana; pero al menos la presencia de Cristo no resultaba tan agobiante como lo había sido en Helsinki. Kaartinen sacó su título de maestro.

Ya durante los estudios, aquel joven cuyo espíritu sensible se debatía entre distintas formas de ver el mundo, comenzó a buscarse a sí mismo a través de las lecturas literarias que caían en sus manos. Se entusiasmó con el tolstoismo y, cuando con el tiempo fue perdiendo interés, comenzó a estudiar religiones orientales, especialmente el budismo, que lo impresionaba vivamente. Llegó incluso a planear un viaje al Asia, a la zona donde dicha doctrina es mayoritaria; pero como sus padres no aprobaban semejantes ideas le negaron el dinero necesario. Así las cosas, sus sentimientos religiosos se enfriaron considerablemente.

En su primer, y único, trabajo como maestro, Kaartinen comenzó a interesarse por el anarquismo. Pidió a la biblioteca de la Escuela de Liminka obras francesas sobre el tema y las leyó con la ayuda de un diccionario. Inmediatamente intentó poner en práctica algunas de sus conclusiones, lo que motivó que, en el segundo semestre, la junta directiva lo liberase de sus funciones como director de estudios. En verano, el ex maestro abandonó la doctrina anarquista y se sumió en la esencia de la finlandiedad: leyó decenas de obras inspiradas por el loable afán de ensalzar todo lo finlandés. Aquel verano, de intenso ejercicio intelectual, terminó con el estudio, en otoño, de la prehistoria de los pueblos finlandeses. Cuanto más profundizaba en el conocimiento de sus antepasados, tanto más

convencido estaba de haber encontrado al fin lo que durante años había estado buscando. Encontró la fe de sus mayores, la religión definitiva, la más apropiada a un finlandés de pura cepa.

Emocionado, Kaartinen mostró a Vatanen la fe que venía practicando desde hacía varios años: habló con verdadero entusiasmo del espíritu de los bosques, del dios de la tormenta, de los duendes, de los monumentos sagrados, de los sabios de los bosques salvajes, de los encantamientos, de las ofrendas… Ilustraba a su ínterlocutor sobre las costumbres ancestrales, los rituales, y confesaba que él mismo había adoptado las ceremonias de ofrenda de sus antepasados milenarios. Después de hacerse monitor de esquí en el norte del país, había enriquecido sus conocimientos con las costumbres laponas. Añadió que practicaba estas costumbres cuando estaba solo en el bosque, ya que en los pueblos no le era posible hacerlo.

Contó cómo, con la sierra de motor, había esculpido, junto a un pequeño lago en el nacimiento de la cañada, un monumento sagrado al que rendía culto fuera de la temporada turística. En medio de aquel santo lugar había apilado piedras formando una especie de ara en la que sacrificaba animales vivos: ora un arrendajo capturado con red, ora una perdiz nival atrapada con trampa; a veces incluso algún perrito comprado en Ivalo. Esta vez quería sacrificar a un verdadero animal libre, del bosque, como la liebre de Vatanen. Pero como él se había negado a vendérsela, no había tenido más remedio que robarla para reconciliarse con sus dioses. Kaartinen explicó que en aquel momento vivía sintiéndose completamente feliz, los viejos dioses estaban contentos con él, y no había otros. Ésa era la misma paz espiritual que ahora le ofrecía a Vatanen proponiéndole que sacrificasen juntos a la liebre.

Tras oír la exposición de esta larga peripecia religiosa, Vatanen le dijo que olvidaría lo pasado, pero al mismo tiempo le hizo jurar que en el futuro se mantendría alejado de la liebre, en especial en el sentido religioso.

Cuando Vatanen, la misma noche, iba tranquilamente esquiando Con su liebre hacia el refugio del valle de Läähkimä ya no pensaba en el extraño mundo de Kaartinen. Media luna brillaba en el cielo y las estrellas parecían apagadas en la fría noche.

Su mundo existía también, y era éste, y en este podía vivir a su manera. La liebre brincaba silenciosa ante él, como guiando al esquiador. Vatanen le cantaba.

15

EL OSO

Vatanen taló unos cuantos pinos altos y robustos que crecían frente a la cabaña, los desbastó y serró a la medida; luego levantó la casa del zócalo con una larga palanca y fue sustituyendo las vigas viejas y ya podridas por las nuevas. Le parecía estar haciendo un trabajo de primera.

Para la liebre taló unos álamos temblones, de los que crecían junto al arroyo, y los arrastró hasta la explanada frente al refugio. El animalito, que no necesitaba más, se pasaba el día alrededor de los arbustos. Era como si él también colaborase en la obra: descortezaba los álamos hasta dejarlos completamente blancos.

Vatanen cambió el cristal de una de las ventanas que, en algún momento, se había roto. Dentro levantó y cambió los suelos. Luego rellenó la cámara bajo el entarimado con mogotes de hormiguero, un excelente aislante contra el frío. El refugio tenía ahora mucho mejor aspecto.

Todavía no había transcurrido un mes desde la visita de Kaartinen cuando Vatanen recibió nuevos visitantes.

Diez soldados llegaron esquiando hasta la explanada del refugio. Se presentaron como miembros del batallón de infantería ligera de Sodankylä. Mientras preparaba el té, el teniente que mandaba el grupo informó a Vatanen de que iban a realizarse en esos bosques unas maniobras de tres días de la infantería ligera. Y muy pronto.

—También a nosotros nos ha cogido de sorpresa. Desde el Ministerio de Asuntos Exteriores pidieron programa para la visita a Laponia de los agregados militares extranjeros, y el Estado Mayor nos ordenó realizar unas maniobras.

—Malditos extranjeros. Arrastrar hasta estos bosques a

quinientos hombres a gritar hip, hip, hurra, para nada.

El teniente preguntó a Vatanen si sería posible que la comandancia se instalase en el refugio durante las maniobras. Por lo que sabía, los del Ministerio de Asuntos Exteriores iban a alojarse en la cañada de Vittumainen.

—De modo que ¿podemos?

—Vale. Por mí podéis ensayar aquí —concedió Vatanen.

Dos días antes del inicio oficial de las maniobras un rosario de gente comenzó a llegar al refugio: suboficiales y soldados llegaron en motos de nieve trayendo aparatos de radio, mapas, víveres, tiendas de campaña, enseñas de las distintas unidades… Vatanen quiso comprarles cera para esquíes y carne de cerdo, pero el oficial de abastecimiento lo animó:

—Si te sirve, coge lo que quieras.

Al día siguiente llegaron más tropas. Los reclutas, que habían viajado esquiando en largas filas grises, estaban exhaustos. Los todoterreno no dejaban de rugir y las tiendas se iban alzando alrededor del refugio y descendiendo por la ladera. Incluso una había sido montada en el mismo fondo del valle.

Vatanen temía que el ruido acabase por despertar al oso. Primero pensó no decir nada sobre su existencia, pero ahora se veía obligado a explicarle al comandante que dirigía las maniobras que si las tropas no salían pronto hacia la cañada de Vittumainen el oso podría despertarse y él no respondía de las consecuencias.

—¡Mierda! ¿Y qué coño le hace suponer que tengo tiempo de ocuparme de ningún oso? Lea usted aquel estudio de Pulliainen y aprenda que no hay nada que temer de los osos.

Esa noche la temperatura descendió por debajo de los veinte bajo cero. Vatanen dormitaba inquieto y sentía la respiración entrecortada de la liebre junto a su oído. La pobrecita parecía tensa.

Lo que Vatanen había estado temiendo acabó por ocurrir, y de un modo sangriento además. A eso de las cinco de la mañana un grupo de soldados irrumpió en el refugio cargando en una manta a uno de sus compañeros. Se ordenó encender las luces y salir fuera a los que sobraban, y sólo entonces se supo lo que había ocurrido.

El recluta estaba de arriba abajo cubierto de sangre congelada, el brazo derecho le colgaba casi arrancado. Estaba inconsciente,

seguramente a causa de la pérdida de sangre. El subteniente de sanidad, que había sido requerido inmediatamente, lo vendó y le inyectó la antitetánica. Afuera pusieron en marcha un todoterreno; el radiotelegrafista había pedido un helicóptero, pero el que había estaba destinado al servicio del Ministerio de Exteriores y no se le concedió permiso de vuelo. Los camilleros se limpiaban las manos ensangrentadas en las perneras de los pantalones.

El malherido recluta fue envuelto en mantas y subido al vehículo que, dando botes, se encaminó a través del oscuro bosque rumbo a la carretera más cercana. Se escucharon algunos disparos. Vatanen salió y gritó hacia el valle, en dirección a las detonaciones:

—¡No disparéis en la oscuridad: podéis herirlo!

Cuando el día aclaró lo suficiente como para poder moverse en el exterior, Vatanen esquió hasta el fondo del valle. Los reclutas le explicaron cómo había sucedido todo: el encargado de mantener el fuego había salido de madrugada a observar las huellas del oso a la luz de una linterna y, aunque el soldado que vigilaba fuera se lo había prohibido expresamente, se acercó hasta el bosquecillo. Al cabo de un rato, el soldado vio cómo la linterna se apagaba, luego escuchó ruidos y alaridos, y después nada. Cuando los hombres acudieron en auxilio de su compañero, un enorme oso negro con una mancha blanca alrededor del cuello salió del bosque al encuentro de su reflector. Les tiró nieve con las patas traseras y luego desapareció en la oscuridad.

En el refugio, los oficiales comentaban lo ocurrido y meditaban sobre la situación. Con fatalismo, acordaron que ni en la guerra ni en las maniobras se echa de menos a un hombre. El comandante decidió que las maniobras darían comienzo tal y como estaba previsto. Se desmontaron las tiendas alrededor del refugio y los reclutas salieron esquiando en silenciosas filas hacia la cañada de Vittumainen, donde al día siguiente tenían que hacer un simulacro de batalla para los agregados militares extranjeros.

Llamaron por radioteléfono desde la cañada: a oídos del representante del Ministerio de Exteriores había llegado la noticia de que en el valle de Läähkimä se había localizado un oso. El funcionario aseguraba que tanto los agregados militares como sus señoras tenían un gran interés por ese oso.

—Nos gustaría poder verlo, hacer fotos, filmarlo, y luego matarlo. ¿Puede usted ocuparse?

El comandante, al otro lado del hilo, intentó desbaratar el proyecto. Aseguró que el animal era sumamente peligroso, que esa misma madrugada había atacado y casi matado a uno de sus hombres.

El funcionario hizo oídos sordos a la advertencia. Desde luego, los agregados tenían experiencia en el uso de las armas, y sus armas eran de buena calidad, por cierto. Todos eran oficiales con el grado de coronel. El comandante se preocupaba sin ninguna necesidad.

—Pero la caza del oso está vedada en invierno en Finlandia —intentó el comandante.

—Ya se ha tenido en cuenta. Hemos contactado con el Ministerio de Agricultura que, al saber que el oso había hecho uso de la violencia contra uno de sus reclutas, no ha dudado en otorgarnos el oportuno permiso.

El comandante no tuvo más remedio que ceder y envió un todoterreno a recoger a los agregados militares, y a sus esposas, para que participasen en la caza del oso. Al atardecer el vehículo volvió trayendo de la cañada de Vittumainen un pintoresco grupo formado por los agregados militares de Suecia, Francia, Estados Unidos y Brasil, y por las señoras esposas de los agregados militares de Estados Unidos y de Suecia.

—¡Qué suerte poder cazar uno de estos osos polares negros! —se felicitaba la esposa del agregado militar de los Estados Unidos.

Tan excitados estaban esperando la batida de la mañana, que apenas tuvieron paciencia para dormir aquella noche en el refugio de Läähkimä.

La habitación del puesto de mando, con todo el equipo de radio, debía ser puesta a disposición de las damas. El comandante la abandonó con resentimiento y se dispuso a dirigir las maniobras desde una de las tiendas de campaña.

En las lecheras calentaron agua para las mujeres. Los reclutas iban haciendo hervir el agua en las hogueras sin comprender el motivo de semejante tarea. Dos grandes pucheros de sopa de guisantes debieron fregarse a fondo y, tras ser forrados amorosamente con toallas, se entregaron a las damas como

rudimentarios bidés.

—¡Un espejo y un orinal! ¡Diablos! Se nos ha olvidado —se acordó el oficial de radio.

El problema se resolvió llevando una lechera vacía a la habitación. Y el funcionario del Ministerio de Exteriores quedó encargado de explicar su utilidad a las señoras. Ellas miraron el recipiente y exclamaron entusiasmadas:

—Hay que ver qué bien equipado está el ejército finlandés.

Esto sí que son retretes prácticos para el campo. ¿Cómo es posible que los ejércitos de nuestros países no tengan previsto nada parecido?

Una vez destornillados de los todoterreno, fueron entregados a las señoras sendos espejos retrovisores. El funcionario del Ministerio de Exteriores respiró tranquilo:

—Austero, pero todo correcto.

Por la mañana, un par de reclutas recibieron la orden de vaciar la lechera nocturna. Con gesto serio la sacaron al exterior y una vez allí corrieron lejos y volcaron su contenido sobre la nieve entre arcadas y risas.

—¡Se callen, coño! Y laven eso —gritó el comandante a los reclutas desde la escalera—. Laven eso tan bien que la luz del sol pueda atravesarlo.

No fue difícil encontrar las huellas del oso. Se pusieron todos en una fila y Vatanen los precedía esquiando y siguiendo el rastro; tras él iba la liebre, luego un grupo de oficiales y detrás los demás.

Vatanen estaba casi convencido de que la cacería sería un fracaso, lo que en el fondo le gustaba.

Al cabo de una hora la fila se había fragmentado en pequeños grupos. Solamente los agregados militares, a excepción del de Brasil, permanecían con Vatanen a la cabeza. Las damas y el resto del grupo se habían retrasado tal vez para prepararse un café.

Llevaban ya otra hora esquiando lentamente, cuando la sorpresa les salió al encuentro.

Llegaron al lugar donde el oso tenía su abrigo. Allí seguía: había cavado una especie de nido y parecía dormir bajo la nieve. En un susurro, Vatanen se lo advirtió a los hombres más cercanos y el mensaje se fue propagando hacía atrás. A sus pies, la liebre se

movía asustada, barruntando el peligro.

Los más próximos se situaron en posición de abrir fuego y el grupo se dispuso a esperar a las mujeres y al resto de la expedición. Al cabo de una media hora las mujeres, sudorosas y esquiando a trompicones, llegaron al lugar. La estadounidense se acuclilló en la cuneta, sobre sus esquíes, y encendió un cigarrillo. Estaba exhausta y tenía el rímel corrido: una mujer de aspecto francamente penoso. Aunque también fatigada, su colega sueca parecía haber aguantado mejor.

Vatanen entregó la liebre a la sueca y le pidió que, por favor, se hiciese cargo de ella durante un rato; luego esquió hasta las proximidades del nido. Sintió un golpe de calor en la boca del estómago. Allí mismo estaba tendido el oso, quizá no de muy buen humor. Vatanen nunca había hecho algo así, jamás cazó por puro placer: sentía una mezcla de miedo y de vergüenza.

Gritó lo más fuerte que pudo y la cámara comenzó a filmar.

El oso se despertó aturdido, pero inmediatamente se percató de la situación. Se sacudió y se abalanzó sobre Vatanen. Vatanen le golpeó la cabeza con la culata del rifle y la madera se partió en dos. El oso se dirigió entonces hacia las mujeres. Sonaron dos disparos, pero el animal no se detuvo.

Se paró en seco delante de la sueca y se puso de pie, mirándola. La mujer apretujó a la liebre entre sus brazos. El oso olfateó al animal y levantó a la mujer. Los tres seres se fundieron en un abrazo. La liebre y la mujer gritaron aterrorizadas y el oso se asustó arrojando su presa lejos de sí unos cinco o seis metros. La liebre voló aún más allá. El oso huyó despavorido.

Le dispararon algunas veces y quizá llegaron a rozarlo, pues el oso rugió, se detuvo y amenazó a sus perseguidores, pero en seguida reemprendió su fuga y desapareció de la vista.

Un par de reclutas prosiguieron la persecución, aunque el esfuerzo parecía inútil. Los demás se apiñaron alrededor de la sueca, que lloraba histérica sobre la nieve. Cualquiera lloraría después de una experiencia como ésa.

Pidieron por radio un todoterreno y al cabo de un par de horas estaban en el refugio del valle de Läähkimä. Un pesado helicóptero de las fuerzas armadas los esperaba en la explanada. Ayudaron a

subir a las señoras. La sueca había permanecido abrazada a la liebre todo ese tiempo, y había llorado tanto que la piel del animal estaba totalmente empapada. Ahora subían juntas al helicóptero.

Vatanen protestó.

—Compórtese como un adulto, hombre, y deje que la señora se la lleve. ¿No ve usted que está acongojada? —dijo el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores—. El Ministerio le abonará el precio del animalito, y, además, aquí, en el bosque puede usted domesticar todas las liebres que quiera, mil si quiere.

Vatanen no consintió. Desde el helicóptero la señora mandó decirle que ni por asomo pensaba abandonar a aquella liebre con la que había compartido los peores momentos de su vida. El funcionario del M. AA. EE. Negociaba nervioso bajo las aspas del helicóptero, buscaba la forma de reconciliarlos, pero sus habilidades diplomáticas no convencieron a Vatanen y las negociaciones llegaron a un punto muerto.

La señora afirmaba que de ningún modo dejaría a la pobrecita liebre en esa tierra salvaje, a merced de las fieras, o de los bárbaros hombres finlandeses que sin duda la torturarían.

Vatanen respondía que si bien la señora no se sentía ahora capaz de separarse de una liebre que, por cierto, no le pertenecía, a lo mejor más adelante sí se podía resolver el problema.

—¡Muy bien!, véngase con nosotros —zanjó harto del asunto el funcionario del M. AA. EE.—. Pero tengo que decirle que es usted un hombre mezquino donde los haya.

El resto del grupo subió también al helicóptero, los motores se encendieron y la pesada máquina militar se elevó rumbo al refugio de la cañada de Vittumainen. Allí estaban en plena campaña de invierno, pero los agregados militares de los países extranjeros no prestaron la más mínima atención a las maniobras. Pasaron directamente del helicóptero al interior del refugio. Afuera quedaba el ejército de Finlandia vitoreando en vano.

16

LA CENA

En la espaciosa sala del refugio de Vittumainen reservada a la tropa se había dispuesto, sobre una larga mesa de tablones vestida con un mantel blanco, una espléndida cena: manjares traídos desde el mismo Helsinki cubrían la mesa alrededor de la cual se habían distribuido sillas para más de veinte comensales. Entre fuentes y fruteros asomaban las banderitas de los países de cada uno de los agregados militares. Presidían, en uno de los lados, el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, y en el otro, un general del Estado Mayor finlandés.

Las mujeres cazadoras de osos fueron a cambiarse de ropa e hicieron su entrada por el lado más estrecho de la sala. La cena empezó con canapés de pescado. Vatanen advirtió un par de sillas desocupadas en el lado del general y, hambriento, se sentó en una de ellas.

El funcionario de Exteriores le echó una mirada reprobatoria, pero no dijo nada. El hombre sentado junto a él, teniente general del Estado Mayor, lo saludó militarmente.

Ofrecieron vino blanco y rosado. Vatanen escogió este último. Tras los entremeses vino la sopa: una especie de cemento hecho con gambas en conserva, aunque, eso sí, sabroso.

Conversaban sobre lo sucedido aquel día. En particular las señoras sueca y americana no dejaron de responder a cuestiones relacionadas con la caza del oso. Contaron sus experiencias, especialmente la sueca cuyo valor en la adversidad provocó el suspiro horrorizado de cuantos la escuchaban, y cuya extraordinaria suerte mereció la admiración general. La señora les habló también sobre la liebre, a la que ya casi nadie recordaba y que fue

inmediatamente buscada y traída a sus brazos. La señora colocó al animalito sobre el mantel y comenzó a acariciarlo.

—Jamás en mi vida podré separarme de esta valiente y maravillosa criatura. De no ser por este inocente ser estoy segura de que el oso me habría matado.

El general del Estado Mayor preguntó a Vatanen si de verdad la liebre era suya, y éste le respondió que así era, y que no tenía ninguna gana de entregársela a la dama como animal de compañía.

—Me temo que a estas alturas sea bastante difícil recuperarla —le dijo el general en voz baja.

La señora le daba a la liebre hojas de lechuga y el animal las comía asustado, moviendo la boca como un molinillo. Las exclamaciones de admiración —¡la liebre estaba comiendo como un invitado más!— fueron aumentando hasta que las voces de los comensales se confundieron en un murmullo uniforme.

La liebre se sobresaltó por el barullo y comenzó a dejar caer sobre el mantel sus pequeños excrementos redondos, alguno incluso fue a parar a la sopa de la sueca. Luego se puso a brincar. La señora intentó sujetarla, pero se le escapó entre las manos y continuó saltando a lo largo de la mesa, tirando una de las velas y sembrando sus pequeñas deposiciones entre las vituallas.

Alrededor de la mesa los comensales, turbados, se habían puesto de pie. Sólo Vatanen y el general permanecían sentados. El general, viendo que la liebre avanzaba hacia él, levantó su plato con las manos y se lo puso en las rodillas. Vatanen cogió rápidamente a la liebre por las orejas y la dejó en el suelo. Una vez allí la pobre criatura corrió a esconderse en un rincón. Los invitados volvieron a sentarse y durante un rato todo permaneció en silencio.

La sueca estaba nerviosa. Tenía una hoja de lechuga en la mano izquierda y jugueteaba con ella como si se tratase de una servilleta. Tomó algunas cucharadas de sopa, hasta que descubrió los excrementos de liebre flotando en el plato. Entonces se puso aún más nerviosa. Miró fijamente su comida y, con la cuchara, comenzó a empujar cuidadosamente hasta el borde del plato los excrementos de liebre como el que aparta los guisantes negros de un guiso de guisantes. Una vez que los hubo apartado todos sonrió nerviosa y, aunque sin ganas, consiguió tomar un par de cucharadas más. Pero

de repente dejó caer la cuchara sobre el mantel, se limpió la boca con la hoja de lechuga y exclamó desconcertada:

—Ay, qué tonta soy… ¿Podrían servirme una nueva sopa?

Cambiaron el plato de la señora, recogieron cuidadosamente los excrementos de la mesa y pusieron un mantel nuevo. Durante la espera tomaron unos vermús.

Cuando prosiguieron con la cena la conversación ya no versaba sobre la caza. La sueca no probó su sopa; de vez en cuando decía algo trivial a su vecino de mesa y volvía a fijar la mirada en su comida. Así llegaron al plato fuerte: ¡liebre!, qué casualidad. Su calidad era excelente, a pesar de lo cual muy pocos quisieron repetir, pues a la mayoría les pareció ya algo incómoda la situación. En seguida pasaron al postre: moras árticas con nata montada. Luego se levantaron de la mesa, se cambió el mantel y se sirvió café, coñac y otros licores. Sólo entonces el ambiente comenzó a relajarse un poco.

A través de la ventana se veía esquiar a los soldados de aquí para allá. Vehículos todoterreno cruzaban ruidosamente el paisaje entre dos luces. Los invitados miraban aburridos a través del cristal, como si mirasen un televisor que alguien se dejó encendido, y en el que se ve un programa sin importancia. Pronto cayó la noche y el televisor se fue oscureciendo, como si se hubiese estropeado y sólo funcionase el sonido: los gritos de guerra de los soldados en el bosque, los chasquidos de los cartuchos de fogueo y los ruidos de los vehículos militares llegaban desde la noche hasta el interior del refugio de Vittumainen, donde los distinguidos invitados conversaban insustancialmente sobre esto y lo otro.

17

EL INCENDIO

Por la noche, cuando Vatanen, con su liebre y su mochila, se disponía a dormir en el suelo del refugio de Vittumainen, en el lugar reservado a la tropa, se le acercó el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y le dijo:

—A mi modo de ver usted, señor… Vatanen…, ¿así es como se llama, verdad?…, está fuera de lugar aquí. De modo que haría mejor cogiendo su maldita liebre y marchándose de una vez. Creo que sería lo mejor para todos. He consultado al agregado militar sueco y el piensa lo mismo. Dice que a su señora esposa la liebre ya no le hace tanta ilusión como antes.

Vatanen comenzó a recoger sus cosas.

—Me sorprendió un poco que tuviese usted la cara dura de sentarse en la mesa oficial. Me pregunto si no lo haría a propósito. Y llévese ese bicho de aquí; ha causado más molestias de las que se imagina.

—Pero la señora aseguró que no podría vivir sin ella, ¿o no? —musitó Vatanen.

—Mierda de bicho, ¿no va a dejar nunca de fastidiar? Y usted no me diga lo que la señora quiere o deja de querer. Márchese de una vez; le doy cien marcos, O mejor doscientos, yo ya no aguanto más este jueguecito.

Vatanen aceptó los dos billetes y preguntó:

—¿Quiere un recibo?

—Márchese ya, por Dios.

Vatanen terminó de recoger y metió la liebre en su mochila de modo que al animal sólo se le veía la cabeza. No sin antes haber tendido cortésmente la mano al funcionario, que se limitó a

maldecir en voz baja, salió por la puerta y buscó el inicio del sendero. Caminó unos doscientos metros hasta las tiendas de los reclutas y se metió en una de ellas. Los soldados, visiblemente fatigados, estaban preparando té. Sin hacerle preguntas, le ofrecieron una taza. El encargado del fuego echaba de vez en cuando un leño de abedul húmedo en una estufa bastante sucia de hollín. Un hombre se quejaba en sueños.

De madrugada sonó la alarma, pero nadie se movió. Alguien sacó una baraja. Vatanen se espabiló y dijo que haría un bote si había jugadores.

Puso sus doscientos marcos sobre la manta y explicó la procedencia del dinero. En seguida comenzaron una partida de póker descubierto y al cabo de una hora el dinero se había distribuido entre los jugadores. Alguien que venía de fuera contó que la noche pasada la esposa de uno de los diplomáticos había cenado sopa de caca de liebre.

Llegó la orden de levantar las tiendas antes de las seis.

Nadie se movió. Afuera, en la oscuridad, parecía estar desarrollándose un simulacro de ataque nocturno. Los hombres participaron desde dentro gritando hip, hip, hurra, a pleno pulmón. La guerra continuaba. Podía distinguirse el rugido de los vehículos y, desde algún lugar impreciso, desganadas ráfagas de fogueo.

Sobre las nueve, Vatanen salió de la tienda; aún estaba oscuro. La guerra había cobrado nuevos bríos de manera que ya no podían permanecer allí más tiempo. Sin embargo, siguieron sin levantarla.

No hacerlo resultó ser lo mejor. El refugio de Vittumainen ardía por los cuatro costados. Seguramente llevaba ardiendo un par de horas. Cuando los que dormían allí se despertaron, la fuerza del fuego era ya tal que las ventanas comenzaban a saltar violentamente cayendo sobre la nieve. En paños menores, los militares y sus esposas se apelotonaban en la salida del enorme refugio. El griterío era ensordecedor y el cielo se cubrió de bengalas. El nuevo espectáculo eclipsó totalmente a la guerra de los reclutas.

Vatanen colgó su mochila con liebre y todo de la rama de un árbol y corrió hacia el refugio. La explanada estaba cubierta de personas que, envueltas en mantas, lloriqueaban en varios idiomas.

El refugio estaba en llamas. El tejado de la zona de la cocina, donde parecía haber comenzado el incendio, se había desplomado. En medio del tumulto, el general del Estado Mayor daba órdenes en voz alta. En calcetines, saltaba alternativamente sobre sus pies mojados por la nieve que comenzaba a derretirse. Llevaba puestos los pantalones del uniforme, pero no la chaqueta. No obstante, todo el mundo sabía que era un general.

Del lado más estrecho del refugio continuaba saliendo gente, incluso algunas mujeres. La angustia y la confusión eran muy grandes; aunque Vatanen pudo reconocer a más de uno, y en especial a una: la dama sueca, que fue conducida a través de la humareda hasta la explanada, sobre la nieve fría. Estaba desnuda y lloraba desconsoladamente. El fuego refulgía esplendoroso, resaltando su silueta. Estaba muy hermosa sobre la nieve: caminaba apoyándose en dos soldados. En seguida trajeron una manta para cubrirla. Todo ardía. Los soldados echaban paletadas de nieve a través de los huecos de las ventanas. Uno de ellos blasfemó, y dijo que no podía acercarse tanto sin que el casco se fundiese sobre su cabeza.

El helicóptero, posado en la explanada, corría peligro de ser igualmente devorado por las llamas. El general ordenó que lo apartasen de allí y preguntó por los pilotos. Un hombre desnudo corrió hacia el aparato. Se quemaba las manos con el fuselaje, pero por fin logró entrar; bajó la ventanilla y gritó:

—Esto está demasiado frío, no se puede salir aún.

Se veía el cuerpo desnudo del piloto sobresaliendo por la ventanilla. Las chispas de la inmensa pira se estrellaban contra el fuselaje candente del aparato, volando como piñas en un huracán. La ventanilla se cerró al grito del general:

—Inmediatamente. ¡Arriba!

El funcionario del Ministerio de Exteriores, también medio desnudo, recorría la explanada preguntando a los reclutas si podrían prestarle abrigos y calzado. Pronto tuvo los brazos llenos de prendas que puso, en un montón sobre la nieve, a disposición de las desnudas damas envueltas en mantas. Algunas consiguieron calzarse un par de botas, otras, tan sólo calcetines, pero todas fueron cubiertas de tal cantidad de chaquetones y abrigos que comenzaron

a parecer abejas reinas. Sus cuellos blancos fueron protegidos con pasamontañas de camuflaje.

La sexta compañía del batallón de Infantería Ligera irrumpió de improviso. Se detuvo al borde de la nieve semiderretida. Un oficial dio algunas órdenes, pero los hombres, fatigados, se dispersaron en un semicírculo alrededor del refugio en llamas. Sus blancos uniformes de nieve, sucios, rutilaban rojos en el fulgor del incendio. Irreales, sus rostros negros, quemados por el frío, no parecían humanos. Se diría que la zona había sido cerrada con una cadena de jóvenes momias silenciosas. Alguien pidió cerillas y un encendedor pasó de mano en mano entre los Soldados, que descansaban apoyados en sus bastones de esquí.

El pesado helicóptero militar inició su marcha. El motor restalló hiriendo el aire, luego se oyó un fuerte zumbido y las grandes aspas de más de quince metros de longitud batieron la atmósfera carbonizada. El general, procurando agacharse, corrió hacia la cabina del piloto haciéndole gestos con las manos de que había que evacuar a la gente. El funcionario de Asuntos Exteriores comprendió lo que estaba pasando y se dispuso a conducir a las mujeres hasta el aparato. Vatanen había ido a recoger su mochila y hablaba con su liebre procurando tranquilizarla. El animal estaba fuera de sí: había tenido que permanecer un buen rato colgando de un árbol dentro de una mochila, y en medio de todo aquel barullo.

Vatanen se echó la mochila a la espalda y regresó al lugar del incendio. La liebre chillaba en el interior, aunque sin intentar escaparse. De todos modos, los cordones de la mochila, bien cerrados, no se lo hubiesen permitido.

El funcionario del Ministerio de Exteriores llegó con las mujeres bajo las aspas del helicóptero, la puerta se abrió y las damas, embutidas en las gruesas prendas militares de los reclutas, fueron ayudadas a subir con un empujón en el trasero. Junto a la puerta, el piloto y su copiloto, completamente desnudos, se ocupaban de recibirlas y acomodarlas en el interior. El general encendió un cigarrillo. Vatanen decidió ir a echar una mano; subió de un salto al aparato y comenzó a tirar de los que iban entrando hasta que el capitán del helicóptero dijo:

—Tenemos que irnos ahora. Ni uno más. Cierre la puerta,

teniente.

¡Teniente!

Vatanen intentó bajar del helicóptero, pero el radiotelegrafista, también completamente desnudo, lo sujetó fuertemente del brazo, cerró la puerta y echó el seguro. Luego se puso los auriculares:

—OH 226, OH 226… Informando del despegue. Destino: Cuartel de Sodankylä, hospital. Cambio.

Las ventanillas del helicóptero estaban empañadas; pero al secar la ventana más próxima con la mano, Vatanen pudo ver cómo las aspas comenzaban a girar a una velocidad cada vez mayor. El refugio en llamas recibió el soplo en su fragua y el fuego se elevó decenas de metros. El vendaval producido por el helicóptero encendía los troncos carbonizados que caían ardiendo como bengalas en la pálida luz de la mañana. El aparato cogió altura.

El general, desde tierra, hacía al piloto las mismas señales con las que se recibe en los aeropuertos a los vuelos regulares: abriendo y cerrando los brazos. La gente fue apartándose y el ruido de los motores ensordeció a los pasajeros. El general, vestido con tirantes, se fue empequeñeciendo, al igual que el refugio incendiado, mientras el helicóptero siguió subiendo hasta que el sol se hizo de nuevo visible.

Qué espectáculo.

Vatanen se quitó la mochila y se la cambió desde la espalda al pecho. Levantó el hocico de la liebre y le mostró el fabuloso paisaje que se veía por la ventana.

—Mira chica, mira.

La liebre miró, resopló y se apretó contra el pecho de su amo: sus cuartos traseros se encogieron dentro de la mochila. Se acurrucó en posición fetal y se quedó dormida.

De pronto se encendieron unas brillantes luces en el interior del helicóptero, la puerta de la cabina se abrió y un hombre completamente desnudo entró en la sala de pasajeros y dijo:

—Estamos volando rumbo a Sodankylä. Duración del vuelo: doce minutos; les ruego tranquilidad, y… por cierto…, ¿alguien podría dejarme algo de ropa?

Le dieron ropa de todo tipo. Los pasajeros, unos veinte, que habían sido recogidos al azar, comenzaron a observarse unos a otros

y a mirar por las ventanillas. Vatanen advirtió que frente a él estaba el funcionario del Ministerio de Exteriores, sentado entre dos mujeres, apretado e incómodo. Cuando el funcionario, a su vez, se dio cuenta de quién era la persona que tenía enfrente dijo, en un timbre de voz templado por los contratiempos:

—Usted por aquí. Debí habérmelo imaginado.

El hombre no tenía zapatos y tenía fríos los pies descalzos.

Vatanen se quitó los suyos y se los ofreció diciendo:

—Acepte éstos, se lo ruego.

La señora del agregado militar de los Estados Unidos, sentada junto al funcionario, miró a la liebre, la señaló con el dedo y dijo graciosamente.

—Qué bella criatura, encantadora. ¿La lleva siempre con usted? ¿Puedo acariciarla?

El helicóptero volaba casi directamente hacia el sol, las tierras nevadas iban pasando bajo el aparato. Si uno estiraba un poco el cuello podía ver aún, hacia el lado de Sompio, las espesas humaredas. Tambaleante, el gran bosque deshabitado iba quedando atrás. Sobrevolaban el valle de Läähkimä, donde Vatanen pudo distinguir las huellas de la caza del oso. Cerca de Sodankylä le pareció ver a lo lejos a un caminante solitario que había hecho ya un largo camino. Las huellas parecían las de un ratón, pero el que las había dejado era negro y su rumbo ahora iba hacia el sureste.

Vatanen miraba tan fijamente que sus ojos se llenaron de lágrimas. Llegó a la conclusión de que aquel caminante no podía ser otro que el oso del valle de Läähkimä. Vatanen no habló con nadie, se secó los ojos y acarició a la liebre. Ya se veían los humos de Sodankylä.

18

A HELSINKI

El helicóptero aterrizó en el patio del hospital militar de Sodankylä. Qué escena: un grupo de diplomáticos sulfurados y vestidos con uniformes prestados irrumpió en el solar nevado. El médico los saludó estrechándoles la mano uno a uno, también a Vatanen, y todos fueron conducidos en seguida al interior de un pequeño edificio para ser reconocidos.

El piloto, aun completamente desnudo, fue el último en bajar. Se escondió detrás del helicóptero hasta que las mujeres terminasen de entrar en el hospital y corrió hacia el barracón más cercano. El médico le procuró algo de ropa y así se zanjó el asunto.

Vatanen, con su liebre y su mochila, estaba sentado en la sala de espera. Habían llevado allí, en una furgoneta de los almacenes Mannermaa, distintas clases de vestimenta civil, zapatos y ropa interior. Del montón que se apilaba en el centro de la sala cualquiera podía coger lo que quisiera e ir a probárselo.

El funcionario de Exteriores escogió unos zapatos que le parecieron adecuados y devolvió a Vatanen los suyos dándole las gracias.

Una vez calzado con sus propios zapatos, Vatanen abandonó la sala. Consiguió que los de la furgoneta de Mannermaa lo llevasen hasta el centro del pueblo. El conductor había oído por la radio las noticias y preguntó tanto que Vatanen se hartó.

Estaba hasta la coronilla de los sucesos de los últimos días. Se metió en un hotel y desde su habitación llamó al ganadero de renos del distrito de Sompio.

—¿No habrá ardido el refugio del valle de Läähkimä? —preguntó el ganadero.

—No. Escucha, acércate y págame la reparación del refugio; me parece que me marcho de aquí ahora mismo; hay demasiado trajín en Sompio.

—Ya se ve. Te pago en seguida.

La liebre no parecía del todo sana. Yacía en la mochila, indiferente, y cuando Vatanen la dejó libre en la habitación saltó con desgana sobre la cama y cerró los ojos.

Vatanen telefoneó entonces al veterinario de Sodankylä y le preguntó qué podía tener la liebre. El veterinario se acercó al hotel y reconoció al animal, pero no explicó gran cosa.

—Estos animales salvajes a menudo hacen cosas así; una vez domesticados pueden morir sin ningún motivo aparente. Puede que este sea el caso. El único lugar donde podrían hacer algo por ella es el Instituto Veterinario Estatal. Allí extraerían muestras, pero no creo que el caso les interese ni que usted fuese a ir hasta allí por una simple liebre. Y además, no curan animales por encargo de sus propietarios.

Pero la liebre parecía en tan mal estado que Vatanen decidió hacer por ella cuanto estuviese a su alcance. Vendió al ganadero los pertrechos que había dejado en el refugio de Läähkimä, incluidos sus esquíes, y luego tomó un taxi y se dirigió a Rovaniemi, y de allí en avión hacia Helsinki. Desde el aeropuerto, otro taxi lo dejó en el Instituto Estatal de Investigaciones Veterinarias.

Vatanen deambulaba por los pasillos del Instituto sin que le prestasen la más mínima atención. Por una vez había llegado a un sitio donde a nadie parecía asombrarle que un hombre llevase una liebre en brazos.

Fácilmente encontró el camino al despacho de uno de los profesores investigadores. Pulsó el botón junto a la puerta y, en cuanto se encendió la luz verde, entró con su liebre en brazos.

Tras la mesa, vestido con una bata blanca, se sentaba un hombre de aspecto desaliñado que hojeaba unos papeles. Se levantó para saludar a Vatanen y le pidió que tomara asiento.

Vatanen explicó que necesitaba ayuda; es decir, que más bien la liebre era quien la necesitaba, pues estaba enferma.

—A ver que liebre es ésta, a ver que tiene —dijo el profesor cogiéndola en brazos. —Yo creo que se trata de algún parásito.

¿Habrá estado en contacto con extranjeros, o habrá comido verdura sin lavar?

—Bueno… es posible.

—Hay que hacerle primero un análisis de sangre y luego veremos.

El hombre escribió en un volante amarillo, se lo dio a Vatanen y dijo:

—Ésta es de Evo, naturalmente.

Vatanen asintió.

Se fue con el volante al laboratorio y se lo mostró a un sanitario que fue a por jeringuillas y extrajo a la liebre, que temblaba estremecida, dos o tres muestras. Dijo que el resultado estaría listo en un par de horas.

Vatanen se marchó a comer. La liebre tuvo que quedarse en el instituto a esperar el resultado de los análisis. Al cabo de dos horas Vatanen no sólo tenía a la liebre en sus brazos, también más papeles que por la mañana: una especie de historial médico. Con ellos en la mano volvió al despacho del profesor. Que dijo que, como era de prever, se trataba de un problema intestinal.

—Esto se cura con dos inyecciones. Le escribiré una receta para que pueda conseguirlas cuando llegue a Evo. Le pusieron las inyecciones a la liebre y entregaron a Vatanen unas cuantas ampollas de una dosis cada una.

—Y se acabó lo que se daba ——dijo el profesor quitándose la bata. Eran las cinco de la tarde—. Yo voy al centro; si no tiene coche puedo acercarlo —se ofreció amablemente el desaliñado profesor.

—Vale.

Vatanen subió al coche y el profesor condujo hacia el centro.

—Dele sólo agua fresca, pero nada de comida, durante dos días. Luego que coma como de costumbre. Se pondrá bien. Yo lo dejaré ahora en el tren; porque vino en tren, ¿no?

Vatanen no pudo callarse y dijo:

—En avión.

El profesor se asombró y luego se rió.

—Pero si no hay avión desde el Instituto de Investigación de Animales de Caza de Evo.

—Sí, pero yo vengo de Rovaniemi, y antes de Sodankylä.

—¿O sea, que usted ni es de Evo ni nada? —preguntó el hombre con asombro—. Pero tiene que ser de Evo.

Vatanen comenzó a contar su historia. Explicó que en realidad la liebre procedía del sur, de la parte de Heinola. Luego contó cómo había viajado a través de toda Finlandia con la liebre: cómo había ido a Nilsiä, a Ranua, a Posio, a Rovaniemi, a Sodankylä, a Sompio, y de vuelta a Rovaniemi, y por fin hasta allí. El profesor había detenido el automóvil a un lado de la calle Mannerheim, en pleno tráfico, y escuchaba con aire incrédulo la historia de Vatanen. De vez en cuando intervenía:

—No es posible.

Cuando Vatanen llegó al final de su historia, el profesor dijo con autoridad:

—Pero hombre, no me creo ni una palabra. La historia es buena, no lo digo por eso. Es sólo que me asombra que ande usted por ahí contando esas cosas. Ande y vuélvase al Centro de Investigación; yo lo llamaré por la mañana.

—Vale. Llame si no me cree. ¿Qué importancia puede tener lo que yo le cuente?

En la esquina de los almacenes Sokos un reno desmadejado se mostraba remiso y un Papá Nöel marchito le pateaba los cuartos.

El reno tenía los ojos cerrados, quizá a causa del dolor. A su alrededor los niños gritaban y las madres cansadas repetían: «No subas, no te montes, ven ya, ¿no me oyes?».

Vatanen se sintió mal ante aquel espectáculo y rogó al profesor que arrancase. El coche se puso en marcha. Una vez en la estación el profesor concluyó:

—No. No tengo más remedio que quitarle al animal. Esto no puede ser. ¿A quién se le ha ocurrido en Evo enviarlo a usted aquí con esta liebre? Será mejor que vuelva solo y por la mañana mando a alguien con el animalito; puede pasar la noche conmigo.

Vatanen insistió en que de verdad él no pertenecía al Instituto de Investigación de Animales de Caza de Evo.

—Pero créame, éste es un asunto serio —protestó el profesor.

E intentó arrebatarle a Vatanen la liebre de las manos. El coche estaba cerrando el tráfico, y se quedó bloqueado frente a la

estación, junto a un edificio cuya forma recordaba vagamente a un enorme perrito caliente.

Vatanen no soltó la liebre. Pensaba que la situación se parecía al viejo cuento del círculo de tiza: dos mujeres tiran de las extremidades de un niño; lo conseguirá la que tire más fuerte, pero será su madre la que lo suelte. Vatanen soltó, pero dijo:

—Tengo una idea. Telefonearemos al veterinario de Sodankylä y tendrá que creerme; yo pago la llamada.

El profesor meditó un rato.

—De acuerdo. Vivo en Kruununhaka, aquí al lado. Llamaremos desde mi casa. Pero no lo creeré, ya lo verá. Nadie va a jugar con esta liebre. Yo amo a los animales, hombre. No se los puede dejar en manos de cualquiera.

—Y hará experimentos con animales.

—Investigaciones. Y además, mi trabajo no es asunto suyo.

Llamaron. El veterinario del Ayuntamiento de Sodankylä corroboró la historia de Vatanen en lo referente al reconocimiento en el hotel esa misma mañana; aunque, eso sí, se asombró de que hubiese podido haber llegado tan pronto a Helsinki.

El profesor colgó suavemente el auricular y miró a Vatanen con extrañeza. Vatanen preguntó cuánto costaba la llamada. El profesor no contestó, pero dijo:

—Quisiera oír de nuevo esa historia suya. Puedo preparar bocadillos. ¿No tiene prisa, verdad?

—¿Qué prisa quiere que tenga?

19

LA RESACA

A Vatanen le pareció estar tendido en el suelo, envuelto en una alfombra. En el estómago le daba vueltas un líquido amargo que le llegó hasta la garganta y a la boca. Sintió nauseas. No se atrevía a abrir los ojos. No oyó voces ni ningún otro ruido hasta que no pensó en ello; entonces comenzó a escuchar toda clase de sonidos: murmullos, golpes, zumbidos. Una bilis amarilla se abrió de nuevo paso hasta la boca.

Yacía quieto. Sabía que, si se movía en ese momento, acabaría vomitando. Tragó la amarga sustancia acuosa de vuelta al estómago y no quiso ni mover una mano para llevársela a la frente; aunque sabía de sobra que estaba bañada en sudor. Pensó que seguramente apestaba. La lengua, hinchada, ensayó algunos cautelosos movimientos en el interior de la boca. Notó el paladar tartárico y pastoso.

¿El corazón? Aparentemente funcionaba, aunque de manera muy arbitraria. Latía vagamente, como un vigilante aburrido, cuando de pronto se espabiló y golpeó dos veces con tanta energía que a Vatanen le pareció que le iba a reventar el pecho. Sintió los latidos hasta en la punta de los pies. Luego se detuvo, quieto durante un rato, hasta que al fin, pasados unos segundos, dio unos golpecitos agudos y continuó en seguida trabajando perezosamente. El suelo bailaba y tuvo que agarrarse al borde de la alfombra. Gotas de sudor resbalaron hasta su nuca y, de pronto, sintió muchísimo calor. La alfombra resultaba una manta en exceso pesada para su cuerpo acalorado.

Si se atreviese a abrir los ojos, al menos uno, pensó cautelosamente, pero la sola idea le pareció demasiado arriesgada.

Debería intentar dormir; ojalá pudiese dormir hasta la muerte, ¿o acaso ya era esto la muerte? Se rió de su propia ocurrencia, pero la alegría desapareció de inmediato: la bilis volvió a la boca y tragarla de nuevo le costó un enorme esfuerzo.

Intentó meditar sobre ese momento de su vida.

Sus reflexiones no parecían llevarlo hacia ningún lugar concreto. Las posibilidades se sucedían en su mente, pero las ideas se escapaban antes de que el cerebro tuviese tiempo de convertirlas en verdaderos pensamientos.

A ratos, este tipo de cacería le divertía mucho. Tanto que se preguntó qué era exactamente lo que le parecía tan divertido. No logró descubrirlo, pero algo había. Sin embargo, en cuanto quiso profundizar un poco más sobre esa extraña sensación de euforia encontró en su lugar una oscura tristeza. Y ésta sí, que parecía estar bien fundada.

Todo se balanceaba, todo era demasiado escurridizo. Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe, pensó. Eso volvió a hacerle reír, pero sólo un instante. La idea desapareció en seguida y se dispuso a pensar en cosas más prácticas.

¿En qué estación del año estábamos? Podría dedicarse a pensarlo, parecía lo bastante abstracto y a la vez práctico. Entonces: ¿qué estación? ¿Podría llegar a recordarlo si se concentraba lo suficiente?

Estaba tan concentrado en la estación del año que acabó haciendo precisamente lo que hasta entonces se había esforzado en evitar. Sin darse cuenta había abierto los ojos; no ocurrió nada grave. Purulentos, los volvió hacia la pared de la habitación, cerca del techo. Había allí un gran ventanal de ocho cristales: cuatro pequeños abajo, dos grandes en medio y dos más formando un arco en la parte alta. La luz lo deslumbraba y tuvo que cerrar los ojos. Los párpados son como las escotillas de un batiscafo, pensó, y decidió dedicarse de nuevo a la estación del año.

¿La primavera? Parecía interesante, familiar de algún modo; pero ¿por qué no el otoño?, ¿o enero?… No, enero no, resultaba distante, lo mismo que el verano. Desde el verano le vino a la mente el lebrato, y desde el lebrato una liebre mayor, la suya, y desde ella el otoño. Desde el otoño llegó a la Navidad. Y ahora de nuevo le

parecía estar en la primavera. Marzo, eso le pareció lo más probable.

Aunque, pensándolo bien, tampoco marzo parecía apropiado. Final de invierno, más bien.

Entonces le volvió el vómito a la boca. Vatanen mordía formando con sus dientes una presa para la repugnante secreción. De un salto salió de la alfombra. Vio a dos personas más durmiendo en el suelo; descubrió que tenía enfrente la puerta del baño y se metió dentro.

Vatanen vomitó tumultuosamente sus jugos gástricos en la taza. Babeaba y sus ojos sobresalían de sus órbitas. Su estómago parecía encogerse como las seguntinas de una vaca, se diría que iba a salirse por la boca nauseabunda, pero no fue así. Los latidos de su corazón le retumbaban en la cabeza.

Y de pronto el malestar había pasado y una deliciosa seguridad en la fuerza omnipotente del organismo lo envolvió como una ducha refrescante. Vatanen elevó su mirada de un rojo negruzco hacia el espejo del cuarto de baño y se quedó mirando fijamente su propia imagen. Parecía salir de alguna revista pornográfica a todo color.

Vatanen se enjuagó la cara sudorosa, se desnudó hasta la cintura y se lavó las axilas con una toalla fría. Encontró un peine en el bolsillo y se peinó; un grueso mechón negro Se quedó entre las púas. Vatanen lo sacó del peine con las manos entumecidas y rompió un par de púas. Tiró todo aquello por la taza. Hizo varias gárgaras y luego tiró de la cadena para que todo desapareciese en el alcantarillado. Al abrir la puerta del cuarto de baño y volver a la habitación recordó, con una claridad milagrosa, quién era. Se acordó de que debía de ser Navidad, aunque los últimos acontecimientos estaban aún un tanto borrosos.

La habitación era pequeña, y se podría decir que limpia. A todas luces se trataba de un consultorio de dentista: sillas cromadas e instrumental especializado refulgían bajo la luz que entraba por las ventanas. Vatanen se sentó en el sofá, junto a la pared. Tenía todo el aspecto de un gañán mirando a las otras dos personas que, como él, habían ido a parar a aquel extraño lugar.

Una de ellas era una mujer joven; la otra, un hombre de

mediana edad. Se habían despertado y habían apilado cerca de la pared los cojines que utilizaran a modo de cama. Vatanen saludó; le parecían conocidos y a la vez extraños. No tuvo valor para preguntarles dónde se encontraban ni quiénes eran. Pensaba que con algo de tiempo podría descubrir esos secretos.

La muchacha, mejor dicho, toda una mujer, aclaraba la situación diciendo que ahora deberían pagar el taxi para que el conductor pudiese irse de una vez: cuatrocientos ochenta marcos.

Vatanen palpó su bolsillo trasero: el monedero había desaparecido. La muchacha lo sacó de su bolso y se lo entregó a Vatanen. En el monedero había grandes cantidades de dinero en fajos: casi dos mil marcos. Vatanen contó y separó quinientos y se los entregó a la muchacha. Ésta lo entregó al hombre que, agradeciéndoselo, le devolvió veinte marcos. Vatanen dedujo que, sin duda, aquél era el taxista.

—Pues adiós entonces —dijo el hombre. Y se marchó—. Fueron buenas carreras, sí, señor.

—Toma —dijo la chica ofreciendo a Vatanen unas pastillas rojas, de vitaminas, que extrajo de su bolso—. Te sentaran bien, trágatelas enteras.

Vatanen consiguió preguntar por la liebre.

—No le pasa nada, está en Helsinki, en casa de un profe. Se quedó allí ya antes de Navidad y podrá seguir allí hasta el año nuevo. Es lo acordado.

—¿Antes de Navidad? ¿Ha pasado ya la Navidad?

—Sí, sí. ¿No te acuerdas?

—La verdad es que no tengo la mente muy clara. Parece que me he emborrachado un poco.

—No tan poco —dijo la muchacha en un tono perfectamente neutro.

—Eso creo yo también. ¿Y tú quién eres?

—Leila. Al menos eso sí que deberías recordarlo.

El nombre de Leila volvió a la mente de Vatanen; en efecto, esa persona era Leila, pero ¿qué Leila? No Se atrevió a preguntarlo, sino que dijo:

—Claro que me acuerdo, no te enfades, es que tengo un mono tan terrible que he perdido la memoria. Seguramente he estado

bebiendo varios días. No es mi estilo.

—Fue una intoxicación en toda regla. Ahora hay que echar el freno.

Vatanen se sintió avergonzado. Evitaba los ojos de la mujer, que le parecía demasiado franca y honesta, y bajó la vista al suelo dejando vagar su mirada. De repente se le ocurrió algo nuevo.

—Y si fuésemos a un bar a tomar, por ejemplo, unas cervezas frías.

La muchacha asintió con la cabeza y se fueron.

La escalera era de caracol y había que descender tres plantas y seis descansillos. Vatanen se aferraba a la barandilla espiral y los peldaños parecían bailar ante sus ojos. La muchacha lo sostenía por el otro lado. Afuera el sol brillaba deslumbrante, con la claridad típica de los días muy fríos. Las calles estaban cubiertas por una inmaculada nieve recién caída. Le dolían los ojos, pero el aire frío lo espabilaba. Vatanen protegía sus ojos con la mano. Dijo:

—Las larvas salen de sus guaridas.

—¿Qué dices?

—Nada. Llévame a algún sitio.

La muchacha llevaba a Vatanen del brazo por la ciudad. Él miraba las casas y los coches intentando reconocer algún lugar.

¿Era Vallila, Katajanokka? De ningún modo Kruununhaka.

Llegaron a un río… ¿La ciudad de Porvoo? No, Porvoo tampoco; esa ciudad la conocía muy bien.

Vatanen observaba a la gente discretamente, y advirtió que miraba como si desease que algún conocido le saliese al encuentro y le contase dónde estaba, que lo colocasen otra vez en el mapa.

Pasaron el puente y encontraron allí su meta: un pequeño restaurante de aspecto elegante. Vatanen pensó que estaría cerrado a esas horas de la mañana y expuso sus dudas a la muchacha. Ésta le dijo que ya era tarde y que menudo mareo tenía encima.

Vatanen ojeó la carta con ojos inexpresivos, sin atreverse siquiera a pensar en comer. La chica pidió una cerveza helada y un zumo. Vatanen fue tomando cautelosos sorbitos de cerveza fría. Su olor le parecía nauseabundo, pero a la vez lo excitaba. La primera gota que llegó al estómago provocó un pequeño embrollo; habría que esperar a ver lo que pasaba.

La muchacha observaba la silenciosa lucha de Vatanen.

Luego, el poder de la resaca empezó a desmoronarse gracias a la cerveza, y Vatanen fue capaz de comer: se volvió un hombre nuevo, un nuevo Vatanen. Comenzó a recordar cosas. En efecto, llegó a recordar incluso que había dejado a la liebre en casa de un profesor, en Kruununhaka, y que luego, tras medio año de abstinencia, había salido a emborracharse. Y cómo había bebido, tanto y tan alegremente. En ese punto, el del inicio de la racha de borracheras, sus recuerdos se evaporaban, de modo que no consiguió saber nada sobre el desarrollo posterior de los acontecimientos hasta que la muchacha se lo contó a grandes rasgos.

El relato de la muchacha era tan largo y laberíntico como la historia misma de Vatanen. Su peripecia había durado ocho días con sus noches, y había transcurrido zigzagueante por diversas localidades del sur de Finlandia. Mucho, muchísimo, había logrado hacer Vatanen.

En medio de la historia Vatanen preguntó tímidamente en qué ciudad se encontraban ahora.

—En Turku, dijo la muchacha.

—Es raro que no la haya reconocido —dijo Vatanen—. Con razón me sonaba todo tanto cuando llegamos al puente. Por supuesto que había estado aquí, pero el sol brillaba de tal modo…

Pieza a pieza, sus andanzas comenzaron a tomar forma a medida que la muchacha avanzaba en su relato. Ocurría que Vatanen se había estado emborrachando en Helsinki un par de días, se había metido en una pelea y había acabado en la comisaría de la estación, donde lo soltaron en seguida. Entonces se había encontrado con la muchacha y se habían marchado juntos a Kerava. Allí pasaron algunas cosas. Por ejemplo, Vatanen había sido atropellado por un tren: el tren lo había empujado unos veinte metros sobre las vías a velocidad de paseo. Sólo sufrió algunas magulladuras.

En Kerava compró una bicicleta con la que, en un arrebato de cólera, esas cóleras de borracho, partió hacia Riihimäki. La muchacha tuvo que seguirlo en un taxi. Vatanen no llegó en bicicleta hasta Riihimäki: se interpuso la unidad de servicio en carretera de la policía de tráfico. Colocaron la bicicleta en el maletero del taxi y siguieron camino. Una vez en Riihimäki

vendieron la bicicleta por un precio ridículo y compraron papeletas para una rifa en la que Vatanen ganó un equipo estéreo, un maletín de cuero y un estuche para lápices, unos gemelos, un juego de estilográfica y portaminas y tres blocs con cubiertas de cuero. Canjeó sus papeletas por dinero y decidió tomar el autobús de línea para Turenki, lo que en efecto hizo.

En Turenki se hospedaron en una granja. Vatanen pasó tres días dando la nota en el pueblo, hasta la víspera de Nochebuena: perpetuamente alegre, aunque, en opinión de la muchacha, debilitando con ello tanto su espíritu como su cuerpo.

Desde Turenki fueron a Janakkala, a casa de los padres de la muchacha, para pasar las Navidades. Vatanen compró estupendos regalos para la familia: un barómetro para la madre, un juego de pipas para el padre, una mochila de excursionista para la hermana y un xilófono para la más pequeña. En Nochebuena estuvo encantador: la familia escuchó con interés sus cuentos. El padre sacó su mejor coñac del cajón del escritorio y dieron cuenta de él.

Por la noche, Vatanen pronunció discursos y besó a la madre entre los pechos, pero nadie se molestó.

La noche de Navidad salieron de Janakkala, supuestamente al hospital; pero no fueron allí, sino en un taxi hasta Tammisaari, donde Vatanen intentó sin éxito darse un baño en el mar. Esa noche durmieron en el taxi, lo que resultó bastante caro.

Tras visitar Salo y Hanko, donde no pasó nada digno de mención, llegaron a Turku. En plena noche Vatanen llamó uno por uno a todos los dentistas pidiendo hora hasta conseguirla. El taxista, oriundo de Hanko, no tuvo más remedio que pasar allí la noche. Por lo visto la muchacha había seguido a Vatanen todo el tiempo, lo que no dejaba de extrañarle:

—¿Cómo pudiste aguantar?

—Estoy de vacaciones, cariño.

¿Cariño? Vatanen miró a la muchacha con nuevos ojos. Se sentía preso de un renovado interés; ¿tenían acaso una relación?, ¿y qué clase de relación?

La muchacha, por cierto, parecía encantadora. Y eso precisamente era lo que lo perturbaba. ¿Cómo había podido una mujer así aguantar tal cantidad de tonterías y disparates durante

tanto tiempo?

¿Podía Vatanen haberla seducido borracho y apestando a alcohol? No era muy probable, ya que, según el resumen de la muchacha, Se había comportado como un cerdo durante todo el viaje.

Además advirtió que la chica parecía estar ya comprometida. En su dedo lucía un anillo. Una baratija, por cierto, que Vatanen no compraría nunca a una mujer, y menos aún a una como ésa.

Por un momento se le ocurrió la posibilidad de que entre él y su compañera de viaje hubiese pasado algo bonito, pero el estúpido anillo desbarató semejante idea.

Le dolió pensar que estaba solo, que hasta su liebre se encontraba en Helsinki. De pronto la echó de menos a rabiar.

—Habrá que ir a por la liebre —dijo Vatanen con tristeza y mirando la sortija de la muchacha—. Veo que estás comprometida, pero vaya birria de alianza tienes. No puedo decir otra cosa —y Vatanen suspiró hondo.

—Adivina con quién —dijo muy seria la muchacha, sin dejar de mirar a Vatanen a los ojos.

—Pues… con algún perito mercantil, imagino. No te lo tomes a mal, pero me tiene sin cuidado…

—No… Prueba otra vez.

—Adivina tú con quién estoy yo comprometido —dijo Vatanen de mal humor.

—Yo ya lo sé. Adivina tú.

—Vale, pero no me apetece —dijo Vatanen—. Hay que recoger las cosas y salir de aquí. Llama a la estación y pregunta por los horarios de trenes. Anda, por favor, hazlo. Estoy tan cansado.

—Te diré una cosa: estoy comprometida contigo.

Vatanen oyó hablar a la muchacha. La oyó con claridad, pero no entendió sus palabras. La miró a los ojos, miró el mantel, miró a través de la ventana y miró al suelo del restaurante. Por último, miró a la camarera, que se había acercado a la mesa, y logró pedirle un par de copas: de lo que fuese.

La camarera trajo dos de lo mismo y ellos bebieron sin mediar palabra.

—¿Es cierto eso? —preguntó Vatanen al cabo de un largo rato.

La muchacha aseguró que así era, en efecto. Vatanen le pidió matrimonio en Kerava y ella había aceptado en Turenki. El anillo lo habían comprado en Helsinki. Las tiendas estaban cerradas y no pudieron conseguir nada mejor. Se lo había vendido la hija del taxista de Hanko. «Níquel», «níquel con baño de oro», aseguró.

—Ah.

—Sí.

—¿Y entonces? ¿Nos Casamos?

—Eso vienes pidiéndome desde hace días y eso hemos acordado.

Ésa era una situación nueva para Vatanen. La liebre estaba lejos y había sido reemplazada por una mujer: Leila… Una mujer bastante joven, incluso bella. Por su cuerpo cruzó una sensación de felicidad y de vigor: una mujer, se había prendido a una mujer, ¡a una mujer joven, sana y viva! Comenzó a examinarla detenidamente.

El diagnóstico fue que parecía buena, limpia y de buen ver: bonitas manos de largos dedos. Vatanen la tomó de las manos y se las apretó como para probarlas. Buenas manos. La nariz era la mejor parte de un rostro encantador: sin maquillaje y con generosas pestañas. Bien. La boca grande, muy bien, y los dientes sanos.

—¿Podrías ir a por los periódicos? —preguntó Vatanen. No los necesitaba, pero era el truco para, haciendo que se moviera, que se incorporase y caminara, poder verla de cuerpo entero. La muchacha se levantó y a Vatanen le agradó cómo lo hizo. Su pelo voló sobre la mesa cuando ella se giró graciosamente. Hasta ahí todo parecía perfecto.

La mujer se dirigía al revistero del restaurante, junto a la entrada. En seguida pudo advertir que su cuerpo era también perfecto, tal vez lo mejor de todo. Una inmensa alegría colmó el cansado corazón de Vatanen. Cuando la muchacha regresó a la mesa se fijó en su cintura. Meciéndose como una fragata de ensueño, bien, ¡excelente!

Vatanen no leyó los periódicos. En vez de eso los apartó y cogiendo a la mujer de las manos dijo:

—Yo ya estoy casado.

—En ese caso te has comprometido en falso —el asunto parecía carecer de importancia para ella.

—¿Lo sabias?

—Yo lo sé todo de ti. He tenido ocho días con sus noches para escucharte. No te imaginas que bien te conozco. Por eso me ratifico en la idea de que un día nos casaremos y te vendrás a vivir conmigo.

—¿Y si mi mujer no quiere concederme el divorcio? —dudó Vatanen, que sabía de quién hablaba.

—Consentirá. Yo soy abogado —dijo la muchacha—. Pero antes de eso tienes que hacerme un poder judicial, porque en Helsinki has pegado una paliza de mucho cuidado al Secretario de las Juventudes Conservadoras. Llevaré el caso. Supongo que, al ser la primera vez, no van a condenarte.

20

LA HUMILLACIÓN

Vatanen se echó sobre el aguanieve. Muy cerca se oyó una detonación de rifle, y otra. Los perdigones golpearon ruidosamente las ramas de los abetos. No se atrevió a moverse. Escuchaba la conversación queda e irritada de unos hombres borrachos.

—Maldita sea. Parece que se ha dado a la fuga.

—Pero puede que le hayamos acertado.

La conversación se fue alejando, pero Vatanen no se atrevía aún a ponerse de pie y escapar. Las cosas estaban mal. La liebre corría por los bosques de Karjalohja perseguida por dos grandes perros y Vatanen yacía entre los matorrales temiendo por su vida.

¿Y cómo habían llegado a ese extremo?

Vatanen había vuelto a Helsinki con Leila, para el Año Nuevo, y ella se había reincorporado al trabajo después de las fiestas. Vatanen le había dado un poder judicial y habían permanecido juntos algunas semanas, hasta firmar él la contrata de las obras de reparación de una casa en Karjalohja. Y allí se había instalado con su liebre para empapelar una habitación y reparar el interior de la sauna. Un trabajo apropiado para el invierno.

Ahora era febrero. La noche anterior, un grupo ruidoso y desagradable había llegado a la casa vecina para celebrar algo: habían calentado la sauna y luego no habían dejado de hacer el gamberro durante toda la noche. La gente corría desnuda por el hielo, incluso las mujeres. Los más borrachos resbalaban y caían sobre el lago helado. También se oyeron ruidos de automóviles en el patio vecino, que estuvo iluminado toda la noche, seguramente yendo a por más alcohol y a traer nuevos invitados. En la terraza discutieron sobre el peligro comunista en Finlandia y el resto del

mundo libre y se produjeron algunas peleas.

Vatanen no podía dormir, y también la liebre estaba inquieta. Los focos de los coches se reflejaban en el techo y en las paredes. Sintió rabia. Hasta las cinco de la madrugada no amainó el trajín, ni las voces y ruidos en la casa vecina dejaron de molestarlo.

A mediodía los vecinos comenzaron a despertarse. El grupo de resacosos insistió en que había que volver a calentar la sauna. De lo contrario no podrían empezar bien el día. Pero habían consumido toda la leña y, por lo visto, tampoco les quedaba alcohol. Conque enviaron dos hombres a casa de Vatanen a pedir prestada algo de leña para la sauna.

—Venimos por leña.

—... y si hubiese algo de beber, tampoco nos importaría...

Vatanen no tenía ni leña, ni alcohol, ni ganas de mostrarse amable con los que lo habían estado molestando toda la noche. Señaló la estufa de petróleo y explicó que no había leña, y que estaba reparando la sauna.

—Pero hombre. Tenemos que conseguir leña como sea. Queremos bañarnos. Toma cien marcos, muchacho, y consíguenosla, anda.

Vatanen sacudió la cabeza.

—Mira qué tipo tan engreído —dijo uno de ellos poniendo sobre la mesa otro billete de cien y gritando—: A ver si ahora nos traes leña, en última instancia hazla con la barandilla del porche. ¿Tendrás una sierra, no? Pues manos a la obra. ¿No está ahí la pasta?

Vatanen se negó a destrozar la casa por el capricho de aquellos hombres. Pero no aceptaron la situación; añadieron otro billete e insistieron en que consiguiera la leña. Vatanen enrolló los billetes y los metió en el bolsillo del pecho del que tenía más cerca. Luego los mandó salir.

—¡Joder! Tú sí que eres un tipo bien raro.

Vatanen empujó a los hombres hasta el porche y cerró la puerta. Se quedaron un rato aporreándola hasta que, como Vatanen se negase a abrir, uno de ellos arrancó la barandilla de una patada. El otro se animó también y no pararon hasta dejarla caída en el suelo. No contentos con eso, comenzaron a arrastrarla hacia el otro lado

de la parcela. Vatanen salió corriendo para impedir la fechoría, pero los hombres ya estaban en el territorio del vecino.

—La solidaridad hace la fuerza —le espetó uno de ellos.

—O si prefieres, así hacen los buenos capitalistas: lo que no consiguen con dinero, lo toman por las bravas.

Vatanen se quedó de pie en la linde de la parcela. Miraba mustio cómo en el patio del vecino comenzaban a hacer leña de la barandilla, a hachazos. De la casa salieron una decena larga de resacosos para burlarse de Vatanen. Alguien subió a un coche y le encargaron tanto alcohol que difícilmente podría cumplir el recado.

Vatanen, fuera de sí, cruzó la linde y, con las piernas endurecidas por la ira, atravesó el patio y preguntó por el propietario de la casa.

Se interrumpieron los hachazos y un hombre de rostro enrojecido le plantó cara.

—Esta casa es de alguien tan guapo qué harías bien en largarte mientras puedas. Yo sólo soy el responsable. Compréndelo y vete, hombre, o tendré que pedir a esta gente que te eche a empujones.

—No voy a ninguna parte hasta que no resolvamos este asunto —dijo Vatanen silabeando cada palabra.

El hombre entró corriendo en la casa y salió con una escopeta de dos cañones, los cargó y apuntó al pecho de Vatanen. Un nauseabundo olor a alcohol se extendía por todo el patio.

De repente, uno de los hombres que los rodeaban propinó a Vatanen una fuerte patada en el trasero, haciéndole caer al suelo.

Se escuchó una sonora carcajada y algunos comenzaron a patearle los costados.

Vatanen se levantó como pudo. Las mujeres le tiraron nieve sucia a los ojos y alguien le dio un puñetazo en la espalda. No tuvo más remedio que retroceder hasta su lado de la linde. Una ruidosa risotada lo siguió hasta la casa. Alguien dijo que quizá habían exagerado un poco, pero nadie estuvo de acuerdo.

—Maldita sea. Un hombre como ése no se atreverá a llamar a la «pasma». Vamos a asustarlo de verdad y a zanjar este asunto. Eso es, pero primero vamos a calentar la sauna. Manos a la obra, muchachos.

No es difícil imaginar lo furioso que Vatanen se encontraba tras

el incidente. Cogió a la liebre en sus brazos y, para tranquilizarse y aclarar las ideas, salió a través del lago helado, por el estrecho, hacia la otra orilla, a un kilómetro de distancia.

Estaría a medio camino cuando los gamberros, que habían advertido que Vatanen llevaba una liebre en brazos, soltaron dos grandes perros.

—Busca, busca —incitaron a los animales.

Los perrazos, sin dejar de aullar, salieron disparados hacia el hielo, para alcanzar a la liebre y a Vatanen. La liebre salió corriendo y cuando los perros advirtieron su fuga empezaron a ladrar sin parar: sus gruesas patas resbalaban en el hielo cuando rebasaron a Vatanen y desaparecieron en el bosque, detrás de la liebre, al otro lado del estrecho.

Vatanen los siguió corriendo hasta el cabo pensando cómo iba a salvar a su liebre. Lo que necesitaba ahora era su rifle, pero estaba colgado en una de las paredes del refugio de Läähkimä.

Desde la casa salieron hasta el hielo algunos hombres armados. Iban gritando como los perros y el hielo iba cediendo bajo su peso. Vatanen se escondió en el bosque, y cuando los hombres llegaron hasta el cabo, dispararon hacia la dirección a donde se encontraba Vatanen. Ahora, mientras escuchaba la voz baja y arrogante de los hombres, yacía sobre la nieve semiderretida.

La liebre ya estaba lejos y apenas se dejaba oír el aullido de los perros: señal de que la persecución duraba aún y de que la liebre estaba viva.

«Es necesario poner fin a esta cacería», pensó Vatanen sin encontrar ninguna manera de hacerlo. ¿Cómo podía haber gente así? ¿Qué tipo de placer podía producir semejante violencia? ¿Cómo puede el hombre llegar a rebajarse tanto y con tanta crueldad?

La liebre fue corriendo en círculo, aterrorizada la pobre. La cacería se iba acercando cuando la liebre apareció entre los árboles, y nada más ver a Vatanen, se lanzó a su regazo. La salían de la boca un par de gotas de sangre clara. El ruido de los perros se iba acercando cada vez más.

Vatanen sabía que esos perros eran capaces de desgarrarle la piel hasta matarlo si se quedaba allí con la liebre en brazos.

¿Debería acaso, para salvar su propio pellejo, abandonar a la amada criatura, soltarla?

No; desde el momento mismo de nacer la idea comenzó ya a darle vergüenza. Corrió hasta la colina cercana, donde crecían pinos de gruesos y retorcidos troncos. Rápidamente y lo mejor que supo subió a uno de ellos, lo que no resultó fácil con la liebre encima. Algunos mechones del pelo del animal se quedaron prendidos a la corteza, pero finalmente subieron.

En seguida llegaron los perros, olfatearon las huellas de la liebre y encontraron su rastro bajo el pino. Enfurecidos, apoyaron las patas delanteras sobre el tronco y comenzaron a aullar y a rascar. La corteza saltaba bajo las patas de las bestias. La liebre escondió la cabeza bajo el brazo de Vatanen, tiritando de arriba abajo.

Volvieron a oírse las voces de los borrachos y pronto aparecieron cinco hombres al pie del árbol.

—¡Quietos, quietos, eh! Así que el tipo está en el árbol.

Los hombres reían. Uno comenzó a dar patadas al tronco y otro a sacudirlo, con la esperanza de hacer caer a Vatanen.

—Parece que le faltan agallas al chico. Suelta la liebre, o tendremos que matarla en tus brazos.

—¡Mátala en el árbol, hazlo ahí! Saldrás en los periódicos.

Nadie creerá que Karlsson mató a una liebre en un árbol.

—Y de paso a un tipo.

Las risas no parecían ir a acabar nunca. Sacudían el árbol y los perros merodeaban entre los pies de los hombres. Vatanen estaba tan enfadado que se le saltaron las lágrimas. Alguien se dio cuenta:

—Dejemos esta mierda. ¿No veis que está llorando? Ya hemos tenido suficiente diversión para un domingo, ¿no?

—Sí, pero que los perros se queden todavía una hora, así aprenderá a hablar con más prudencia la próxima vez. Vamos a la sauna, seguramente ya está lista.

Los hombres se marcharon y dejaron allí a los perros, ladrando y aullando. Vatanen sintió náuseas.

Un poco antes de la caída de la tarde alguien llamó a los perros con un silbido y los animales se retiraron de mala gana.

Vatanen estaba mareado y la liebre no dejaba de tiritar.

Esa misma noche Vatanen volvió a Helsinki. Lo primero que

pensó fue llevar el caso a los tribunales, pero desistió. Dijo a Leila:

—Yo me voy al norte, al refugio de Läähkimä; el sur no es para mí.

Y así lo hizo.

21

LA VISITA

Llegó la primavera. La vida transcurría agradablemente bajo el límpido clima del norte. Vatanen trabajaba en la construcción de un cercado para un pastor de renos. El trabajo resultaba lo suficientemente duro, y muy libre. La liebre hacía su vida, sus huellas cruzaban la estepa en todas direcciones.

Leila escribía. Sus cartas llegaban a veces de dos en dos porque Vatanen recibía correo en el refugio sólo cada quince días. Las cartas de Leila eran muy fogosas y le encantaba leerlas. Las respondía de tarde en tarde. Así mantenía viva la llama, por decirlo de alguna manera. Leila esperaba que Vatanen dejara Laponia y regresase por fin entre la gente. Pero Vatanen no acababa de decidirse, desconfiaba del sur y aborrecía las costumbres de sus pueblos.

La última semana de marzo la vida cambió por completo en el refugio de Läähkimä.

El oso del otoño anterior había salido de su escondrijo, o quizá no había vuelto a dormir tras la experiencia pasada durante las semanas que precedieron a la Navidad. De nuevo rondaba el territorio cercano al refugio. Vatanen descubrió que había matado algunos renos. Con la nieve tan alta debía tener dificultades para conseguir otro alimento. Por la noche husmeaba en torno al refugio. Orinaba por las esquinas y resoplaba irritado bajo la oscuridad de marzo.

Estas visitas despertaban a Vatanen, que dormía en un catre junto a una de las paredes de troncos. El jadeo que se filtraba a través de la pared lo mantenía despierto. Parecía un pececito en una nasa, acosado por un lucio cabezón.

La razón, pensaba Vatanen, dice que un oso no ataca nunca a un ser humano. Pero a veces ocurren cosas contrarias a la razón.

Tan es así que una noche el oso derribó la ventana con marco y todo, introdujo la cabeza y buena parte del cuerpo y comenzó a olisquear el aire cálido del interior. La luna llena brillaba afuera. El vano estaba casi totalmente ocupado por el oso. La liebre saltó al catre, tras la espalda de Vatanen que yacía rígido en la cama.

¿Qué iba hacer en semejante situación?

El oso olfateaba los víveres sobre la mesa. Restos de la cena: carne de reno seca, un pan, mantequilla, una botella de salsa de tomate y otras sobras. A la luz de la luna, Vatanen pudo ver cómo el oso, muy hábilmente, comenzaba a robar la comida. Hacía ruido con los envoltorios, abría paquetes, se oían chasquidos, ¡qué maestría! Pronto no quedó nada, y el oso se retiró un momento.

Cuando volvió se sentía más seguro. Se fijó de nuevo en la salsa de tomate, cogió la botella con sus garras y la examinó extrañado. El olor parecía interesarle. Apretaba el recipiente y no parecía saber qué hacer con el contenido.

El oso apretó la botella. Vatanen oyó el ruido característico y, en seguida, un quejido asustado. Un chorro de salsa de tomate salpicó la pared junto a la cabeza de Vatanen.

El oso debía estar lamiendo la botella, y rociaba salsa de vez en cuando en todas direcciones. Seguramente se roció a sí mismo con el tomate y ahora lamía su propia piel. El ruido recordó a Vatanen el nombre del refugio, Läähkimä: el oso exactamente «läähkimäba» tomate. Eso es lo que hacía.

Comenzó entonces a lamer la mesa. El mantel de hule se arrugaba bajo su pesada lengua. Los chorros de la salsa de tomate llevaban al oso más y más dentro, hasta que llenó del todo el vano de la ventana, como un plumero la boca de un jarrón. Sus cuartos delanteros descansaban ya completamente sobre la mesa; entonces esta se derrumbó y el oso, deslizándose a través del vano, cayó con ella al suelo del refugio. Los pedazos de la mesa rodaron ruidosamente. El animal pareció asustarse un poco, pero en seguida se recuperó y empezó a examinar el interior de la estancia. Vatanen no se atrevía a mover un músculo.

El oso lamía el suelo. Por lo visto los chorros de salsa habían

llegado también hasta ahí. La luz de la luna iluminaba a la enorme y ágil bestia. Una visión más bien espeluznante. Mientras lamía, su cabezota avanzaba rítmicamente hacia los pies de la cama de Vatanen como una monstruosa aspiradora.

Los nervios de la liebre no dieron más de sí. Saltó de su escondite tras la espalda de Vatanen y comenzó a correr de un lado a otro. El oso intentó atraparla, pero sus movimientos resultaron demasiado precipitados y la liebre consiguió esconderse en algún rincón.

El oso se tranquilizó de nuevo y comenzó a lamer la pared junto a las patas de la cama de Vatanen.

Sólo entonces se fijó en Vatanen. Lo examinó con una mezcla de curiosidad y cautela. La respiración sofocante y húmeda del oso le calentaba la cara. Resopló al sentir el aliento de Vatanen, lo cogió entre sus garras y lo sacudió un poco. Vatanen se quedó inmóvil, intentando parecer inconsciente.

El oso examinaba al hombre en su regazo. Parecía un ogro que ha encontrado una muñeca y que no sabe muy bien qué hacer con ella. Para probar le mordisqueó un poco el estómago, obteniendo a cambio un agudo grito de dolor. El oso, asustado, lanzó al hombre contra la pared del refugio y desapareció por la ventana.

Vatanen se agarró las tripas. Sentía el estómago húmedo y lo veía todo rojo y blanco. Estará desgarrado, pensó muerto de miedo. Buscó el rifle y salió afuera. Encorvado, disparó a ciegas a la oscuridad. El oso había desaparecido, la luna resplandecía.

Volvió al refugió y encendió el farolito para examinarse el estómago: estaba resbaladizo, cubierto de sangre y de babas de oso, pero realmente no tenía muy mal aspecto. El animal había mordido sólo para probar, sólo un bocadito, y el estómago no estaba abierto.

La liebre cojeaba. Seguramente el animal la había pisado sin advertirlo, porque de haber llegado a golpearla en serio seguramente la habría hecho papilla contra la pared.

De un puntapié, Vatanen echó a un lado los restos de la mesa. Clavó una manta tapando el vano de la ventana y se ató una sábana alrededor del estómago. La herida le dolía. Tampoco era tan pequeño el bocadito del oso.

Cogió la liebre en brazos, le acariciaba la blanca piel y le

prometía:

—Mañana, al amanecer, iré esquiando a buscarlo. Hay que matarlo.

Los delicados y blanquecinos bigotes de la liebre vibraron enérgicamente. Se diría que estaba de acuerdo, hay que matarlo, que sentía sed de venganza. La liebre quiere la sangre del oso.

22

EL MAR BLANCO

Se puso la luna. Vatanen metió en su mochila provisiones para un par de días. Guardó también una veintena de cartuchos. Llenó el cargador del rifle, afiló el hacha y cogió cinco cajetillas de tabaco, fósforos y cera para los esquíes. Dijo a la liebre:

—Tú vienes, ¿no?

Sobre la mesa dejó una nota en la que podía leerse: «He salido a cazar al oso, puede que tarde varios días. Vatanen».

Cerró la puerta del refugió tras de sí, enceró los esquíes, se cargó la mochila y el rifle a la espalda y se puso en camino. Las inmediaciones del refugió estaban repletas de huellas del oso, pero un poco más allá Vatanen distinguió unas más recientes, de galope. Se dispuso a seguirlas. La nieve apenas cedía bajó sus esquíes.

—Ahora veremos quién es quién, oso del demonio.

Las huellas lo condujeron hasta el otro lado del valle de Läähkimä. Vatanen esquiaba deprisa, ayudándose con ambos bastones a la vez. La espalda le sudaba bajo los golpes de la mochila. La liebre cojeaba tras él.

El sol de marzo salió al cielo límpido. Hacía un frío hiriente y la capa de nieve crujía bajo los bastones. Un tiempo ideal para esquiar. El hombre disfrutaba de su marcha, de la centelleante capa blanca, tan clara bajo el sol naciente que lastimaba si se la miraba con los ojos demasiado abiertos.

A juzgar por las huellas el oso estaba tranquilo, seguramente se creía a salvo. Vatanen aceleró su marcha. Parecía que iba a poder alcanzar pronto a su presa.

Por la tarde se internó en un tupido bosque de abetos.

Advirtió que el oso había estado descansando allí, pero la bestia

debió oír la llegada del cazador y había logrado escapar a tiempo.

La persecución iba a prolongarse tal vez durante varios días antes de que consiguiese alcanzar al oso, si es que llegaba a hacerlo. Por suerte la nieve cedía con más facilidad bajo las patas del oso que bajo los esquíes del hombre.

Llegaron a las grandes tierras pantanosas. Ahora las huellas se dirigían hacia el sur. En la linde de una llanura de casi diez kilómetros Vatanen pudo divisar a su presa. Como un punto negro el oso desapareció entre los árboles nevados del bosque, al otro lado del llano. Se estremeció. Avanzaba sobre el liso terreno como si volara.

El sol se estaba poniendo y ya no se podían distinguir las huellas entre los árboles. Era el momento de detenerse a comer algo. Taló un viejo pino, seco y grande, hizo una hoguera con la copa y frió carne de reno. Luego se tomó un té y se quedó dormido durante un par de horas. Cuando se despertó la luna había salido y el cielo estaba claro. De nuevo podía seguir las huellas.

La noche luminosa de los bosques nevados poseía una magia salvaje. La caza mantenía tenso al esquiador, que ni siquiera acusaba el cansancio. El frío iba en aumento, el sudor se le congelaba en la espalda y las pestañas se apelmazaban de modo que frecuentemente debía derretirlas con las manos desnudas. La liebre mordisqueaba los sauces en la ribera de los arroyos.

—No te entretengas —lo apremió Vatanen—. Ahora no tenemos tiempo para comer.

El oso se había echado en dos ocasiones, seguramente se sentía cansado. Pero siempre presentía la llegada del cazador bajo la noche clara, y siempre lograba huir. Ahora corría en dirección al sureste. Aún de día habían cruzado la carretera de Tanhua y se acercaban a las grandes extensiones boscosas de Koilliskaira.

Atravesaron varios ríos aquella noche. En uno de ellos, en un punto donde la corriente había impedido que el agua se congelase, el oso se había detenido a beber. Vatanen tuvo que rodear el hueco en la capa de hielo. Si hubiese llegado a pasar por ahí, el error habría significado la muerte instantánea.

La luna se puso y la oscuridad se hizo absolutamente. Había que detenerse y encender el fuego. Vatanen se durmió al calor de la

hoguera. La liebre comió un poco y luego durmió también.

Cuando el sol salió, Vatanen se puso de nuevo en marcha. Dedujo que andarían por las proximidades de la aldea de Savukoski. En las tierras salvajes al occidente de Martti. Debían encontrarse ya muy cerca de la carretera, como si el oso los guiase directamente a la parroquia de Savukoski. La carretera, en efecto, apareció en seguida.

El oso la había cruzado justo entre ambos pueblos. La pared formada por los quitanieves lo había irritado tanto que, en su furor, había arrancado uno de los postes de señalización y lo había machacado como una ramita. Parecía un mensaje para Vatanen:

—Aún soy fuerte. Deja de seguirme, humano.

Pero Vatanen lo seguía.

Por la tarde el sol había convertido la nieve en una especie de papilla que se pegaba a los esquíes y convertía la marcha en un trabajo pesado y fatigoso. Y aunque las huellas eran recientes sobre la nieve, la caza comenzaba a parecer una tarea imposible.

Tuvo que interrumpir la persecución, pues la nieve formaba gruesos y pesados terrones bajo los esquíes y era demasiado duro seguir avanzando. Sólo por la noche adquirió una textura más firme. Vatanen esquió aún un par de horas antes de que la oscuridad se hiciese tan negra que le resultaba imposible ver nada. La luna no salió esa noche, y Vatanen no tuvo más remedio que pasarla junto al fuego. Calculó que estarían ya en el municipio de Salla. La liebre parecía visiblemente cansada, pero no protestaba. Ella nunca se quejaba de su suerte. Vatanen derribó un álamo joven y separó la corteza con ayuda del hacha. La liebre comió y, extendiendo las patas, se dispuso a dormir al calor de la hoguera. Nunca antes había tenido un aspecto tan derrotado.

—Este tren debe fastidiar también al oso.

Una vez que hubo la suficiente luz como para distinguir las huellas, Vatanen prosiguió la caza. La mochila ya no pesaba. No le quedaba comida, pero también tenía prisa porque debía alcanzar al oso antes de que llegase a la frontera con la Unión Soviética. Siguió la vega del río Tenniö, a través de las tierras deshabitadas de Naruska. O eso era lo que pensaba: hacía tiempo que había abandonado el territorio comprendido en sus mapas e intentaba

reconstruir mentalmente la geografía finlandesa.

Un día muy monótono, y horriblemente cansado.

Al caer la noche llegaron a la cara sur del monte Karhu. Vatanen, olvidando las huellas, se dirigió a la carretera que conducía al pueblo. La máquina quitanieves acababa de pasar por allí y el firme estaba resbaladizo. Estaba tan débil que se cayó. Desde el pueblo llegó hacia él un grupo de niños en edad escolar. La costumbre en el norte es que los niños saluden a los mayores.

Vatanen les preguntó por el almacén.

Pero el almacén había dejado de existir hacía ya tiempo. Una tienda ambulante pasaba un par de veces a la semana. Vatanen soltó los esquíes y caminó hasta la casa situada junto al antiguo almacén. En el interior, el dueño comía sentado en la cabecera de una larga mesa. Junto al fogón, la dueña pelaba patatas calientes que, una a una, iba llevando a su marido.

Un hombre exhausto tiene un aspecto temible, pero honesto. Y un hombre así goza, en el norte, de ciertos privilegios que no pasan inadvertidos a la solicitud de los paisanos. El dueño señaló una silla junto a la suya, y lo invitó a compartir su comida.

Vatanen comió. Estaba tan cansado que la cuchara le temblaba en la mano al ritmo de los latidos de su corazón. Había olvidado quitarse el sombrero. La salsa de reno resultaba suculenta y sabrosa, y Vatanen se lo comió todo.

—¿Cuándo llega la tienda ambulante? —preguntó.

—No antes de mañana.

—Tengo prisa; ¿podría procurarme víveres para un par de días?

—¿Desde dónde vienes esquiando?

—De Sompio, del valle de Läähkimä.

—¿Andas persiguiendo a un glotón?

—Algo así.

Unos niños de edad escolar entraron metiendo bulla. El dueño los ordenó salir y acompañó a Vatanen a la habitación. Retiró la colcha de la cama de matrimonio y lo invitó a que durmiera. Se le oyó decirle a su mujer, desde la sala:

—Pon en la mochila provisiones para cuatro días. Y diles a los niños que se queden afuera, y sin gritos. Yo lo despertaré dentro de un rato.

Un par de horas más tarde Vatanen se despabiló sin necesidad de que nadie lo despertase. Había dormido sobre la cama, completamente vestido, incluso con zapatos. En la sala, los niños acariciaban a la liebre. Al ver que Vatanen estaba despierto comenzaron a charlar animadamente.

Vatanen puso un billete de cien marcos sobre la mesa, pero el dueño se lo devolvió. Salieron al patio. Vatanen se sentía anquilosado y le escocía la piel del estómago.

—No tendrá agua boricada…

—Leena, ve por ella.

La muchacha volvió corriendo con una botellita. Vatanen descubrió la zona herida y el dueño advirtió las huellas de la mordedura.

—Buenas fauces tiene el demonio.

El dueño curó las zonas infectadas y luego le vendaron el estómago con un par de vueltas de gasa sanitaria. Vatanen volvió al bosque en busca de las huellas del oso. Antes de desaparecer del todo, preguntó al dueño:

—¿Este pueblo era Kotala o Naruska?

—Era Naruska.

Encontró pronto las huellas y la vieja lucha recomenzó. Todo hacía pensar que el oso estaba cansado y furioso: a su paso había desgarrado árboles haciendo saltar la corteza, y había derribado algunos viejos troncos dejando estacas por todas partes. Vatanen temía que el oso se le escapase al otro lado de la frontera.

—A ti no hay quién te salve, viejo. Y no intentes pedir asilo en un país poderoso, maldita sea.

Por la noche se levantó un aire helado. La luna se vislumbraba a duras penas entre la capa de nubes. Tuvo que interrumpir la caza durante las horas nocturnas, y por la mañana el aire había borrado el rastro. Tuvo que esquiar en varias direcciones bajo la ventisca, hasta encontrar huellas frescas.

¿Cuántos días habían transcurrido? Ya no importaba.

Vatanen metió a la liebre, desfallecida por el cansancio, en la mochila y volvió a la caza. La nieve caía cada vez más cerrada y pronto se desató la tormenta. Bajo la densa nevada era cada vez más difícil distinguir las huellas, que parecían muy recientes.

Vatanen sabía que si ahora abandonaba el rastro todo su esfuerzo habría sido en vano. El estómago volvía a escocerle. La gasa se le había deslizado hasta las ingles, pero no tenía tiempo para arreglársela.

Llegaron a la ladera de un monte. Allí el viento estuvo a punto de tirar al suelo al hombre, sudoroso, que sin embargo —no tenía más remedio— se mantuvo firme tras su pista. Se le nublaban los ojos. ¿No estaría la nieve a punto de cegar a Vatanen, tras varios días de fijarse sólo en las huellas? Probablemente sí.

—No escaparás vivo de entre mis garras, qué demonios.

La caza parecía una mala representación dramática. En la tormenta no se veía más que unos pocos metros por delante. Como una máquina, Vatanen seguía las huellas que la nieve iba cubriendo en seguida. No quedaba ni un recuerdo de la alegre marcha del comienzo de la cacería. La tormenta se prolongó durante toda la jornada. Vatanen ya no sabía en qué dirección iba, se limitaba a pegarse a las huellas como una lapa. De vez en cuando tomaba un pedazo del tocino de Naruska, ahora congelado, y para beber tomaba la nieve arremolinada sobre sus hombros. De repente, las huellas descendieron hacia la carretera recién despejada por la máquina quitanieves. El oso se habría sentido tan cansado que habría preferido correr sobre suelo firme. Había resbalado en la superficie helada: las marcas de sus grandes garras se podían ver con claridad en la nieve semiderretida. Un escalofrío de terror recorrió la espina dorsal de Vatanen.

Llegaron a un cruce de caminos. Había señales. Bien. Al fin podría saber dónde estaba.

Vatanen se detuvo en el cruce y apoyándose en los bastones comenzó a leer los letreros. Pero no entendió nada.

Había pasado al lado soviético. Los caracteres de los letreros eran cirílicos. La sorpresa bañó en sudor la frente del hombre cansado.

¿Tenía que dar la vuelta? ¿O debería quizás presentarse a las autoridades soviéticas?

—Hasta aquí hemos llegado, qué demonios.

Vatanen no permaneció allí mucho rato. En seguida volvió tras las huellas del oso y esquió sin parar hasta que se hizo de noche.

Entonces llegó a vislumbrar a su presa, pero la penumbra acabó llevándosela. De nuevo taló un pino, hizo un fuego entre dos troncos y pasó la noche junto a él; ahora, por primera vez, en territorio soviético. Tenía ante sí los inconmensurables bosques de Duina. Era una de esas situaciones en las que se mide el valor de un hombre.

Durante los días siguientes el tiempo clareó un poco. Vatanen siguió esquiando tras su presa como un poseso. Cruzaron varias grandes carreteras. El oso avanzaba tenazmente hacia el este, sin parecer cansarse nunca. Desde el sur cruzó rumbo a Murmansk un avión a reacción. Vatanen no tuvo más remedio que pararse a mirarlo. Sus alas centelleantes y su vertiginosa velocidad impresionaron profundamente al exhausto esquiador. Verdaderamente son diversos los medios de transporte humanos.

El oso esquivaba los pueblos y se ocultaba en los grandes bosques. Vatanen no encontró a una sola persona, aunque en su camino se cruzó varias veces con los surcos característicos de las motos de nieve. ¿Podía ser que nadie hubiese advertido su paso por la frontera? Quizá. Con semejante tormenta… Ni siquiera Vatanen había visto la línea fronteriza. Y las habladurías sobre el Telón de Acero se demostraban por cierto totalmente infundadas: ni un jironcito de alambre de púas se había enganchado en sus esquíes.

Sin provisiones desde hacía ya dos días, Vatanen continuaba la persecución. Llegaron a una pequeña aldea donde el oso había pasado la noche durmiendo en un edificio de piedra derrumbado. Vatanen dedujo que se trataba de una vieja fábrica de sal. Habían llegado entonces hasta la costa, la costa del Mar Blanco.

Después se topó con lo que parecía el ferrocarril de Murmansk. Los esquíes de Vatanen chirriaban al cruzar las frías hileras de rieles. A pesar de las prisas por alcanzar la presa, pudo darse cuenta de que el ferrocarril era eléctrico. La noche anterior había hervido para comer la piel del tocino: tenía tanta hambre que ya sólo podía pensar en el oso.

Así llegaron hasta la orilla del mar. El oso se precipitó sobre el hielo. Al fondo se veía, negro, un buque rompehielos. Por el canal que abría navegaban pequeñas embarcaciones mercantes.

El oso corría sobre el hielo del golfo de Kantalahti. Vatanen lo

seguía. Al cabo de unos kilómetros hacia el norte los humos de las fábricas de la ciudad de Kantalahti se elevaban en el frío y claro cielo.

El oso avanzaba hacia el canal abierto por el rompehielos. Vatanen lo siguió, y sobre el resplandeciente hielo del Mar Blanco tuvo lugar el último combate de tan dramática caza.

En el borde del canal el oso se paró de pie y emitió un rugido chillón. El collar blanco relucía al sol sobre la negra piel del oso. Se dio la vuelta para mirar a Vatanen y gritó su salvaje ira. Vatanen se quitó los esquíes, se tiró al suelo bocabajo, descongeló la lente de la mira telescópica con el pulgar, quitó el seguro y disparó al oso directamente al pecho.

El gran animal se derrumbó sobre el hielo. No hubo necesidad de otra bala. Vatanen fue gateando hasta el oso y procedió a desangrarlo por el cuello. La sangre era negra y coagulada. Bebió dos grandes puñados y se sentó sobre la enorme bestia muerta. Encendió un cigarrillo, el último. Lloraba, no sabía por qué, pero le vino el llanto. Acariciaba el pelo del oso, y acariciaba a la liebre que, con los ojos cerrados, yacía en la mochila.

Dos grandes aviones aterrizaron sobre el hielo y de ellos bajó un grupo de soldados. Una veintena de hombre se acercó a Vatanen. Uno dijo en dialecto careliano:

—Hombre, camarada, lo conseguiste por fin. En nombre del Ejército Rojo quiero darte la enhorabuena, y además deseo llevarte preso por espía. Pero no temas, es una mera formalidad.

Échate un trago.

El trago de vodka, helado y ardiente a la vez, le secó las lágrimas. Vatanen se presentó y dijo:

—Pido disculpas por haber cruzado la frontera. Pero de otro modo no hubiese cobrado nunca esta pieza.

—Vot. Estás perdonado. Has esquiado tanto. Ahora ve y sube al avión, anda, los hombres se ocuparán de desollar al oso. ¿Esta liebre va contigo?

Subieron al avión que despegó sobre el hielo, voló un par de minutos y aterrizó en el aeropuerto junto a la costa.

—Vot. Primero a la sauna y luego a dormir. Mañana procederemos al interrogatorio.

23

EL GOBIERNO LOCAL

Vatanen y la liebre pasaron dos meses detenidos en la Unión Soviética. Durante ese tiempo lo interrogaron varias veces y solicitaron datos sobre el a Finlandia. Presumiblemente, las tropas fronterizas soviéticas habían seguido a Vatanen desde su paso por la frontera, y desde ahí su andadura, día a día, hasta el mar.

Habían hablado de él en la radio local de Carelia. El diario Carelia Soviética lo entrevistó y lo fotografió con la piel del oso al hombro y la liebre en los brazos. Todas las autoridades tuvieron hacia él una actitud favorable, y no lo encerraron, sino que —previa promesa de no salir esquiando hacia Finlandia antes de que su caso hubiese sido visto— pudo pasear con toda libertad por Petrozavodsk.

Habían enviado a Finlandia las doscientas páginas del sumario de su interrogatorio; allí se daba buena cuenta de las peripecias de Vatanen, tanto en territorio finlandés como en territorio soviético. Las autoridades pidieron al Ministerio del Interior finlandés que verificase la veracidad de las declaraciones de Vatanen, y al cabo de un mes llegaba a Petrozavodsk el correspondiente documento, constatando no sólo que lo dicho por Vatanen era cierto, sino que éste, además, era culpable en Finlandia de un gran número de infracciones.

Había cometido adulterio, inducido a error a las autoridades al no avisar de su cambio de domicilio cuando en verano abandonó a su familia y se dio a la fuga, siendo, por tanto, un vagabundo; había estado además en posesión de un animal salvaje durante un par de días sin el pertinente permiso, lo que hacía ya su quinto delito. En Nilsiä, seis, había pescado furtivamente con arpón, y en compañía

de un tal Hannikainen lo había hecho sin la preceptiva autorización de pesca; siete, durante un incendio forestal había infringido las leyes antialcohol por beber aguardiente clandestino; ocho, durante el ya mencionado incendio forestal, Vatanen había además faltado a sus obligaciones durante veinticuatro horas, al emborracharse con un tal Salosensaari; nueve, en Kuhmo se había hecho culpable de profanación de cadáver; diez, en la población de Meltaus, junto al río Ounasjoki, había participado en el robo y venta ilegal de un botín de guerra alemán; once, en Posio, Vatanen estaba acusado de crueldad hacia los animales; en la cañada de Vittumainen había maltratado, doce, a un profesor de esquí llamado Kaartinen; trece, había incumplido la obligación de advertir con la antelación suficiente el hallazgo de una madriguera de oso peligroso en las proximidades del valle Läähkimä, en Sompio; catorce, había participado en una cacería de osos sin poseer permiso de armas; quince, había asistido sin invitación oficial a una cena organizada por el Ministerio de Asuntos Exteriores; dieciséis, había logrado mediante engaños que su liebre fuese curada gratuitamente en el Centro de Investigación Estatal en Helsinki y, diecisiete, también en Helsinki, se había hecho además culpable de malos tratos al Secretario de la Unión de jóvenes Conservadores en el retrete de un restaurante; dieciocho, había conducido, rumbo a Kerava, una bicicleta en estado de embriaguez; diecinueve, mientras viajaba por Turenki y Hanko, y estando casado, se había comprometido con una tal Heikkinen; veinte, había emprendido por segunda vez la caza ilegal de un oso sin el consabido permiso de tenencia de armas; veintiuno, y en relación con esa misma caza, había cruzado la frontera entre Finlandia y la Unión Soviética sin los correspondientes documentos, pasaporte y visado, haciéndose además de todo esto culpable de cuantos delitos, veintidós en adelante, él mismo había tenido a bien confesar a las autoridades soviéticas.

Acusado de todas estas infracciones, decía el escrito, a Vatanen le correspondería ser juzgado por las autoridades finlandesas, por lo que exigían tanto la extradición de Vatanen como la devolución de la piel del oso cazado por él, así como de la liebre en su poder.

—Menudo criminal estás hecho —reía el funcionario a cargo del

interrogatorio en Petrozavodsk—. No tendré más remedio que enviarte al Gobierno Local de Leningrado para que juzguen allí tu caso.

En Leningrado pudo alojarse en el Hotel Astoria durante todo el tiempo que necesitaron para aclarar su caso desde el punto de vista de la URSS, y hasta que las autoridades soviéticas retiraron sus cargos contra él. Finalmente, el trece de junio, Vatanen fue conducido al tren en dirección a Finlandia. El comandante que lo acompañaba lo abrazó con fuerza y le besó ambas mejillas diciendo:

—Camarada, cuando te dejen libre vuelve al Astoria, vot.

Beberemos juntos.

—Vale.

24

EL EPILOGO

Esto fue lo que le ocurrió luego a Vatanen: fue detenido en Vainikkala y enviado desde allí a Helsinki en un vagón de prisioneros donde, asimismo, en una caja de contrachapado con orificios y en cuya tapa podía leerse la palabra «animal», viajaba la liebre.

Durante su encarcelamiento preventivo, Vatanen reflexionó sobre el alcance de sus actos; pero no se lo veía arrepentido. Al contrario, los muros lo endurecieron hasta tal punto que, al verlo, el párroco de la cárcel, un hombre de mirada benévola, sacudía la cabeza y tragaba saliva para deshacer el nudo que no podía evitar sentir en la garganta.

La liebre resultó un problema para las autoridades: indiscutiblemente era propiedad de Vatanen, de modo que no podía ser sacrificada ni convertida en comida. Por mediación de su abogado, Vatanen exigió que la liebre fuese acusada de complicidad en todos los delitos que le achacaban. Así, Vatanen intentaba cumplir su condena junto a la criatura amada.

El director general de Prisiones consultó las leyes y llegó a la conclusión de que si Vatanen hubiese sido una mujer, y la liebre su bebé, sería legítimo encarcelar al niño con su madre hasta que éste pudiese valerse solo. Pero en Finlandia no podía tratarse a un animal de semejante manera. En rigor, la liebre no era exactamente el animal de compañía de Vatanen, pero en cualquier caso, aseguraba en su informe el más alto funcionario de Prisiones, dar a los presos por compañía mascotas u otra cosa comparable estaba igualmente prohibido. Además la Ley de Protección de Animales impedía que la liebre acompañase al preso en su celda, considerada

demasiado insalubre como para albergar a un animal salvaje, cosa que la liebre de Vatanen seguía siendo desde el punto de vista jurídico. Apelando a lo cual la Dirección General de Prisiones desestimó la solicitud de permitir a la liebre permanecer en una celda donde podría hasta morir.

—Comprenderá usted que su celda es un lugar muy insalubre para un animal silvestre y sensible —explicó a Vatanen el párroco de la cárcel al traerle la noticia de la decisión oficial.

Sin embargo, todo se resolvió de pronto cuando Vatanen escribió al presidente de la República una carta que salió secretamente fuera de la cárcel pegada al fondo de su escudilla, aprovechando que esta fue llevada al departamento de galvanizado; allí, un obrero se la comió para, de noche y una vez en su estudio, evacuarla, secarla, plancharla y echarla bajo la luz de la luna de medianoche, en un sobre limpio, al buzón del Palacio Presidencial; lugar desde el que, a la mañana siguiente, a las seis en punto, fue transportada a la Cancillería del Presidente para ser despachada junto al resto de la correspondencia.

Desde la apertura de la carta hasta que trajeron la liebre en un cesto a la celda de Vatanen transcurrieron exactamente una hora y diez minutos. Cuando pregunté a Vatanen sobre este particular respondió que no deseaba comentar el asunto más extensamente, que el contenido de la carta seguía siendo lo que desde un primer momento había sido: confidencial.

Yo, el autor de este libro, he tenido la oportunidad única de poder visitar a Vatanen en su celda durante su prisión preventiva. Mantuvimos allí largas conversaciones que anoté rigurosamente. Esas notas me han servido de base para redactar este libro.

En la memoria me ha quedado grabada la imagen de un hombre de buen carácter y que, en muchos aspectos, parecía profundo. Recordaré siempre sus palabras al finalizar la última sesión de entrevistas: «Cosas de la vida».

A mi modo de ver, la peripecia personal de Vatanen demostraba que había sido un revolucionario, un auténtico subversivo, y en ello residía su grandeza. Viéndolo en su tétrica celda acariciando a su liebre con maternal ternura, supe de lo que es capaz la comunión humana. Lo recuerdo contemplando con ojos húmedos los muros de

su celda; de un modo difuso, presentí entonces que ese hombre, presionado hasta el límite, volvería aún a mostrar su fortaleza.

Mientras este libro se encontraba a punto de entrar en máquinas, recibí un mensaje de la cárcel: «Vatanen y su liebre se han escapado».

Me apresure a ir a la prisión y allí supe cómo había tenido lugar una fuga que se convertiría pronto en uno de los casos más singulares de nuestra historia criminal: Vatanen había sentido una necesidad tan grande de libertad que un doloroso día había salido con la liebre en brazos atravesando las paredes de su celda hasta el patio, que cruzó caminando hasta llegar al muro exterior, que también atravesó limpiamente, alcanzando así la libertad.

Nunca más fueron vistos desde entonces. Parece ser que durante todo el tiempo que duró la fuga, los vigilantes quedaron como petrificados tras sus armas, incapaces de impedir lo que estaba ocurriendo. También se desconoce el paradero del abogado de Vatanen, la letrada L. Heikkinen, desaparecida al día siguiente.

Ésta, la última de sus actuaciones conocidas, demuestra sólo una cosa: que con Vatanen no hay cuartel.

En Suomusjärvi, 14-V-1975

ARTO PAASILINNA